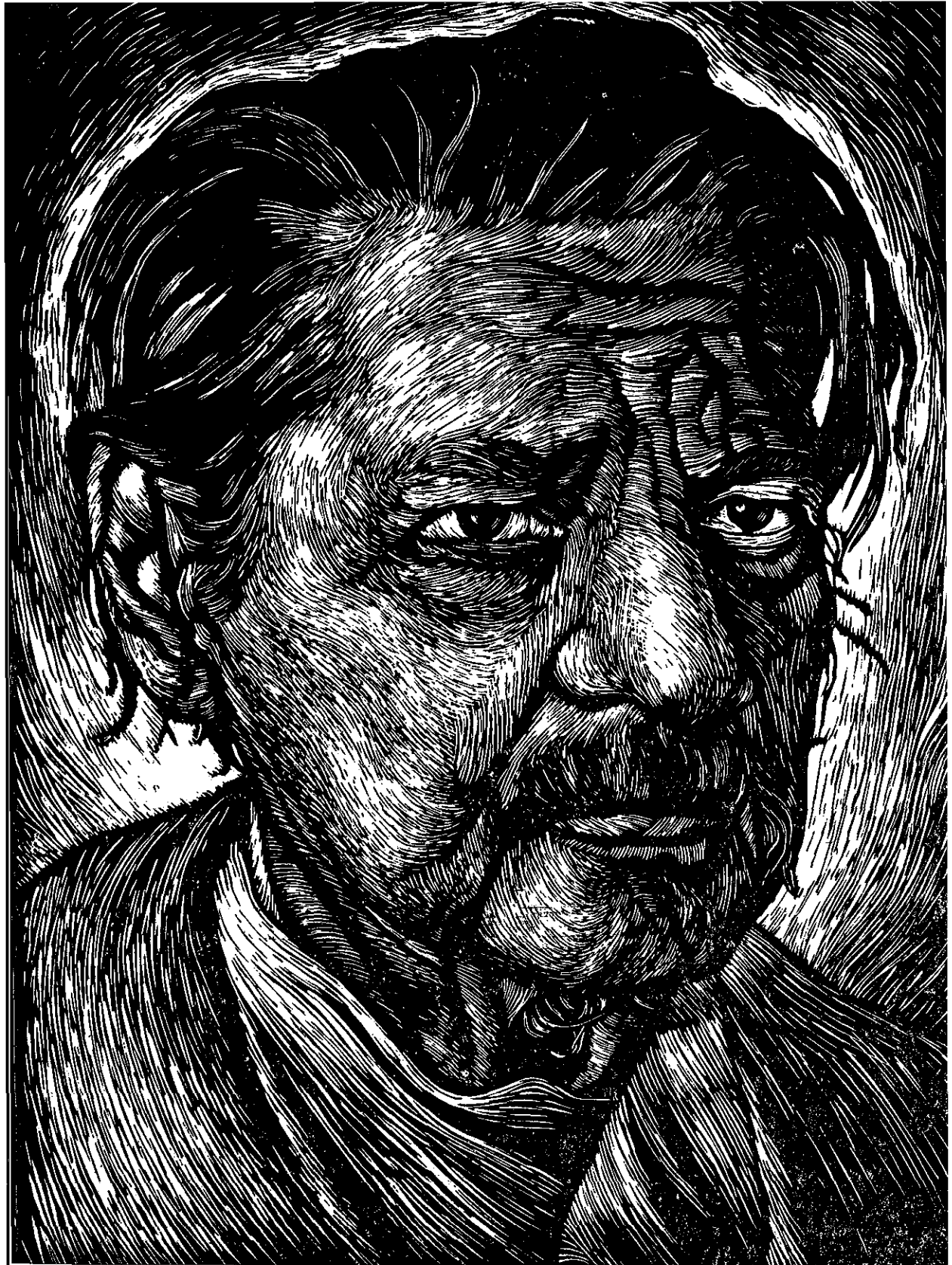


TEATRO DE GAVIDIA



JUPITER

Drama en cuatro actos

Al Dr. Don Carlos Bonilla

POR FRANCISCO GAVIDÍA.

PERSONAJES

BLANCA. *FERMIN DE BELTRANENA.*
EL DR. CELIS, hermano del prócer. *JUPITER, esclavo.*
EL PADRE DELGADO. *ENGRACIA.*
MANUEL JOSE ARCE *JORGE, oficial.*
GONZALEZ. Pueblo, conjurados, &

ACTO I

Sala en casa de Celis. Puerta y ventana al fondo. Puerta lateral

* Esta obra se escribió con los datos históricos de que se disponía hace varios años; pero el opúsculo del autor "1814" basado en una documentación extensa, ha puesto bajo su verdadera luz la actuación del prócer José Santiago Celis, como precursor de la Independencia. Esto haría insostenible en el Teatro el argumento de este drama. El autor ha debido modificarlo, tocante a su valor histórico, y se promete, Dios mediante escribir otro drama cuyo protagonista sea el mártir del año de 1814

derecha que da al despacho de Celis. Otra a la izquierda Estilo en los muebles y arquitectura, de tiempo de la Colonia.

ESCENA I.

BLANCA, ENGRACIA (a la ventana)

BLANCA (*Cosiendo*).—Mi padre ha pasado la noche fuera de casa.

ENGRACIA (*A la ventana, aparte y viendo hacia la calle*).—Ahí está. Parece que hubiera resuelto rondarnos . . . Hasta hoy, y ello ha durado cinco años, este hombre se contentaba con plantarse en el atrio de la Merced todos los días, a vez entrar y salir a la señorita, cuando madrugamos a misa . . . Si ella llegara a saber este amor tan ridículo, repugnante y loco, se cubriría de vergüenza y se pondría furiosa. Yo me he reído mucho de esto; pero . . . ¡San Antonio, si habré hecho mal en no decir al amo lo que pasa! . . . A bien que no podía tomarlo a lo serio . . . Ella tan noble y tan bella y él tan miserable y enamorado! . . . (*Viéndole*). Ah! Ah! . . .

BLANCA (*Cosiendo*).—¿De qué te ríes, Engracia?

ENGRACIA.—De un esclavo que está ahí.

BLANCA.—Será de los del vecino de Gómez ¡Pobres! ¡les pegan tanto! A través de las tapias se oyen sus gritos cuando los azotan.

ENGRACIA.—No es de don Juan de Gómez; sino el del Padre Delgado.

BLANCA.—En su casa pasaría la noche mi padre. ¡Ese esclavo se llama Jupiter, verdad! (*Va a la ventana*).

ENGRACIA.—(*Aparte*). La ha visto asomar y se marcha

BLANCA.—Dicen que ese esclavo es muy listo porque el padre le ha enseñado a leer, escribir y contar, y que tiene libros como si fuese una persona decente. Pero he ahí que se ha ido cuando iba a preguntarle por mi padre. (*Vuelve a sentarse y cose*). He aquí que habré acabado en sólo esta mañana el faldellín de nuestra señora del Pilar de La Merced . . . Ello es que el hilo de oro me ha herido este dedo; pero mi madre antes de morir mandóme que rezase todos los días por ella delante del altar del Pilar, y mi pobre Virgen tiene un faldellín que es una lástima . . . Es tan buena conmigo, me consuela tanto en mis aflicciones. .

ENGRACIA.—(*Viendo hacia la calle y aparte*). Júpiter ha vuelto a plantarse en la esquina. Y ello es que con su poncho pardo y sus polainas amarillas, y sus fuertes espaldas y su cabeza arrogante, y su cara negra y su aire silencioso, a veces tiene un aspecto que parece hermoso y que da miedo. . . Pero qué le pasa? He ahí que se va a pasos rápidos. . .

BLANCA.—Dos puntadas más y he concluido.

ENGRACIA.—(*A la ventana*). Ah! es que he visto al amo que llega. Señorita, su padre (*Sale*).

ESCENA II.

CELIS (*Pensativo*) BLANCA

BLANCA.—Buenos días, padre. (*Celis no le oye*). No me oye.

CELIS.—¿Estás aquí, Blanca? ¿Ha venido a buscarme el Padre Delgado?

BLANCA.—Debe estar diciendo su misa de a ocho. ¿No preguntaste en la calle a su esclavo?: estaba en la esquina hace un momento.

CELIS.—No lo he visto. El Padre debe de haberle apostado allí para que le diese parte de mi llegada. (*Aparte*). El también está impaciente.

BLANCA.—(*Aparte*). Entonces mi padre no ha pasado en su casa la noche. . . (*Alto*). Pero es ya tarde de la mañana. Padre, voy a servirte el chocolate. (*Celis no le oye*). No me oye. (*Pausa*).

CELIS.—Anda, hija mía.

BLANCA.—(*Aparte*). ¿Qué es lo que así lo preocupa?

CELIS.—Anda, te digo, hija.

BLANCA.—(*Aparte*). Parece que le importuna mi presencia. (*Yéndose*).

ESCENA III.

CELIS

Esto es, pues, un hecho. . .

La Patria. . . ¡Qué sentimiento es éste, para mí tan nuevo y tan

grande! ¡Si yo nunca he tenido Patria! (*Pausa*). En esta revolución, sin embargo, un presentimiento me está diciendo que algo falta; algo falta... Ah! esta idea que quiere irradiar en mi mente, se escapa a mis deseos sin llegar a encenderse. ¿No estaba (*incoherente*) allí Júpiter? . . . ¡Qué nombre para un esclavo! . . . Ciertamente es que los poetas han puesto en boga los nombres paganos. . . pero ¡qué idea me viene! ¡Júpiter esclavo! ¡Un dios que tiene en sus manos el rayo y que lleva la cadena a sus plantas; ese dios que es un esclavo, ese esclavo que es un dios. . . ¡ese es el pueblo! Oh señores revolucionarios, amigos míos, sacerdotes que leéis a Voltaire, Doctores de la Pontificia Universidad de San Carlos, nobles de sangre española. . . ¡vosotros queréis una patria para vosotros solos y en vuestro provecho; por eso no habéis pensado en el pueblo! . . . Pues bien, ¡el pueblo será el amo! Si; allí estaba Júpiter, —el esclavo, el dios, que debemos redimir, (*entra el Padre Delgado*)— y por cierto que plan y todo se han presentado en mi espíritu de golpe

ESCENA IV.

CELIS, DELGADO

DELGADO.—Estás intranquilo. . .

CELIS.—Padre, Juan Manuel Rodríguez está de vuelta de Nicaragua. He pasado con él la noche.

DELGADO.—¿Cuándo llegó?

CELIS.—Antes desembarcó en Conchagua: venía en el bergantín “María Teresa”; ha reventado un caballo y anoche pudo estar en la hacienda de Guardado. Estuvo en León y Granada, y convinieron los liberales de Granada en rebelarse el mismo día que nosotros: mañana cinco de noviembre.

DELGADO.—¡Qué alegría, Celis! Pues también los Aguilas han llegado de las ciudades. De aquí iré a verles.

CELIS.—¿Dónde?

DELGADO.—En casa de Atce: recibí recado de ellos al salir de decir misa. . . Por desgracia, mis cartas de San Miguel son desfavorables, y en San Vicente el Padre Molina, con toda su elocuencia, ha probado en el púlpito a los vicentinos, que una insurrección popular ocasionó la muerte de nuestro Señor Jesucristo, y que, por tanto, deben abstenerse de revolucionar. Me temo que la clase

decente no baste a conseguir el triunfo; y el pueblo va a ver la insurrección como si no le importase, y tal vez con disgusto.

CELIS.—La culpa no es suya.

DELGADO.—Le he hablado de libertad y el no me ha entendido.

CELIS.—Padre, yo tengo mi plan, véndeme a Júpiter.

DELGADO.—¿Qué dices, doctor?

CELIS.—Júpiter pueda ser nuestro hombre.

DELGADO.—Es difícil: Júpiter es más realista que el Rey Fernando VII.

CELIS.—¿Cómo?

DELGADO.—No sabía explicártelo. Lo compré rapazuelo, a un tal Taracena de Guatemala, aficionado a la Mitología, que le puso a su negrito, como pudiera hacerlo con un perro, el nombre de Júpiter, —a quien, por lo demás, hacía dar azotes mañana y tarde; y ésto hizo que yo se lo comprase, movido a lástima. Yo me entretuve en enseñarle a leer y escribir, y hoy mi esclavo me sirve de secretario. Lleva en la cabeza las comedias de Calderón, cuyas historias imaginarias de reyes, príncipes y princesas le embeben casi tanto, Dios lo perdone, como las Vidas de los Santos—, pues eso sí, es buen cristiano mi pobre negro... aunque con sus puntos de visionario y fanático. Según él, hay un gran malhechor en el reino, —nuestro sabio amigo, José Francisco Barrundia. Contrastes de la vida: un esclavo es el súbdito más fiel del Rey Fernando VII.

CELIS.—Con todo, ese esclavo es un hombre.

DELGADO.—Es más: el Verbo Divino (*se santigua*) nos enseñó que es nuestro hermano (*Pausa*).

CELIS.—Pues por eso, Padre, el amor a la libertad está en el corazón de todos los hombres.

DELGADO.—Sí; pero es preciso saberla entender, y en tus confianzas con Júpiter nos iría la vida.

CELIS.—Pierde cuidado, Padre, yo sabré comprometerme sólo; además ¿Quién resiste a la luz?

DELGADO.—Para aquel que acabase de ser ciego, la luz sería un mal. Tú eres médico.

CELIS.—Padre, el espíritu no es como la materia. Véndeme a Júpiter.

DELGADO.—Yo no vendo hombres, soñador. Haz con él como quieras. Y a otra cosa. Sé que Gutiérrez de Ulloa sospecha que va a estallar la revolución. (*Llaman dentro*). Parece que llaman al zaguán.

CELIS.—Espera. (*Va a la ventana*). Precisamente, es el ayudante de Su Señoría el que llama. (*Habla hacia la calle*). Por aquí, señor Alférez (*vuelve con una carta*). Advierte el Intendente, dice el Alférez, que como veré por esta carta, tanto interés tiene él como yo, en cierto asunto a que ella se refiere. ¿Cuál será el asunto? (*Lee*). Pues, yo creía... Ah (*Se ríe*).

DELGADO.—Ya veo que te ríes.

CELIS.—Me río; pero es asunto muy serio para mi casa el de esta carta, que me llega de Guatemala. Javier de Beltranena me pide otra vez la mano de Blanca para su hijo don Fermín. He aquí la sustancia. (*Lee*). “No opondréis dilación nueva a este enlace: en nuestras familias no es “una vinculación impropia. Don Juan “Vicente, tiempo después de la “Conquista, casó con doña Beatriz Pascual, Celis por parte de madre; “Don Miguel Antonio, (de esto hace noventa y seis años). Casó con doña Laureana, también Celis, y tía abuela mía— y finalmente, su prima doña “Juana Lorenza, casó con don Alonso, mi abuelo materno”. Hay por separado una genealogía de la casa Beltranena.

DELGADO.—Lo cierto de todo, amigo, es que la casa Beltranena está arruinada. Hay algo al reverso.

CELIS.—Es un post-scriptum; “El señor Intendente os hablará”... Oye, José Matías, “os hablará” despacio de ciertos trabajos secretos de rebelión de que puede que tengáis noticia, “y de que se conversa por acá “en la capital del reino: mi hijo: “el Coronel don Fermín va comisionado en reserva por la Capitanía “General y con grandes poderes, para “mantener o para hacer entrar eso “en orden, pues el señor Gutiérrez “de Ulloa es muy tolerante o muy “débil, y pide fuerzas veteranas de “la milicia del Rey. La Capitanía se “ha limitado a enviarle al Coronel mi “hijo, cuyo carácter de hierro bastará para el servicio de Su Majestad, que Dios guarde. Vuestra influencia ayudará al Coronel, sí, como “espero, empezáis por contarle como de “la familia. Mi hijo estará en esa, “según orden de la Capitanía, el “cinco de noviembre”... ¡Mala coincidencia!

DELGADO.—Pero es tardía; estamos a cuatro. Con que ya ves el concierto en que te hallas con tu yerno! ¿La fecha de esa carta ?

CELIS.—Veinte de octubre.

DELGADO.—Y llega la carta a la vez que el Coronel; lo cual quiere decir, que debido a los tiempos revolucionarios que corremos, ha mejorado el servicio de correos de Su Majestad. Voy a casa de Manuel José. Hasta luego. Pero antes, dime ¿quién dará la hora de cita?

CELIS.—Juan Manuel Rodríguez.

DELGADO.—¿Tú la sabes?

CELIS.—Las dos de la mañana.

DELGADO.—¿Mudaremos el lugar de reunión?

CELIS.—Hoy será la finca de Guardado: unas seis cuabras más acá de Mejicanos: hay un camino que conduce a un bosque; en un claro está la casa de la hacienda. (*Vase el Padre*). ¡Mándame el esclavo! (*Delgado se vuelve*).

DELGADO.—¡Ah! Júpiter... ¡Se me olvidaba!

ESCENA V.

CELIS; BLANCA

BLANCA.—Perdóname. (*Se lanza a su cuello*). Déjame que te abrace.

CELIS.—¿Qué sucede, hija mía? Veo que estás llorosa.

BLANCA.—A mí, nada, pero tú hace dos días que estás pensativo, intranquilo...

CELIS.—¿Yo...?

BLANCA.—Dudoso y triste.

CELIS.—Has notado eso.

BLANCA.—Y de seguro sufres... Y lo mismo pasa al Padre Delgado...

CELIS.—Es extraño lo que hoy descubro en mi hija. ¿Pues quién te autoriza, Blanca, para que nos observes de ese modo...?

BLANCA.—Padre, te he dicho que me perdones... Oyeme, hace un

instante estaba a uno de los balcones que dan a la calle, cuando salió de aquí, por esa puerta, el Padre Delgado. Llevaba iluminado el semblante por una extraña alegría. Me vio sin fijarse en mí; y pasó a mi lado sin saludarme. . .

CELIS —Blanca, ¡me impacientas! . . .

BLANCA —¡Oh! no me he atrevido a suponer lo que os pasa ni he querido saberlo, pues que tú no me lo has dicho; pero hoy, al ver el semblante del Padre Delgado, el corazón me ha golpeado con violencia, y he venido a hablarte: ¿dime, pues, vamos a separarnos, acaso?

CELIS.—(*Aparte*). ¿Qué dice esta niña? (*Se pasea*). Y en verdad, si yo no amase a Cento América, este sería el momento de volver atrás. . . ¡y si muriese en la rebelión ¡y mi hija! . . .

BLANCA.—Mira, esa palidez que te demuda el rostro y aquella alegría que tenías antes, y la alegría del Padre, ¡esas me ponen fuera de mí! . .

CELIS.—¡Calla, Blanca! El Padre ha tratado conmigo un asunto muy serio, como lo es la libertad de los hombres. . .

BLANCA —¡La libertad de los hombres! . . . No te entiendo, padre. . .

CELIS.—El Padre me ha dado su esclavo y yo voy a ponerlo en libertad.

BLANCA.—¿Hablas del esclavo que llaman Júpiter?

CELIS.—Sí. ¿Tú me has dicho que es gran devoto y que asiste diariamente al oficio divino?

BLANCA.—Todos los días, de madrugada, que voy a La Merced, a la luz de los hachones que llevan los criados, le alcanzo a ver a la puerta del templo, donde está de pie, medio perdido en la sombra (*Celis se pasea*). Siempre ha estado allí . . . Siempre (*Aparte*). ¿Qué agitación le vuelve?

CELIS.—(*Aparte*). ¡Hacer frente a las milicias del rey un puñado de señores, doctores y hacendados, seguidos de su servidumbre y sus peones! ¡quién duda que sería inútil esa carnicería! ¡Esas cosas sólo puede hacerlas el pueblo!

BLANCA.—Padre, por última vez, ¿vamos a separarnos?

CELIS.—Al fin y al cabo, tú tienes derecho a hacerme esa pregunta

suprema. Mira, pues, Blanca; mira tus pensamientos frente a frente. ¿Y si hubiésemos de separarnos?

BLANCA.—¡Ah! ¿con que es verdad?

CELIS.—Tú no lo sabes. Pero si fuese cierto, ¿qué piensas que harías?

BLANCA.—Entraría a un Convento, en Guatemala. Y allí tal vez me moriría...

CELIS.—¿Por qué piensas eso? Así como te separaste de tu madre así te separarás de mí algún día.

BLANCA.—Pero tú no has de morir también...

CELIS.—Yo no soy inmortal. Y podríamos separarnos por otros motivos que no fueran la muerte... ¿Tú no amas a nadie? (*Pausa*). ¿No has elegido un hombre para esposo? (*Aparte*). Se está pasando mi tiempo...

BLANCA.—Padre, yo no amo. Yo sólo amo a Dios y a ti. Siempre habría esperado que tú me dieras un esposo.

CELIS.—En todo caso, Blanca, como algún día, sabe Dios de qué modo, nos separaremos, debo decirte que aunque mi fortuna es grande, pesa sobre ella una maldición que debo hacer levantar... Un soldado de la conquista, Celis, nuestro antepasado, fue *encomendero*.

BLANCA.—¿Qué es eso?

CELIS.—Que el rey le dio varios pueblos de indios numerosos, los cuales hacían tres partes de su trabajo, una para el rey, otra para el "encomendero" y otra para ellos; pero en el trabajo, que era de minas, los pueblos de indios murieron y desaparecieron. Y esta fortuna, que ha llegado hasta mí, fue amasada, como ves, parte con robo, parte con sangre. El rey hará como quiera y sepa, que yo también lo haré: pienso devolver por lo menos la tercera parte de mi fortuna a su dueño.

BLANCA.—¡Dices cosas extrañas! Pero...

CELIS.—¡No me preguntes dónde está el dueño! Yo sabré hallarlo. Pero tú que eres mi única heredera, debías estar entendida de esto... y he debido decírtelo...

BLANCA.—¡Ah! vamos, pues, a separarnos. No lo dices; pero me lo previenes... ¿entonces me abandonas? ¿Y por qué vas a dejar-

me?... ¿Qué he hecho? Padre, ¿qué he hecho?... Por eso tú, hace días estás sombrío e impaciente. ¡Habla! ¡Padre! ¡Háblame! (Lo abraza).

CELIS.—El corazón de esta niña da unos latidos que derriban mi voluntad. (La rechaza).

BLANCA.—Padre, me rechazas.

CELIS.—No, Blanca. (Aparte). Si ello fuese posible, hoy sería tiempo de volver atrás. ¡Diosa grande y terrible!... toma en cuenta, Libertad, ¡esta otra vida que por ti arrojo al acaso del triunfo o el sacrificio! (Abraza a Blanca). Tengo, en verdad, un cuidado, Blanca; pues, sí, ciertamente, mucho debe inquietarle a un padre la suerte de su hija.

BLANCA.—¡Mi suerte! No te entiendo, padre.

CELIS.—Un noble Señor de Guatemala te pide por esposa

BLANCA.—¿A mí?... ¿Un noble Señor de Guatemala?

CELIS.—(Resentido y aparte). ¡Ah! vas a dejarme. (Alto). Ya ves como puedes elegir entre un novio y un convento. (Con esfuerzo). Mira, esta es la carta en que me piden tu mano. El pretendiente es don Fermín de Beltranena, que hace dos años solicitó el mismo enlace. Cuentas diez y ocho años y la ley me permite disponer de tu suerte mientras no cumplas veinticinco, mas pienso que seas tú quien resuelva este asunto. Tú dirás qué contesto. (Le da la carta).

BLANCA.—(Con candor). No sé leer carta, padre

CELIS.—Tu buena, madre, que está en el cielo, siempre se opuso a que te enseñasen a leer cartas. ¿Sabes por qué? (Se separa de ella, que permanece pensativa. Aparte). Luego, este asunto lo complica todo, y es preciso, por si me descubrieran y prendiesen, o si he de morir en la rebelión, o si ella se casa y se va con ese desconocido, es preciso que yo asegure el porvenir de mi hija: urge que haga mi testamento. Blanca, es indispensable que sepas lo que dice esa carta. Quédate aquí; pronto va a llegar el esclavo, a quien le dirás que te la lea. Es un negocio que sabe leer. Amantes que no se conocen no tienen que guardar secretos

ESCENA VI.

BLANCA; luego JUPITER

BLANCA.—¡Conque esta boda es lo que apena tanto a mi padre! Con

todo, si yo me casase, siempre podría vivir a su lado. . . ¿Cómo será el señor de Beltranena? (*Entra Júpiter*).

JUPITER.—(*Deteniéndose, Aparte*). He ahí la blanca y divina mujer.

BLANCA.—Entra, Júpiter. (*El obedece*). Toma y lee esta carta. (*El recorre el papel con la vista sin leer y luego contempla a Blanca, silencioso y suspenso. Aparte*). ¿Cómo será una carta en que la piden a una persona? “Un noble señor”, dijo mi padre. ¡Un noble señor! ¿Será joven? Debe de ser hermoso. Lee, esclavo.

JUPITER.—(*Volviendo en sí. Aparte*). Ella me habla y estoy como en un sueño. Creo que me ha mandado que lea esta carta. . . (*lee para sí y se estremece*). ¡Ah!!

BLANCA.—Lee. ¿No sabes leer?

JUPITER.—¿Quién os ha dicho que me deis a leer esta carta?

BLANCA.—Mi padre. (*Lo ve cada vez con más extrañeza*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Ah! entonces el Padre Delgado me entrega al señor de Celis porque se ha descubierto el secreto amor del esclavo, y voy a ser azotado en la picota. . . Y Celis me escarnea dándome a leer esta carta del hombre a quien ella va a pertenecer. . . Fermín de Beltranena, un Noble; algo que está muy arriba de mí y que va a ser dueño de Blanca; ¡ah! está ese hombre tan alto que sólo puedo alcanzarle. . . con un puñal!! (*Blanca se levanta atemorizada*).

BLANCA.—El esclavo gesticula como un ebrio. (*Le ve con miedo y burla*). Está ebrio.

JUPITER.—¡Oh infierno! ¡Se está burlando de mí! (*Blanca se atemora*). Oídme, Doña Blanca; por fuerza en estos últimos días he cometido imprudencias que han dado qué leer; que a vos imitan y que a mí ¡oh! me afrentan. . . Mientras mi faz negra, como una roca, no dejó traslucir el fuego de mi culpa, nadie más que yo se abrasaba en este infierno; pero esta tierra misma que hollamos, con ser insensible e inmensa, a veces tiembla y deja ver sus palpitaciones; y del mismo modo mi oculto delito, alguna vez habrá extendido hacia afuera sus llamas y su fulgor ha encendido vuestra faz de vergüenza! ¡Ah! este secreto criminal no me lo había aún confesado a mí mismo, y ya otros hay que me delatan; y condenan, cuando yo me creía todavía inocente. Pues ahora, es preciso que sepáis, para que juzguéis cuán involuntaria es la ofensa, que ardiendo en esta hoguera de mis deseos, he necesitado

perseguir con ellos una dulce visión blanca; y caminar más hacia ella cuanto está más lejana: y amarla con más ardor cuanto es más imposible. ¡Esta dulce visión blanca es hoy para mí la picota! (*Trágico y humillado*).

BLANCA.—(*Aparte. Ingenuamente*). Calle, si es loco, pero habla con gracia.

ESCENA VII.

Dichos; CELIS

CELIS.—Estás ahí, Júpiter. Blanca, están en el jardín las señoritas. Aíce con tu primo Bernardo.

BLANCA.—¿Primo Bernardo? ¡Ah! él va a leerme esta carta, (*Va, vuelve y abraza a su padre*). Señor doctor, no te aflijas: siempre haré lo que tú mandes. (*Vase corriendo*).

ESCENA VIII.

JUPITER; CELIS

JUPITER.—(*Aparte*). ¿Qué va a pasar aquí?

CELIS.—Júpiter, desde hoy cambias de dueño: he querido comprarte; pero el Padre Delgado me ha hecho de ti un obsequio.

JUPITER.—¡Ah! . .

CELIS.—¿Por qué lo extrañas?

JUPITER.—Señor, el Padre Delgado en tantos años como ha sido mi dueño, me había hecho olvidar mi condición miserable. Culpa ha sido suya, que me elevó a su compañía y su trato, si yo, sin recordar mi humillación y el abismo de donde él me había sacado. . . he dado rienda a mi soberbio corazón, —y he cometido faltas que hoy le obligan a dejarme de su mano y a abandonarme a mi primera suerte.

CELIS.—Tú no debiste aceptar tu esclavitud por lo mismo que era tan agradable: ¿Está contento el león porque sean más fuertes que los de cualquiera otra, los hierros de su jaula? ¿La amistad mezclada a la esclavitud, no hacía tu cadena doblemente pesada? Tu bajeza se agravaba con la compasión que recibíais. . . Tu bon-

dad enaltecía a tu amo; a ti, que agradecías el ultraje, te hacía despreciable doblemente. Tu mismo nombre de Júpiter, es un nombre injurioso, que el dueño le da a su perro. . . a menos que sea el nombre de un dios. Todo en ti, pues, viene a ser irrisión y miseria. El esclavo, —cuando bajo el esclavo está todavía el hombre— lleva escondido un puñal, en espera de no sabe qué hora de grito y sangre.

JUPITER.—(*Levantando su poncho y mostrando su cinturón*). Aquí está, vedlo. ¿Querriais que con él diera muerte al Padre Delgado?

CELIS.—Sí, si te hubiese cerrado el paso cuando tú quisieses ser libre.

JUPITER.—Era mi amo; y además ¡un sacerdote!

CELIS.—Aunque lo fuese. Tú lo habrías sacrificado al dios de que debe ser sacerdote el esclavo: la Libertad.

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Es sacrílego! . . . ¡Oh! ¡no es posible! . . . ¿O más bien querrá conocer mis pensamientos. . . ?

CELIS.—(*Aparte*). Está pensativo.

JUPITER.—Señor, habéis querido poner a prueba mi fidelidad con el amo a que he pertenecido. Sabed que aprendí mis deberes de esclavo en el libro en que está toda la verdad.

CELIS.—¿*Tus deberes de esclavo?* . . . y ¿cuál es ese libro en que están toda la verdad y tus deberes de esclavo?

JUPITER.—La Sagrada Biblia. Epístola de San Pablo a los Efesios.

CELIS.—Pues en eso la Sagrada Biblia miente. Y si hay un Dios, —¡oye, hay un Dios, ante quien me prosterno y en cuya bondad infinita creo! pero si hay un Dios que ordena al esclavo como un deber su esclavitud, ese dios miente, o ese dios no es dios, —y así como te he dicho que hubieras debido abrirte paso con tu puñal sobre tu antiguo amo, el Padre Delgado, que es mi mejor amigo, si él se hubiese opuesto a tu libertad, —así te digo que apuñalées con el pensamiento a cualquier dios que desde el cielo te ordene como un deber tu esclavitud.

JUPITER.—(*Aparte*). Me ha parecido que temblaba el firmamento mientras oía hablar a este blasfemo. ¡Ah! puesto que me decís que me abra paso con mi puñal sobre mi propio dueño. . . el Padre Delgado no es ya mi dueño: ¡mi dueño está delante! ¡Quiero ser libre! . . . (*saca el puñal*).

CELIS.—Así, así te quiero, vas a ser libre. No pongo sino esta condición. Llévame a los barrios de San Salvador, y cuando hayas, como yo a ti, infundido al pueblo, esclavo como tú, vergüenza de su esclavitud, le darás armas para que proclame la libertad y la independencia de la Colonia. Responde. (*Prolongada pausa*)

JUPITER —¡Ah! señor, ¿se trata de rebelarnos contra el Rey?

CELIS.—Sí, y de liberar la Provincia de la influencia diabólica del Arzobispo de Guatemala

JUPITER —(*Aparte*). Creo que ha hablado claro. Iré de aquí al Intendente a denunciarle. (*Blanca se detiene a la puerta de la derecha*). ¡Oh, el ángel!

ESCENA IX

Dichos; BLANCA

BLANCA —(*Irresoluta*). Padre, nos ha leído la carta mi primo Bernardo, a las Aice y a mí, y todos juntos hemos concertado una buena contestación, puesto que has querido que yo resuelva el asunto. Escribe al señor de Beltranena, que cuando conozca a su hijo el Coronel, daé mi respuesta: que yo agradezco que haya pensado en mí para hacerme su esposa: y que si me caso con su hijo, y vamos a Guatemala, será a condición de que tornemos ambos a vivir a tu lado. ¿He dicho bien?

CELIS —Esa carta dice que Beltranena debe llegar a cinco de Noviembre y estamos a cuatro. Vas a conocerle. Déjanos, Blanca.

BLANCA —¡Voy a conocerle! (*aléjase pensativa*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Oh! ¿qué hacer para que ella no le conozca jamás? (*Blanca sale*)

ESCENA X.

Dichos; menos BLANCA

CELIS —¿Lo ves? Esta es la sociedad que ha construido el despotismo: y en ella todos llevamos un eslabón de la inmensa y pesada cadena. El carcelero de medio mundo es el Rey Fernando. . . Esclavo, ¿has visto esa blanca niña? Es mi hija: ella sigue la co-

iriente fatal e irá contenta a manos de quienes yo desprecio. Va a casarse con un hombre a quien no ama ni conoce, y tú lo has visto en esa carta, él viene quizás a encarcelarme o matarme. Y tú esclavo, ¿no ardes en indignación como yo? . . . Oyeme, Celis tiene su libertad en su alma, y seré libre aun rompiendo por la muerte: puedo matar a mi hija antes que fructifique en el pantano como flor aciaga. . . Tú, si tuvieses una hija verías venderla y prostituirla sin tener derecho a exhalar una queja, o si amases a una mujer que el destino ha puesto en la cúspide de la babel espantosa, si sólo te atrevieses a pensarlo, serías colgado en la picota y muerto a furor del látigo.

JUPITER.—¡Oh! ¿qué es preciso hacer? Puesto que esas palabras todo lo demueban y todo lo nivelan ¿qué es preciso hacer? ¿qué es preciso hacer para llenar el abismo, ganar la altura y lograr lo imposible? . . . No más palabras. ¡Rebelión! ¡Muera el Rey! ¡Abajo el Arzobispo! Decidme que todo lo maldiga: ¡maldito sea todo! tomad en fin, a ese precio, la salvación de mi alma. (*Bajo*). Blanco, si habéis querido burlarme y vengaros, llevándome a la inquisición y al tormento. . . ¡blanco! el esclavo lleva sobre su pecho el puñal: ¡juuro a Dios que vais a enmudecer para siempre!

CELIS.—¡Ah! eres incoherente e insensato: la libertad da fiebre. Espera. (*Va a la mesa y saca una llave*).

JUPITER.—(*Aparte*). Este hombre satánico me atrae. ¿Qué importa? . . . Sólo sé que Blanca espera un hombre: que va a llegar Beltanena: ¡que se me ha dicho que puede ser mía! . . . ¿Fue eso lo que él me dijo? ¡Cómo! ¡si hoy he oído todo lo increíble! y después de cinco años de desesperación la esperanza se apodera hoy de mí, y no tengo fuerzas para rechazarla. (*Vuelve Celis*).

CELIS.—Calma, Júpiter. De hoy en adelante más calma, toma esta llave que es la de mi caja: hay allí la parte de mi caudal que le toca a la Patria. Haz que toda la gente que te siga esté bien armada. ¡Es preciso triunfar!

JUPITER.—Es preciso triunfar: ¡así será o yo habré muerto!

CELIS.—Bien, amigo mío: de hoy más te quedas en mi casa. Vuelvo para que formemos nuestro plan, pues tengo en mi escritorio ciertos papeles. Espera. (*Entrase*).

ESCENA XI.

JUPITER

Ella está ahí. . . ¡Oh infierno! Si estos son favores tuyos, haz por lo menos que no me vuelva loco! (*Telón*).

ACTO II

Sala en una casa de hacienda. Puerta y ventana sin reja al fondo, que dan a un bosque. Aiden antorchas en la pared. Puerta a la derecha.

ESCENA I

CELIS.—(*Saliendo de la derecha se dirige a la ventana; trae una careta en la mano*). ¿Qué puede ser? . . . Se oye en la selva un rumor, como si un hombre corriera por entre la maleza. . . Esta vez se ha oído bien. . . Sí, es un hombre que huye. . . A pesar de lo cerrado del bosque, la luna penetra en unos claros, y he visto un bulto deslizarse a lo largo de la quebrada. Parece que da la vuelta esquivando el camino real. Aun creí haber oído un grito. . . Ahora queda todo en silencio. (*Pausa*).

JUPITER.—(*Dentro*). ¡Libertad o muerte!

CELIS.—¿Quién va? (*Se cubre el rostro*).

JUPITER.—(*Entrando*). El Pueblo; es mi contraseña.

ESCENA II.

CELIS, enmascarado; JUPITER

CELIS.—Es Júpiter. Dime, ¿no has escuchado el rumor de un hombre que corría por el bosque?

JUPITER.—(*Aparte*). Es mi diabólico Doctor. (*Alto*). No. (*Aparte*). Le he metido.

CELIS.—(*Sacándose del pecho una careta*). Te he reservado esta careta para que te cubras. No te fíes de todos. (*Le da la careta*). Estarán hoy aquí los amigos importantes de Usulután y otras poblaciones amigas. Ten calma: estás agitado. Ellos van a llegar, los momentos que corren son supremos porque va a amanecer un gran día en El Salvador, y es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre nuestra futura República. (*Entra por la derecha*).

ESCENA III.

JUPITER

Anda, Satanás. . . ¡Ignoras que vas de triunfo y que mis manos ya están manchadas de sangre! . . . La buena suerte es mi cómplice y me precipito fácilmente en el abismo. Cuando mi alma volaba hacia arriba, y en la altura veía al Rey, la religión y sus santos, el templo y sus pontífices, entonces Blanca, la estrella de mi vida, resplandecía muy alto, ah, muy lejos. . . Hoy que se despeña en estas profundidades en que veo por doquier tinieblas, en medio de tanta sombra, la dulce y resplandeciente visión blanca se acerca a mis ojos, y cuanto más me despeño, resplandece más cerca. No de otro modo, el arcángel Luzbel, cuando estaba en el favor de Dios, sentía una sed constante, una sed imposible de saciar; —no de otro modo, cuando se despeñaba en los abismos eternos, se consolaría de haber quebrantado las leyes celestes, con la esperanza de hallar una felicidad para él solo, en su horrenda libertad y su soberbia sin límites, y entonces veía; —como yo— resplandecer una visión, cual si fuera el sol de la alegría en el fondo de aquel mismo infierno que a mí también me espera. ¡Ah! ya no vacilo. . . por llegar pronto a Blanca. La plata y el oro han pasado por mis manos, como un río, y he comprado hasta al último truhán su furor y sus címenes. Clama, Júpiter. (*Se sienta*). Beltranena había caminado la noche. . . para caer sobre San Salvador de improviso. Esto es. Me voy. ¡Ah! no lo recordaba ya: ese hombre ha quedado muerto en el camino. Se me va la cabeza. Torceré el rumbo y volveré a la ciudad ganando los cercados. ¡Oh, no más vacilaciones, digo, y vaya a grandes trancos descendiendo desde luego al infierno! (*Levántase*). ¿Para qué me dio el Doctor esta careta? ¡No parece sino que trata de representar una tragi-comedia! . . . Hágase el mal de frente y que el diablo nos estime por nuestro descao. ¡Fuera careta! (*Sale bruscamente, arrojando desesperado la careta. Pausa*).

ESCENA IV.

BELTRANENA, que asoma la cabeza por la ventana del fondo.

Qué extraña casa es esta? No se ve una alma por toda ella, y es necesario que yo me acoja a cualquier parte. (*Desaparece para luego aparecer por la puerta. Una larga capa roja lo cubre;*

sombrero negro de anchas alas). El lance del ladrón provinciano es digno de mí, pues en apuros como ése, un elegante hábil pone a prueba su ingenio y su temple. Se lo escribiré a Su Excelencia; ay! de buena gana me reiría, si no tuviese herido este brazo. (*Mírase el brazo izquierdo, y al abrir la capa se ve el vestido manchado de sangre y lodo*). Me parece que echa sangre. Aquel negro de seguro es muy fuerte. ¿Pero es un ladrón como me parece? “El señor de Beltranena” —me dijo saliendo al camino de entre la maleza— “¿Quién me nombra?”— le respondo... Yo pude mentir, ¡mala peste! pero la sorpresa me vendió... Ahora, ¿por qué sabe mi nombre?... Y si lo pronunció para cerciorarse de si yo era Beltranena, como es seguro ¿cómo pudo saber que llegaba hoy, y de noche precisamente él... un negro, un esclavo?... Porque sólo tienen noticias de mi llegada el Intendente y el señor de Celis, mi futuro suegro... con cuyas luces cuento para mi desempeño... Hum! Blanca Celis es famosa por su belleza, y tal vez un rival... ¡Creo que acierto! —“Defiéndete”, me grita el bandido, lanzándome terribles improperios... Yo echo pie a tierra, tiro del sable: él cierra furioso, me desarma, me derriba y me clava el puñal... El no vio que en el brazo... Conocí que iba a secundar y a matarme, y adiós vosotros, favor del Rey, el oro de Celis y mi bella novia que voy a conocer dentro de poco. Antes que el esclavo me hiera de nuevo, me desplomo intencionalmente, finjo una agonía, y le digo desde el barro con voz entrecortada; —“Por la Virgen del Viejo! déjame el aliento para rezar mi última oración”... El asesino se santiguó, y heme allí muerto esperando que el ladrón llegue a aligerarme del dinero, el reloj y las ropas, lo cual pudo hacer que entendiese que yo estaba vivo; pero se contentó con robarme... a lo que parece... (*se registra*) mis papeles... Ah! ah! ya veo claro: —en todo esto interviene el diablo, o sea los señores liberales, que es lo mismo. Por lo que hace al asesino dibujaba en la noche una silueta infernal que no olvidaré en la vida... Mi caballo correrá por esos campos pues no he podido hallarlo. ¡Con que este puñal viene dirigido por los revolucionarios! Amanezca el nuevo día y yo les arreglaré las cuentas; pero ya es tiempo de hablar al dueño de la hacienda y de que acabe la aventura. (*Da algunos pasos hacia la puerta por donde entró Celis y se detiene asustado*). Diablo!... ¿qué mala visión es esta? embozados negros con antorchas, y un puñal clavado sobre una mesa... ¡si me habíá dado calentura esta herida!... pero, no; lo que veo es cierto: un hombre enmascarado está escribiendo, y qué aitor!, hasta aquí se oye el rasguear de la pluma... ¡Mala

estrella! parece que he venido a dar a manos de los conspiradores. (*Retrocede*). Si fuesen a venir por esa puerta!... ¿si me estarán acechando? Animo! todo está en silencio... Volvámonos por esa puerta, y a ganar monte. (*Va a salir cuando oye ruido de pasos y voces que llegan por el fondo*). Me cierran la salida... he caído por mí mismo en la trampa. (*Se abre la puerta del fondo: Beltranena inclina la cabeza para ocultar el rostro; entonces ve a sus pies la careta que arrojó al irse Júpiter*). Una careta... que veo a tiempo. (*Mientras él se inclina entra un grupo de conjurados cubierta la faz con caretas y abrigados con capas negras. Beltranena se cubre el rostro y se vuelve a ellos embozándose*).

ESCENA V.

BELTRANENA: grupo de conjurados

LOS CONJURADOS.—Libertad o muerte! (*Pasando; y éntranse por la derecha*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Es la consigna. (*Alto*). Libertad o muerte. (*Entra por el fondo otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VI.

Grupo de conjurados, BELTRANENA.

CONJURADOS.—Libertad o muerte! (*Pasan*).

BELTRANENA.—Libertad o muerte! (*Otro grupo de enmascarados*).

ESCENA VII.

Conjurados, BELTRANENA.

CONJURADOS.—Libertad o muerte.

BELTRANENA.—Libertad o muerte. (*Pasan*).

ESCENA VIII.

BELTRANENA

BELTRANENA.—San Salvador no estará lejos, a lo que pienso; mas por si volviese tarde con gente armada, más vale saber lo que dicen estas máscaras. . . . (*Grupo de enmascarados*).

ESCENA IX.

Conjurados, CELIS, ARCE, BELTRANENA, todos con caretas.

CONJURADOS.—¡Libertad o muerte!

CELIS.—Libertad o muerte!

BELTRANENA.—Este parece de los cabecillas. (*Lo dice por Celis*).
No le perderé de vista.

UN CONJURADO.—Soy “Independencia”.

CELIS.—Y yo “Democracia”. (*Se reconocen.—Bajo*). Gregorio Celis.

CONJURADO.—(*Bajo*). Manuel José Arce. Es preciso que hablemos de mi tío, pues pasa algo muy grave que debo deciros a ambos.

CELIS.—Su contraseña es “Patria”.

ARCE.—Esperad. (*Vase*).

ESCENA X.

BELTRANENA, CELIS.

BELTRANENA.—(*Acercándose a Celis*). Amigo mío, parece que no han llegado todos los que debieran. (*Aparte*). Pondré atención en la voz.

CELIS.—¿Qué les ha retraído?

BELTRANENA.—Eso me pregunto yo ¿qué puede ser?

CELIS.—¿Sabéis que llega un agente de la Capitanía?

BELTRANENA.—Sé ciertamente, que ha llegado. (*Aparte*) ¿Pues como lo pregunta si ellos mismos han mandado asesinarme? ¡Ese esclavo vuelve a ser para mí un enigma!

CELIS.—Si ha llegado ha sido por la noche. Hasta hoy en la tarde nada se sabía.

BELTRANENA.—Ha sido por la noche efectivamente.

CELIS.—¿Estáis seguro?

BELTRANENA.—Podéis creerlo.

CELIS.—¿Vos lo conocéis?

BELTRANENA.—Cuando estuvo en Guatemala le conocí de cerca.

CELIS.—¿Y qué tal hombre es él?

BELTRANENA.—(*Aparte*). Vaya! la verdad. Un hombre implacable con los enemigos del Rey. Es bueno que estemos impuestos de esa circunstancia.

CELIS.—Sólo necesitamos un breve espacio, amigo; si hasta entonces no descubre nada, podéis estar seguro de que no es temible.

BELTRANENA.—Pero es lo malo que según informes que tomó por interés propio, él está informado más de lo que conviene a la conjuración.

CELIS.—¡Cómo! vos también sois de los que creen que hay entre nosotros quien nos traiciona.

BELTRANENA.—Ciertamente. (*Aparte*). ¿Qué escucho?

CELIS.—Si creéis eso, cuidado de no decirlo hasta dentro de algunos momentos.

BELTRANENA.—Estoy seguro de lo que os digo. (*Aparte*). Así meto desconfianza.

ESCENA XI.

Dichos; Conjurados.

ARCE.—¡Soy Independencia!

CELIS.—¡Y yo Democracia!

DELGADO.—Y yo Patria. (*Los tres forman aparte un grupo en el proscenio*).

BELTRANENA.—(*Bajo, a un conjurado*). Hay entre nosotros un trai-

dor. (*A otro conjurado*). Hay un traidor entre nosotros. (*Se pierde en los grupos del fondo hablando en secreto a los conjurados*).

DELGADO.—¿Qué dices?

ARCE.—Que alguien ve en el esclavo un espía de Gutiérrez de Ulloa y va a denunciarlo a la Junta.

DELGADO.—¿Pues qué hay?

ARCE.—Hay que se le ha visto al anochece salir de la guardia de Palacio; luego ha estado en la *Taberna del Seis de Agosto* de irrochando en unión del oficial de arcabuceros Góchez y del sargento Aleaga, y después en los barrios, con gente de la plebe a quien daba de beber largamente. Le siguió el guarda de esta hacienda y dio parte a su amo.

DELGADO.—Es preciso hablar al guarda.

ARCE.—El guarda anda huyendo lo mismo que el amo.

BELTRANENA.—(*Saliendo de un grupo, dice en voz baja a un conjurado*). Hay aquí un traidor! (*Rumores de cólera e inquietud*).

DELGADO.—¿Qué dices de esto, Celis?

CELIS.—Que os respondo de Júpiter; más si fuese verdad que nos traiciona, yo sería quien asentase sobre él el puñal justiciero con que han clavado en aquella mesa la denuncia: voy a ofrecérselo a la Junta. (*A los conjurados*). Vamos, señores! (*Entran por la puerta de la derecha los conjurados*). Amigo, (*a Beltranena*) por lo que pueda suceder, quédate a la puerta y haz de centinela. (*Sigue a los conjurados*).

ESCENA XII.

BELTRANENA

BELTRANENA.—Aquellos tres parecían los Jefes. (*Rumores de voces dentro*). Uno de ellos habla. Es todo una extraña jerigonza. . . (*Entra Júpiter y se detiene en la puerta del fondo. Beltranena se vuelve y ve a Júpiter*) ¿Pero qué veo? . . . Este es mi asesino. (*Júpiter avanza al proscenio*).

ESCENA XIII.

Dicho, JUPITER.

JUPITER —Ellos hablan mucho; yo siento más; y mis pasiones ca-

minan con más rapidez que sus pensamientos, y, cuando su cabeza ha alumbrado breve espacio, ya las llamas de mi corazón han desatado el incendio. (*Rumores a la derecha*). En verdad, (*representando*) ellos, como yo, persiguen una visión resplandeciente: ellos su visión que se llama La Libertad y yo mi visión que es... Blanca. (*Rumores y gritos*). ¿Más qué pasa? Han gritado ¡traición!... y me parece que me nombran.

BELTRANENA.—El esclavo es el traidor, dicen... (*Grita*). Aquí, amigos! Ved aquí al traidor que llega! (*Cubre la puerta del fondo*). Buena es la ocasión para deshacerme de él.

ESCENA XIV.

Dichos; CONJURADOS.

CONJURADOS.—Muere el traidor, el espía!!

BELTRANENA.—Sujetadle. (*Lo hacen*). Démosle muerte!

CONJURADOS.—¡Es un espía!

UNO.—¡Qué pudisteis esperar de un esclavo! ¡De un negro!

JUPITER.—Así como estáis, vuestros rostros son negros como el mío. Un esclavo es un hombre que atisba la hora de rebelarse: un esclavo es siempre traidor, pues los oprimidos acechan a los opresores: el negro lleva pintada su alma en el rostro. Me llamáis *El pueblo*: el pueblo es también esclavo, y en su pecho hierven el rencor, las celadas, la traición contra el amo. Yo soy el pueblo porque estoy en acecho, soy el rebelde, soy el esclavo: mi alma, quemada por el odio, como mi faz, es negra! ¡Soy el traidor de siempre! ¿Pero vosotros, por qué tenéis las faces negras, tenebrosas e inmóviles como la mía? ¿Acaso el alma se os ha ennegrecido y os habéis nivelado conmigo? ¡Entonces todos aquí somos traidores!

UN CONJURADO.—Insolente! (*Voces irritadas*).

OTRO.—Nos habla con descaro!

OTRO.—Y nos insulta!

ARCE.—Nos ha llamado traidores!

OTRO.—En todo lo que ha dicho hay disimulo!

ARCE.—Se llama traidor y nos llama traidores!

VARIOS.—¡¡Traidores!! (*Tumulto*).

BELTRANENA.—He ahí mi voto: ¡la muerte!

VARIOS.—Miserable! ¿A quién traicionamos nosotros?

JUPITER.—¡¡Al Rey!!

BELTRANENA.—Ya ha confesado su traición: no le escuchemos y que empiece la votación.

CELIS.—Deteneos! A no dudar, pasa algo inexplicable en el esclavo.

UN CONJURADO.—Defiende al Rey con firmeza y nos acusa de traidores.

OTRO.—Pues qué! ¿piensas que nosotros somos esclavos como tú y que el rey es nuestro amo?

JUPITER.—Que el rey es nuestro amo! Sí.

EL CONJURADO.—(*Con ferocidad*). El tiempo urge y no hemos de perderlo hablando con un espía de Gutiérrez de Ulloa. Es evidente que es un traidor.

JUPITER.—Lo soy, y tanto como vosotros.

CELIS.—Dejémosle explicarse; y cuando hayamos juzgado de los hechos de este hombre, veremos si merece la muerte. (*A Beltranena*). Traed de aquella mesa el puñal que el acusador ha clavado sobre la denuncia; os ofrezco de nuevo que le inmolaré con mis propias manos si resulta culpable. (*Beltranena trae el puñal*). Pero antes de llegar a ese extremo, Conjurados, exijo que le juzguemos tranquilamente.

BELTRANENA.—He aquí el puñal, señores.

ARCE.—Vamos, en efecto, a los hechos.

VOCES.—Veamos los hechos.

OTRA.—¿Qué fuiste a hacer a Palacio hoy a las seis de la tarde?

OTRA.—¿Qué tienes apalabrado con el jefe de arcabuceros, el Capitán Ildefonso Góchez?

OTRA.—¿Por qué llegaste a esta hacienda en unión de gente desconocida?

DELGADO.—¿Dónde están las armas?

JUPITER.—¿Queréis estar seguros de mí?... Pues bien, yo quiero estar seguro de vosotros. Por eso no os responderé si antes no me permitís que os hable despacio del Rey Fernando VII. ¿No le debéis lealtad y vasallaje? Es el descendiente de aquellos reyes que mandaron sus hombres vestidos de hierro sobre los indios; que pusieron sus virreyes y sus capitanes generales sobre los tronos de los caciques; que derribaron unas ciudades y fundaron otras; que aniquilaron una raza y formaron otra nueva; que despedazaron los dioses malos y sobre toda la América hicieron abriarse los santos brazos de la cruz: ¡toda la América es del Rey Fernando, nuestro señor y dueño!

BELTRANENA.—Está doblemente confeso... Espero una señal para herirle. (*Levanta su puñal sobre Júpiter*).

CELIS.—Detén el brazo. (*Sujeta a Beltranena*). Y oye tú, “Pueblo” Si Pedro Alvarado derribó los dioses sanguinarios y sobre sus altares elevó la Cruz, nosotros del trono de los reyes vamos a hacer el altar de la Libertad: ¡la idea nueva debe matar la idea vieja!... ¡Ah! Si nos ves negras las caras no es que la traición se oculte tras los antifaces; más bien estamos así porque somos la nueva nación todavía sin nombre; los futuros ciudadanos, envueltos en la noche del coloniaje; las conciencias amenazadas y perdidas hoy en un océano de oscuridad más profunda que las tinieblas con que nos enmascaran estos jirones de terciopelo. De la sombra que nos oculta van a salir el hombre y la nación del porvenir. Imagínate, “Pueblo”, el aspecto que presentaría el caos, antes de que Dios soprase sobre él las prodigiosas corrientes de vida de Su Palabra; ese aspecto era de sombras; montes, llanuras, torrentes y tempestades desatadas, todo esbozado, todo informe, todo hecho de sombra: todo como un mar sin límites en que se debatían en una borrasca sin ruido, las gigantescas olas de las tinieblas: el mismo ¡oh “Pueblo”! el mismo aspecto que presentarían, si pudiesen verse detrás de estas caretas, las almas de estos hombres; el mismo que presentarían San Salvador y todo nuestro grande istmo, recostado entre dos océanos, si pudieses ver sus almas gigantescas tras del doble lienzo del despotismo y de la sombra con que los enmascara esta noche que en la Historia va a ser memorable. ¡Si tú pudieses ver como nosotros, si todos pudiésemos ver claramente tras esas caretas, tras esa noche! ¡Cuántas ansias de vida plegan las alas en su seno...

JUPITER.—(*interrumpiendo*). ¡Oh decid qué ambiciones!

CELIS.—¡Cuántas ideas redentoras!...

JUPITER.—(*interrumpiendo*). ¡Oh qué errores, desaciertos y blasfemias!

CELIS.—¡Cuántas cabezas en que yace entre cenizas la chispa divina arrebatada a la hoguera celeste; brazos que empuñarían la espada en que resplandece la luz de la libertad, pechos en que ruge, como una tormenta muy lejana, la palabra que defiende, que proclama, que salva los derechos de los pueblos oprimidos; la protesta que arroja a los cuatro vientos la verdad que redime, con bautismo de fuego, las ignaras muchedumbres! ¡Bajo estos antifaces, bajo esa noche espesa, bajo este caos, hay un mundo, una nación, una República! Espera breves horas. Cuando llegue el nuevo día, así como en el principio la palabra del Creador, llevaba en su soplo la luz, y con sus ecos todopoderosos iba modelando los globos gigantescos, y con su vibración tachonando los cielos de constelaciones y estrellas, así la palabra “libertad”, que también es de Dios, dentro de breves horas, va a encender en este pueblo, que yace en el caos, una vía-láctea luminosa de ciudadanos, un cielo de espíritus libres, una República democrática!!

CONJURADOS.—¡Viva la libertad! ¡Viva la República! (*Júpiter tranquilo. Beltranena se ríe*).

JUPITER.—Quienquiera que tú seas, que compares una obra de rebelión con la obra de Dios, sabe que tus palabras son una blasfemia. Ya que hacemos el mal, veámoslo frente a frente, y confesémoslo. ¿Por ventura si mañana, se forma una cuadrilla de facinerosos y declara la guerra a los hombres, al Rey y a Dios, con palabras oscuras y con espantables blasfemias, estos bandidos dejan de ser hombres malos para ser héroes o ángeles? Habéis hablado del caos. Ya lo veo. Las malas pasiones van a desatarse como huracanes; los brazos que hoy no mueve el odio o la venganza, van a elevarse armados, y hay mucho desconocido bajo esta noche; la tea del incendio va a mostrároslo. ¿Qué os mueve? No os conozco, ocultáis los rostros; si pudiese ver detrás de vuestras carretas, descubriría en efecto un caos de ambición, de pecados, de rebeliones.

CELIS.—Este caos va a hablarte: vas a oír sus voces. ¿Quiénes somos nosotros? ¡hablémosle!

UN CONJURADO.—Le hablaré yo el primero. ¿No sabes que el Rey Fernando VII ha traicionado a España y la ha entregado al Em-

perado! Napoleón? Yo soy la *Moral Universal*. ¡Mueria Narizotas! ¡Viva la República! (*Tumulto*).

OTRO.—¿No has oído hablar del famoso ladrón cuatrero a quien llamaban *Ceniza*? Fue despedazado en la plaza de San Miguel por cuatro caballos salvajes. De mozo era criado de mi casa y la historia de su tormento horroriza allá a los niños. Pido tiempos mejores y desconozco el poder de España. Mi nombre ante vosotros es *Justicia* (*Voces: ¡Bien! ¡Bien!*).

OTRO.—Mi abuelo era un protestante alemán: oraba en su alcoba y ocultaba sus creencias como si fuesen un robo. Mi padre me hizo bautizar, para librarme del odio público. Pero yo, después de sesenta años de vida, en mi corazón soy protestante como mi abuelo. Aboñezco a los reyes y las sectas. Yo me llamo el *Libre Pensamiento* (*Tumulto*).

ARCE.—Yo soy *Independencia*. No pienso más, ni siento más, sino que soy un brazo armado de una espada (*Aplausos. Voces*).

OTRO CONJURADO.—Yo soy el *Derecho*, y hasta

OTRO.—Yo la *Esperanza*.

OTRO.—Yo la *Idea*.

OTRO.—Yo soy el indio: soy *La Vieja Raza* exterminada.

OTRO.—Yo me llamo *Progreso*.

OTRO.—Yo soy la *Razón Humana*.

DELGADO.—(*Adelántase*). Podría ser de los opresores y ofrezco mi vida por los oprimidos. Podría al lado del Arzobispo, oscurecer las conciencias, engañar al pueblo; recibí honores del Capitán General, y bendecí las naves en que van los deportados a Ceuta y las prisiones en que gimen los amigos de la libertad. Pero ahogan mi corazón las lágrimas de doce generaciones que pasaron por América bajo el azote de tiranos. De esta tierra abonada con sangre de esclavos es el barro de que formó Dios mi cuerpo. Sus dolores presentes punzan mi pecho: la luz de un gran porvenir es la aureola que rodea mi alma. Sus montes, sus ríos, sus bosques, su sol, sus crepúsculos son la poesía que embellece mis recuerdos. Mi trabajo es forjar sus destinos: mi gloria sería que en su historia viviese mi nombre. Yo me llamo *Patria*. (*Agitación*).

CONJURADOS.—(*en tumulto*). Soy La Libertad. Soy La Justicia. Soy La Razón. El Derecho. La Propiedad. La Ley. La República.

ARCE.—Basta, señores. Tocante a ti, esclavo, la cuestión es otra. La lealtad existió siempre y el traidor fue sentenciado a muerte en todos los tiempos. Has traicionado la conjuración. La votación va a empezar.

JUPITER.—Oídmeme antes pocas palabras. Os he dicho que así como queréis vosotros estar seguros de mí, quiero yo estar seguro de vosotros. . . Vais a ver por qué. (*Saca un papel de su bolsillo*). Tengo aquí este papel que contiene una noticia que no es conocida en todo el reino sino de Su Señoría el Intendente y del Excelentísimo Señor Capitán General. Sabed que hace pocos días la revolución ha estallado en México. (*Les da un papel que examinan*).

UN CONJURADO.—¡Es un oficio del Virrey!

OTRO.—¡México está en armas! (*Agitación y tumulto*).

OTRO.—¡Viva México!

JUPITER.—En esa noticia observad esto: el Virrey fue llamado a la cabecera de un moribundo: el moribundo era un conspirador que próximo a comparecer ante Dios, confesó su delito y delató a sus cómplices, que fueron presos, pero un cura, que era el alma de la conjuración, y que se llama Miguel Hidalgo, ha apesurado los sucesos y levantado el estandarte de la revolución en un pueblo llamado de Dolores. ¿Permaneceréis vosotros firmes en vuestros propósitos aun en el lecho de la muerte, en el tormento y en el cadalso? Si hay quien vacile, que se aparte de nosotros

UN CONJURADO.—¿Qué cambio es éste?

OTRO.—¡A votar! ¡A votar!

OTRO.—¡El moribundo sería un esclavo como tú!

OTRO.—Ha eludido la defensa.

ARCE.—¡Vamos a los hechos!

JUPITER.—¡Pues bien! Van a responder por mí los hechos.

DELGADO.—Las armas que se guardaban en la troje de esta hacienda, han desaparecido, ¿Sabéis dónde están las armas?

JUPITER.—(*Con sencillez*). Muy bien, mi amo: yo he puesto esas armas en manos de los calvareños. Y sé más, que vosotros no sabéis: sé que los barrios de Concepción, Candelaria y La Vega juntos, dan mil hombres de arma blanca.

LOS CONJURADOS.—(*Con sorpresa*). ¡Ah!

JUPITER.—Contamos también con el capitán Góchez, edecán de su Señoría, y con el sargento Aleaga, de la guardia. (*Pone sobre la mesa unos papeles*). Aquí tenéis otras noticias. Juan Nepomuceno Cacho Gómez, contador de diezmos de Comayagua, trae de Honduras ciento diez hombres. (*Viendo una carta*). De ellos ocho reciben el pie del bolsillo de Nepomuceno; pues este hondureño hace méritos para pedir a su Majestad una contaduría de tabacos. (*Toma otra carta*). Por si esta tropa no bastase a prevenir un desorden en San Salvador, el Coronel de Aycinena, ha puesto sus tiendas a orillas del Paz, pronto a acudir a la primera señal de insurrección. Son los suyos quinientos hombres. Trae, sobre todo, para apaciguar al pueblo al Padre Vidaurte, que es un gran predicador. ¿Ignorábais todo esto? Esta es correspondencia del Intendente y debe volver esta misma noche a su despacho. (*La guarda*). Tendremos, pues, que resistir las milicias de las provincias de Guatemala y Honduras, (*Rumor*). Si hay entre vosotros quien tema por ello a fe que no tiene razón, pues dentro de algunas horas tendremos a San Salvador en nuestro poder, y hay en la sala de armas de palacio doscientos mil pesos del Tesoro Real y tres mil rifles, con los cuales podemos hacer frente a las milicias de todo el reino. Como sabéis, hoy debía llegar el Coronel Fermín de Beltranena, agente secreto de la Capitanía. Ved aquí sus papeles e informaos de sus planes. Llego de lejos, y estoy cansado (*Se sienta. Los conjurados por grupos cuchichean*).

CONJURADOS.—¡Bravo! ¡Es magnífico! (*Leen los papeles*). Ha querido probarnos.

BELTRANENA.—(*A un lado del proscenio*). Ved ahí cómo se imponen de mis papeles en mis narices.

CELIS.—Señores, ya veis lo que es el Pueblo. Eso que admiráis es obra de un día.

ARCE.—(*A Celis*). No me gusta ver tanto poder en manos de ese esclavo.

CELIS.—Bien está el rayo en manos de Júpiter. Júpiter es el pueblo.

DELGADO.—Guarda esos papeles. (*Los recoge de la mesa*). Arce tiene razón: vendréis con nosotros a casa.

JUPITER.—Ahora, si lo permitís, voy a retirarme: otros quehaceres me aguardan. (*Rumores de admiración. Le abren paso y le siguen. Se oyen aclamaciones: "¡Viva el pueblo!" "¡Viva Júpiter!"*).

ESCENA XV.

BELTRANENA

BELTRANENA.—¿Quién es este Júpiter, que es el pueblo? He ahí el enigma. Y ciertamente, ese esclavo es un enemigo terrible. (*Se descubre el rostro*). Pero toda su obra va a desvanecerse como un sueño, al despuntar el nuevo día... ¡Vamos! estos señores me guiarán a San Salvador. (*Vase esbozándose. Telón*).

ACTO III

Sala en casa de CELIS. (Amanece)

PRIMER CUADRO

ESCENA I

BLANCA.—*(Con manto y una lámpara en la mano: la sigue ENGRACIA)*. Esta madrugada no he oído con devoción la misa. *(Entreabre las cortinas de la ventana)*. La alborada parece triste. . . Mi padre hoy tampoco ha pasado la noche en casa, y esos rumores de guerra que empiezan a inquietar la ciudad, han aumentado mi desvelo y mi zozobra. . .

ENGRACIA —Señorita. . . ¿Júpiter va a quedarse aquí?

BLANCA.—El Padre Delgado lo ha obsequiado a mi padre. Engracia, prepárame el vestido de tisú de oro. Va a llegar el señor de Beltrarena, y hay que recibirle como a persona de calidad.

ENGRACIA.—*(Aparte)* ¡Y el esclavo, enamorado de la Señorita Blanca, y con paso libre para entrar y salir en la casa! *(Alto)*. ¿Sabe la señorita? Su merced va a espantarse; pero tengo ley a la familia y. . .

BLANCA.—¿Qué dice?

ENGRACIA.—Digo que ese negro que han obsequiado al amo está enamorado de su merced.

BLANCA —Engracia, eres aturdida. . . ¿Por qué lo dices?

ENGRACIA —¿No lo ha visto su merced a su paso plantado en el atrio de la Iglesia todas las madrugadas?

BLANCA.—Pues hoy no estaba

ENGRACIA —¿Y la noche del baile de las Aíce, cuando su primo Bernardo bailaba el fandango con su merced. . .

BLANCA —¿Qué?

ENGRACIA.—El espía por la ventana y la miraba a su merced con unos ojos como llamas.

BLANCA.—¡Había tantos curiosos!

ENGRACIA.—Luego, una vez que el amo despidió las visitas ya tarde de la noche, cuando yo fui a cerrar el zaguán, vi al negro que paseaba la calle, haciendo el galán que se pasa la noche en claro.

BLANCA.—Esperaría al Padre. . . Vaya, déjame en paz.

ENGRACIA.—Y en fin, ¿cómo habría podido hacer que el Doctor que aborrece a los dueños de esclavos, lo aceptase a él, si su locura no le aguzaba la mente? (*Blanca se ríe*).

BLANCA.—Tú estás loca, a lo que parece. Ve a arregláme el vestido, y calla

ENGRACIA.—Está bien, señorita (*Blanca va a la ventana*). Pero. . . (*Entra Júpiter*). ¡Caígue el diablo con el negro! (*Vase. Júpiter avanza sin ver a Blanca*).

BLANCA.—Ya está saliendo el sol.

ESCENA II.

BLANCA, JUPITER

JUPITER —Me asombra que hayan descubierto a esos desgraciados. . . Los instantes son preciosos y el señor de Celis tarda en venir. . . (*Vuelve a ver*).
Ella. . .

BLANCA.—Júpiter, ¿sabes dónde está mi padre?

JUPITER.—Mandóme que os diga que estéis tranquila.

BLANCA.—Pero él, ¿dónde está y por qué no viene? . . . ¿tú has pasado la noche sirviéndole? . . .

JUPITER.—Os repito lo que me mandó decirnos, sin pensarlo, como un eco.

BLANCA.—Pasa, pues, algo extraño. . . He aquí un esclavo que ha visto esta noche a mi padre y sólo puede atormentarme con su obediencia. . .

JUPITER.—¡Ah! sabed. . . solamente, que llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

BLANCA —(*Se sienta cavilosa*). Hablas de tal modo, que entiendo

que mi padre corre peligro... ¡Ah! no es, pues, mi boda lo que le trae caviloso... Porque, hoy lo pienso... cuando esa caita llegó, mi padre llevaba algunos días de estar meditabundo y sombrío. . . (*Júpiter permanece en el fondo. Blanca cerca del proscenio. Las palabras de Júpiter, que habla a media voz, se oyen como un soliloquio*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Cuánto tarda, corazón! qué distancia me separa del momento en que pueda decirle a esta mujer: “te amo”... ¡Ah! ¡esta idea!; hago esfuerzos y la rechazo, porque si esas palabras llegasen a salir de mis labios mi razón reventaría como un vidrio . . . Sin embargo, durante mucho tiempo creí que era imposible que alguna vez yo le hablase, —y que ella me hablase—; y hoy... yo le hablo, y ella me habla... Y está allí cerca, a mi lado, y he oído sus palabras como si cayesen de la altura de un trono; y su mirada llega hasta mí como si fuese la luz de una estrella lejana; ¡que está lejos, muy lejos, su corazón del mío!... Oh distancia... distancia... ¡Ayúdame, fortuna!. Riqueza, honores, poder, gloria, ¿no conseguiré llenar con estas cosas, el abismo que de ella me separa?... La esperanza, que dentro de mi pecho abre sus alas, eleva este canto: “Sí”.

BLANCA.—(*Aparte*). Más bien será que afligen a mi padre esos rumores de guerra, ¿o será?... ¡qué espantosa idea!... Sin embargo, este pensamiento, como si mi alma se complaciera en atormentarse, me domina como si viese ya algo claro y desgarrador . . . ¿Serán ellos, los de esa rebelión? . . . Veo a ese hombre... (*Por Júpiter*) y más me inclino a creerlo. Acércate, esclavo, ¿Qué iba a hacer, hija imprudente? . . . (*Júpiter avanza y la ve con timidez y asombro*). Si yo me engañase, sería hacer a mi padre sospechoso, preguntar si conspira contra el Rey... Con todo, tengo fe en los consejos de mi corazón, ¡Sí! y ahora desearía que fuese cierto que este esclavo me ama. Oye, esclavo, ¿no es verdad que eres muy fiel a mi padre?

JUPITER.—¿Hay quién lo dude, acaso?

BLANCA.—¡Oh no! pero hace un momento me decías que estabas pronto a defenderle... que...

JUPITER.—Os he dicho que llegado el caso, daría la vida por vuestro padre.

BLANCA.—Si es cierto lo que dices, júralo por Dios, esclavo.

JUPITER.—Oh ¿qué inesperada felicidad es ésta?

BLANCA.—Te digo que lo jures por Dios, esclavo.

JUPITER.—¡Sí, Sí! Con toda mi alma, lo juro. Lo juro por cuanto puede haber de sagrado... Lo juro por Dios y por la Santa Virgen... ¡Más! ¡Más todavía!... ¡Lo juro...! (*Blanca extiende las manos a los labios de Júpiter*).

BLANCA.—(*Con un grito imperioso que corta el diálogo*): ¡Silencio! (*Aparte*). ¡Oh! es cierto... (*Yéndose*). Este hombre me ama y estoy aterrada. (*Sale*).

ESCENA III.

JUPITER

JUPITER.—Qué iba a hacer... ¡insensato!... iba a jurar por Blanca, por mi amor!... Pero ella, ¿sintió acaso que llegaba el soplo de la tempestad, y selló mis labios antes que el rayo viniese a caer entre nosotros?... Sí, ella lo sabe... Ella lo sabe... Ella lo sabe, y esto es para mí al mismo tiempo, algo como una dicha, y algo como una irreparable desgracia! (*Cae en una silla y llora. Delgado y Celis entran, y se detienen al ver a Júpiter*).

ESCENA IV.

JUPITER, CELIS, DELGADO

CELIS.—Mírale anegado en lágrimas. (*Va a Júpiter y le toca el hombro*). ¡Valor amigo. (*Júpiter se vuelve fuera de sí y abraza a Celis llorando*)

JUPITER.—Es que eso es para mí como una irreparable desgracia. (*Pausa*).

DELGADO.—¡Ea! hay que tomar una resolución.

JUPITER.—(*Vuelto en sí*). ¡Ah! Os esperaba.

CELIS.—Durante el resto de esta noche, desde que nos dejaste, nuestra obra ha caído en ruinas. El oficial y el sargento están presos.

JUPITER.—Lo sé.

CELIS.—Y van a darles tormento para que declaren.

JUPITER.—Sin duda.

CELIS —Y la conjuración dentro de breves instantes va a ser descubierta.

JUPITER.—Sí.

CELIS —¿Pues para qué me esperabas? Huye y déjanos. Los presos sólo a ti pueden delatarte.

JUPITER.—Os esperaba para deciros que el grito de insurrección debe darse al instante y no a las seis de la tarde, como dispuso la Junta. Hay que hacerlo saber a los conjurados. No necesito más tiempo que el de hacer una señal y tocar a sonar en La Merced. Al momento veréis hervir en las calles al pueblo.

DELGADO.—¿Cuál es la señal?

JUPITER —Tres campanadas, que serán repetidas tres veces.

DELGADO.—No hay tiempo que perder. De aquí vamos a los baños. Júpiter, vas a llevar un papel a Arce.

CELIS.—Voy a tomar mis armas. ¿Vienes, Padre?

DELGADO.—Voy a escribir a Arce para que se ponga al frente del asalto. *(Salen)*.

ESCENA V.

JUPITER

JUPITER.—¡Arce! . . . Esperad un poco. No es Arce quien ha tejido la red en que va a quedar presa como una mosca la Fortuna. Y mañana . . . ¡vive Dios, que mañana al hablar a Blanca no me turbaré más! . . . Toda esta ciudad, hombres, mujeres, nobleza, clero, ejército, todo va a hormigear bajo mis plantas. . . Ah, ¿Guatemala quiere la guerra? Juro a Dios que la venzo, y después, como en un tableo, pongo la mano sobre todo Centro América. . . ¡Oh! ¿qué idea ha cruzado por mi mente, que me ha cegado como un relámpago en el mar? . . . Tener una corona como él. . . ¡como Fernando! *(Beltrana aparece en el fondo con un látigo en la mano)*.

ESCENA VI.

JUPITER, BELTRANENA

BELTRANENA.—(*Desde el fondo*) ¡Anúnciame, esclavo! (*Júpiter no le oye. Se supone que por la clase de sus meditaciones, ni oye, ni creería que es a él a quien se dirige la palabra: “esclavo”*)

JUPITER.—¡Como Fernando!. ¡Oh, estupor!. . . ¿Por qué no?. . . Esas cosas divinas las foija también el azar. . .

BELTRANENA.—(*Viendo en torno*). Esclavo, ¡anúnciame! (*Viendo la sala*). Es una casa opulenta.

JUPITER.—(*Que no ha oído*). . . Y todo ese poder, toda esa grandeza, toda esa gloria a los pies de Blanca!

BELTRANENA.—(*Descarga un chilillazo que estalla sobre Júpiter*). Vil esclavo, ¿no me oyes?

JUPITER.—¡Ah! (*Da un rugido de cólera y desemboza su puñal con rapidez*). Quien quiera que seáis, vais a morir! (*Va a lanzarse sobre él*). ¡Espantosa ilusión! (*Con voz sorda*). ¡El señor de Beltranena a quien di muerte anoche! ¡Satanás juega conmigo!

BELTRANENA.—¿En qué pensabas, biribón?

El cuadro será éste: al alzar el látigo Beltranena, Celis y Delgado aparecen por segundo término, al mismo tiempo que Blanca por primer término, los tres a la derecha. Beltranena permanece en medio y al fondo: Júpiter espantado en el proscenio, a la izquierda.

BELTRANENA.—¡Calla! ¿pero qué veo? ¡si es mi asesino!. . . Me reconoce y está aterrado. ¡Jorge! ¡soldados! (*Entra un oficial y soldados*) Prended a ese esclavo. (*Prenden a Júpiter*). ¡Centinelas, a las puertas! ¿Sois vos el señor de Celis. . . ?

ESCENA VII.

Dichos: BLANCA, CELIS, DELGADO, JUPITER, JORGE, soldados.

BELTRANENA.—Los tiempos son malos, doctor. Desde cierto lance

del camino, (que os lo refiera ese esclavo), he dispuesto andar en San Salvador en buena compañía... Llevadle. (*Llévanse algunos soldados a Júpiter*).

ESCENA VIII.

Dichos: menos JUPITER

BLANCA.—¿Quién es ese hombre? (*Se ase a su padre*).

BELTRANENA.—Señores, mientras ventilo un asunto de familia, os prohibo dar un paso fuera. (*A Blanca*). Dispensad, Blanca, ¿sois vos, no es verdad? No creí conoceros en circunstancias tan irregulares. (*Aparte*). He hecho mala impresión: bien se deja ver. Señores, no tenéis idea del huésped que alojabais. (*A Celis*). Mi padre, señor de Celis, os escribió hace un mes, sobre un asunto de familia: yo soy Fermín de Beltranena.

DELGADO.—(*A Celis*). Es un mal hombre: pero mostremos calma

BELTRANENA.—Perdonad si me he excedido; pero ese esclavo es un gran conspirador, y ya os referiré, señor de Celis, todo lo que pasó anoche en una hacienda que llaman de "Guardad".

DELGADO y CELIS.—¡Ah!

BELTRANENA.—Os decía que mi padre, señor de Celis...

CELIS.—Señor de Beltranena, hacéis un papel menos imponente que cínico.

BELTRANENA.—¡Ah!... (*Aparte*). Esta es la voz de mi enmascarado de anoche; reconozco su estatura. Pero, entonces... Su vida está en mi poder y voy a vencerle por el terror. (*Tranquilo*). Señor de Celis, yo no os he arrojado el guante.

CELIS.—Pues yo sí: recogedlo.

BELTRANENA.—(*A Celis*). El esclavo va a hablar; lo recogeré entonces. Anoche se os dijo que Beltranena es implacable... Recordad el hombre de la capa escarlata...

CELIS.—(*Aparte*). Lo sabe todo, y el miserable quiere a mi hija a cambio de mi vida! Blanca, dale a entender, hija mía, que le desprecias tanto como tu padre.

BELTRANENA.—(*Aparte*). El triunfo está en mis manos. (*A Delgado*)

que hace pedazos menudos la carta que había escrito a Arce).
¿Por qué rompéis vos esa carta? ¿Quién sois? ¿Vuestro nombre?

DELGADO.—Me llamo Patria.

BELTRANENA.—Ese es vuestro nombre de conspirador; mas si queréis delataros, lo hacéis a medias.

DELGADO.—José Matías Delgado.

BELTRANENA.—Creo que haréis un prisionero importante, señor Cui a

DELGADO.—Y vos, amigo, parecéis un excelente verdugo. (*Avienta los pedazos de la carta*).

BELTRANENA.—No os disputo el ingenio. Señor de Celis, vuestra última palabra.

CELIS.—¿Es, pues, verdad que la casa Beltranena está fallida? Escribid a vuestro padre que yo no cancelo esa quiebra.

BELTRANENA.—Jorge, prended a estos señores. Registradles. (*A Celis*) ¿Ibais a salir armado? (*A Jorge*). Quedan presos en esta casa. No les dejaréis hablar a nadie sin mi orden. (*A Blanca*). Besóos los pies, señorita. (*Extiende la mano*).

BLANCA.—Id, miserable.

(*Estupor de Beltranena. Luego ofendido*).

BELTRANENA.—Y por lo que hace a esta dama, Jorge, conducidla a palacio.

CELIS.—

BLANCA.—

DELGADO.—

¡Infame! (*Celis se arroja sobre Beltranena*).

BELTRANENA.—(*Que le ha presentado la punta de la espada al mismo tiempo que Jorge*). Os habéis herido el brazo, señor de Celis. (*Los soldados lo sujetan*). Ved que dáis coces contra el agujón. Vamos. (*A los soldados*). No pondréis las manos sobre esa dama si no os resiste. (*Blanca desfila dignamente entre los soldados que la llevan*). (*Con ironía, cuando Blanca ha desaparecido por la puerta del fondo*): Ya sabéis la consigna, señor de Celis: “libertad o muerte”. (*Sale*).

CELIS.—Padre, es horrible. (*Caer*).

SEGUNDO CUADRO

ESCENA IX.

Galería de palacio que da a la sala de armas cuya puerta está en el fondo.

EL CARCELERO GONZALEZ

¿A mí que me va ni me viene en todo ésto? Que unos quieren que no haya Rey, y otros quieren que no haya Nemocracia . . . A todo esto, González, ¿y qué es Nemocracia? . . . Nemocracia es que vamos a tener generales; y va a haber guerra; y el que gane la batalla, . . . ese es el *Jeje*. . . dicen que así es en la Etopa. Eso *mesmo*; pero el Emperador Napoleón gana las batallas porque lleva siempre un botón mágico en la bolsa. (*Baja la voz y espía por la puerta que da a la sala de armas*). Hoy el *Chapín Beltranena* dijo al Intendente que los revoltosos querían robarse los \$ 200,000 del Rey que están en aquel cofre. . . y apoderarse de aquellas cajas de rifles. . . ¿Qué dices, González? . . . ¿te gusta la Nemocracia? . . . ¡Al oficio! al oficio, que hoy tengo que arreglar y debe estar listo el tormento. . .

TERCER CUADRO

ESCENA X.

Sala de armas de palacio.—Cofre-fuerte de la época: algunas cajas de rifles.

BELTRANENA, JORGE

BELTRANENA.—Sólo esta sala de armas puede servir de prisión a tan bella conspiradora. Haz que se la conduzca inmediatamente

JORGE.—Señor, una criada ha quedado llorando a la puerta de palacio y pide se le permita estar con su ama.

BELTRANENA —Ello será a lo mas un rasgo de fidelidad doméstica, Jorge: que no la dejen entrar. (*Vase Jorge*). Cierro que es bella Blanca Celis y que no sería difícil amarla. (*Blanca atraviesa la escena con imponente dignidad hasta llegar al proscenio*).

ESCENA XI.

BELTRANENA; BLANCA; luego JORGE

BELTRANENA —(*Aparte*). No baja un ápice de su altivez. (*Entra Jorge: Beltranena se sienta a una mesa y escribe*).

JORGE —El Intendente manda a decirnos que el proceso sólo arroja los nombres de Góchez, de Aleaga y del esclavo.

BELTRANENA.—¿Y el esclavo no delata al señor de Celis y al Padre José Matías Delgado?

JORGE.—El esclavo dice por el contrario, que era agente de otra persona cuyo nombre jura que no pronunciará.

BELTRANENA.—Caeo que dispongo de un medio para hacerle hablar . . . El potro de ayo. (*Escribe*).

JORGE.—El potro de ayo lo aplicaba el Intendente Azpeita a los ladrones de cuadrilla, a quienes hacía morir so pretexto de que no declaraban, aunque quisiesen declarar . . . Un ayo de hierro ciñe la cabeza del reo y tiene un resorte, que oprime a la vez cinco puntas que le taladran . . . Pocas vueltas de rueda y el hombre es muerto . . . Y el esclavo podría morir antes que declararse. (*Beltranena da lo escrito a Jorge*).

BELTRANENA.—Quedas en lugar de Góchez, Jorge. (*Aparte*). ¡Imbécil! Si el esclavo declarase ¿qué podría ofrecer al señor de Celis a cambio de su hija? Así le arreglaré su cuenta al negro por la puñalada del camino . . . como el difunto Azpeita. Jorge, que intimen de nuevo su declaración al esclavo y vuelve a informarme. (*Ve a Blanca; aparte*). Ha temblado. (*Sale Jorge. Beltranena va hacia Blanca lentamente*).

ESCENA XII.

BELTRANENA; BLANCA

BELTRANENA.—Doña Blanca, está en vuestras manos abrir o cerrar a vuestro padre la puerta de su prisión, y aún la de la muerte . .

BLANCA.—¡Ah! ¡de mi padre!

BELTRANENA.—Dadme la mano; yo os conduciré a su lado, y quedaréis ambos libres

BLANCA.—¡Oh! ¡qué decís!

BELTRANENA.—Mas desde que os la tome... (*En voz baja*) seá
mía.

BLANCA.—(*A media voz, retrocediendo*). Horror!

BELTRANENA.—Os concedo un instante para que lo penséis. (*Aparte*). Conviene que ella envíe a suplicar a su padre. Ahí estaba esa criada; la dejaré hablar a Blanca y a Celis... (*Entra Jorge*).

ESCENA XIII.

Dichos; JORGE

JORGE.—El esclavo permanece silencioso.

BELTRANENA.—Está bien... Jorge, haréis que se le ponga en el potro de aro. (*Ve a Blanca*). Si todos los conspiradores son tan obstinados como el negro, creo que esa máquina no descansa sino hasta acabar con su silencio o con ellos. (*Blanca se lleva la mano a las sienes*). Espera. ¿Tú decías que hay una criada a la puerta? Hazla entrar y que vea a su ama. Si algo queréis decir a vuestro padre, Doña Blanca, no seré yo quien se oponga. (*Sale Jorge*).

ESCENA XIV.

BELTRANENA; BLANCA

BLANCA.—Oh, señor de Beltranena!... (*Beltranena finge no oír*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Ella me habla: ha llegado mi vez: debo ser yo quien se haga suplicar. Quiero espiarla. (*Sale*).

ESCENA XV.

BLANCA

BLANCA.—Se ha ido: ¿qué haré? ¡Oh! ¿qué me ordenaría mi padre que hiciese? (*Entra Engracia*). ¿Engracia? (*La abraza. Se oye un rechino de cadenas que son las del potro*)

ESCENA XVI.

BLANCA; ENGRACIA; BELTRANENA, al paño

ENGRACIA.—¿Qué ruido es ese?

BLANCA.—Es un ruido de cadenas . . . ¡Es el potro! ¡Júpiter va a sufrir el tormento . . . por no denunciar a mi padre! *(Se oye un gemido sordo y prolongado)*.

JUPITER.—*(Dentro)*. Ahhh! . . .

BLANCA.—El . . . es él . . . oyes . . . Es atroz ese tormento, Engracia . . . *(Rechinan las cadenas)*. ¡Ah! otra vez . . . otra vez . . .

JUPITER.—*(Dentro)*. Ahhh! . . . *(Blanca cae de rodillas)*.

BLANCA.—Vengan del Pílar, misericordia! . . . *(Beltranena entreabre la puerta y espía)*. Engracia, ¿tú no sabes que sufre por mí ese inmenso dolor? *(Levántase enloquecida)*. Ah! van a matarlo! Me lo había jurado, Engracia y lo cumple . . . ¡Me ama y muere por mí, infeliz Blanca! . . . *(Vuelven a sonar las cadenas)*. ¡Socorro! *(Se desmaya deslizándose de brazos de Engracia, que arrodillada le sostiene la cabeza)* . . . ¡Socorro! *(Beltranena avanza y se detiene al fondo)*.

JUPITER.—*Dentro*. Ahhh!

BLANCA.—*(Desmayada y con estertor)*. Ah! *(Pausa)*.

BELTRANENA.—*(Que ha llegado al proscenio)*. “Me ama y muere por mí” . . . ¿De quién hablaba? . . . ¿Del esclavo? ¡Imposible! . . . Mas, si fuese cierto, pronto voy a saberlo ¡Jorge! *(Jorge al fondo)*. Suspende el tormento y haz que traigan aquí al esclavo. *(Vase Jorge)*. “Me ama y muere por mí” . . . ¿No escuché eso? . . . Por mi vida, que le oí decir cosas diabólicas . . . Mas si eso fuera, ¡con cien mil demonios! . . . que es fácil la boda . . . Ah, el esclavo, el negro es mi rival: tanto es así que ella le hizo saber mi llegada, él me esperó la noche en el camino para asesinarme, y yo salí bien librado con una sola puñalada. *(Se mira el brazo)*. Y el señor Júpiter Tonante, aunque anoche reconocía la autoridad del Rey, como tiene sus pasiones fogosas, en obsequio de sus amores con esta belleza casquivana que está allí, ha armado la máquina de esta conspiración que interesa al señor padre de la joven. Y ella . . . ¿será su amante? ¿Pues no se ha desmayado por él?

Parece, sí, increíble; pues Blanca es bella como un ángel y respira nobleza como una infanta. . . He leído en no sé qué libro, que la mujer de un emperador romano se enamoró de un esclavo del circo: un día el emperador envióle una urna de oro y ella al destaparla, encontró la cabeza de su amante. . . (*Entra Júpiter, la faz bañada en sangre*). Así bañada en sangre. . . Yo puedo enviar ésa a Blanca. . . pero, ¡voto al chápíro! será ella quien va a proporcionarme la urna (*Blanca vuelve del desmayo. Júpiter permanece en el fondo*). Doña Blanca, estáis en libertad, (*A los soldados*), Vosotros, ¡idos! (*Va al paño*).

ESCENA XVII.

BLANCA, ENGRACIA; BELTRANENA al paño; JUPITER

BLANCA.—Engracia, ¿has oído? me ha dicho que estoy en libertad. (*Levántase penosamente. Vuélvese para irse y queda aterrada*). Mas ¿qué veo? . . . o será que me alucina el ruido espantoso de esta cárcel? . . . ¡Júpiter!

JUPITER.—Ella es. . . Dame, dame fuerzas, ¡Dios mío!

BELTRANENA.—(*Al paño*). El va hacia ella . . . y ella hacia él. . .

BLANCA.—Eres tú, ¡Júpiter! Amigo mío.

JUPITER.—Yo me muero, pero antes . . . ¿Qué iba a deciros? ¡Ah! ¡iba a deciros que os amo!

BLANCA.—¡Pobre amigo mío! Engracia, ¡delicia!

JUPITER.—No; si eso no os lo debo decir. . . (*Se reanima*). Lo que os debo decir . . . es esto: Salvad a vuestro padre. . . Oídme y retened mis palabras. ¡Aquí! Debo deciroslo bajo, muy bajo . . . (*Blanca y Engracia se inclinan al pecho de Júpiter*).

BLANCA.—Valor, Engracia Mi vida está en tus manos.

BELTRANENA —Van a quedarse solos: es bueno ver el idilio hasta el fin. . . La confidente se marcha (*Sale Engracia*).

ESCENA XVIII.

JUPITER, BLANCA; BELTRANENA, al paño

JUPITER.—¿Estáis contenta de mí? . . .

BLANCA —Dios os lo premie todo amigo mío.

JUPITER.—Oh no: Dios me castigará; y creo que voy a morir...
(*Blanca lo sostiene*) y a pesar de eso, perdonadme que os lo diga... ¡en este instante soy muy dichoso! (*Rueda desvanecido*).

BLANCA.—Virgen Santísima, recibe su sacrificio y perdónalo; pues ninguna mujer merece ser amada así en la tierra: voy a decíselo todo a mi padre (*Vuélvese*). ¡Oh! no le dejaré así; yo besaré sus manos. Mira, Dios mío, son las manos de un mártir... (*Lo besa*)... ¡Su frente! (*Lo besa*).

BELTRANENA.—(*Al paño*). ¡Va a reanimarle con el soplo divino de su amor!

JUPITER.—(*Vuelve en sí*). Os decía que soy muy dichoso...

BLANCA.—¡Vive, vive! ¡gracias, Dios mío!

BELTRANENA —(*Al paño*). Me parece que basta, pues tal amor es cierto... y mi triunfo también (*Entra. A Blanca*). ¿No os dije que estábais en libertad?

BLANCA.—Voy a salir, Señor...

BELTRANENA.—¡Oh incauta mujer! todo lo he visto y oído.

JUPITER —¡Ah! (*Entran Jorge y soldados*)

ESCENA XIX.

Dichos; JORGE y soldados

JUPITER.—(*Aparte*). Ha dejado ir a la criada, sin embargo... o quizás la hizo prender a la puerta...

BELTRANENA.—¡Jorge! ¡Que se lleven a ese hombre! (*Mientras llevan lentamente a Júpiter suenan a lo lejos tres campanadas*)

JUPITER.—(*Aparte*). Ha sonado la campana de La Merced (*Alto*)
¡Señor de Beltranena!... ¡temblad!

BELTRANENA.—¿Qué ha dicho?

JUPITER.—Digo que desde este momento os he condenado a muerte.

BELTRANENA —Llevalle; está loco (*Llévanle*).

ESCENA XX.

BELTRANENA, BLANCA

BELTRANENA.—Así, la noble hija de Celis, que vaciló dos años en aceptar un esposo, porque aún dormía su alma el sueño de la inocencia, rechaza la mano de un Beltranena porque en su corazón ya está ocupada la plaza por un esclavo... (*Tres campanadas lejanas*).

BLANCA.—¿Qué os habéis atrevido a decir?

BELTRANENA.—¿Ahora vais a fingir la indignación como fingís el poder?... Vive Dios que voy a decíoslo. ¡Ese esclavo es vuestro amante!

BLANCA.—¡Sois un miserable!

BELTRANENA.—Es inútil, os digo... Y ahora la vida de vuestro padre depende de lo que vais a responder. ¿El esclavo está de por medio? No es dé cuidado. (*Va al fondo*). ¡Jorge! (*Aparece Jorge*). Llevad al esclavo al potro; le daréis tormento hasta que expire. (*Vase Jorge*). Ya lo veis... (*Suenan lejos tres campanadas*). Suena un toque extraño de campana... (*Avanza hasta el proscenio*). En pocas palabras; vais a ser mi mujer.

BLANCA.—¿Vuestra mujer?... ¡Ah! ¿y me creéis deshonrada?... Contestaría si pudiera abrir a vuestros pies el infierno: sólo en él hay fuego bastante para purificar vuestra infamia... ¡Contestaría si el cielo me diese un rayo para fulminaros! (*Suenan las cadenas del potro*).

BELTRANENA.—Es el potro... ¡El rayo en vuestras manos! el rayo está en manos de Júpiter: pedídselo a vuestro amante.

BLANCA.—¡Miserable! ¡ese rayo va a heriros!... (*Se oye fuera una descarga cerrada, Beltranena cae de rodillas. Al mismo tiempo la campana toca a lo lejos a somatén*).

BELTRANENA.—¿Qué es esto?

BLANCA.—No os admito a mis pies. ¡Fuera, miserable! (*Descargas, somatén, gritos*). ¡Miserable!... (*Beltranena sale aturdido*). Esta vez el estuendo se acerca... ¡Cómo me alegian y me aterran esos gritos! ¡Llegan... Virgen del Pilar! ¡salva a mi padre! (*Cae de rodillas: tiros y somatén: se oyen estos gritos: ¡Viva el Pueblo! ¡Viva Júpiter! Telón*).

ACTO IV

*Sala de armas. El cofre-fuerte y los cajones de rifles
están hechos pedazos*

ESCENA I.

BELTRANENA.—Preso. (*Se ve pasearse a los centinelas fuera de las
puertas*). Júpiter va llegar. . . La multitud lo saluda. Ya llega. .
¿Qué hace? . . . ¿Esquivaré su presencia? . . . (*Da unos pasos
hacia el fondo*). ¡Oh! No; yo iré a su encuentro. . .

ESCENA II.

*Dichos; JUPITER, con insignias de mando. Entra sin
ver a Beltranena*

BELTRANENA.—(*Aparte*). ¿Por dónde debo empezar? A pesa! mío
le temo. (*Se adelanta*). Señor. . .

JUPITER.—(*Ruge*). ¡Ah! (*Se va sobre él, le abofetea y le arroja al
suelo; Beltranena queda en el suelo con la cabeza en tierra viendo
de soslayo; Júpiter le vuelve la espalda*). ¿Qué espero? este hom-
bre vive aún! . . . Celis me estorba. Porque. . . al impedir la muer-
te de este hombre, Celis me agravia y me burla. . . Es preciso que
cobre la seguridad de que soy el que manda. (*A Beltranena, que
levanta la cabeza desde el suelo*). Oye, tú, vas a morir. . . Tienes
ahora sobrado tiempo de rezar tus últimas oraciones

BELTRANENA.—(*Desde el suelo*). Si yo hubiese sabido, señor, que
venía a interponerme entre vos y Blanca, (*Júpiter retrocede*)
cierto que. . . (*Aparte*). Veamos.

JUPITER.—¿Qué dice? ¿He oído bien? Oye, ¿vas a repetir lo que
has dicho?

BELTRANENA.—(*Incorporándose*). Oh, señor, ¿es uno de los ataca-
tivos de vuestros amores el guardar en secreto la historia del triun-
fo? . . . Os pido perdón. . . (*Se levanta*).

JUPITER.—(*Aparte*). ¡Cómo! ¿este hombre sabe que amo a Blanca?
(*Alto*). Mi triunfo, blanco, mi triunfo. . . ¿Qué quieres decir?

BELTRANENA.—(*Aparte*). Habla al parecer con un tono candoroso
Algo me falta por descubrir, a no dudarlo...

JUPITER.—(*Con un grito de cólera*). ¡Habla!... he dicho que hables...

BELTRANENA.—Os he recordado, eso, General, para haceros saber que hasta ha poco lo ignoraba... y que me retiro. . General, os aseguro que podéis poseer tranquilamente el ídolo de vuestro corazón..

JUPITER.—Eres servil . . El miedo se apodera de ti... No hablemos más... (*Aparte*). Pero él lo sabe: ¿esto cómo puede ser? ¿cómo?... ¿Quién puede haber penetrado en mi corazón antes que yo me haya resuelto a abrirlo?... (*Alto*). Oye, vas a decir lo que sabes. . ¡Ya! . . ¿Vas a decirlo?... O vive Dios que si piensas builate . (*Lo sacude*) antes de morir vas a conocer cómo desgarran tus potros.

BELTRANENA.—(*Aparte*) ¿Habié dado un paso en falso?... (*Alto*). Orgullosa como estáis con la victoria de vuestro corazón, no os fijáis en que, en vuestros amores, lo que más falta es la reserva. Tenedlo presente para en lo de adelante... Cuando estuvisteis aquí esta mañana... que ella...

JUPITER.—¡Oh! ¡Cómo me impacienta!.. ¡Habla!

BELTRANENA.—Comprended que no es culpa mía si vi entonces el amor que ella os profesa...

JUPITER.—¿Ella? ¡habla! ¡habla!

BELTRANENA.—Ella, Blanca...

JUPITER.—El amor, dice, que me profesa Blanca . . ¿Hablas de builas, miserable?

BELTRANENA.—¿Cómo podría builarme?... ¿Cómo?...

JUPITER.—¿Si fuese cierto?... ¿Oyes?... ¿Quién podría decirlo...?

BELTRANENA.—Nadie.

JUPITER.—¿Ella?... (*Saca el puñal*).

BELTRANENA.—Nadie, señor... Yo lo he visto...

JUPITER.—¡El lo ha visto!... ¿Qué? ¡Dilo!

BELTRANENA.—Lo sabéis mejor que yo: ella se inclinó sobre vos, aquí mismo, y os cubrió de besos. .

JUPITER.—(*Retrocede deslumbrado y emocionado*). ¡Ah! . . . Es imposible que este hombre que tiembla acobardado, jugase de ese modo a la vez con su vida y con su muerte! . . . ¡Es imposible! . . . Sí. . . (*Esconde su puñal. Recordando*). Yo caí a su presencia desvanecido de amor . . . ¡había sufrido tanto por ella! . . . Después, al volver en mí, ella estaba a mi lado. . . Esto bien lo recuerdo. . . ¿Cómo no me apercibí de su ternura? ¿Por qué en sus grandes ojos sólo leí la compasión? . . . Pero éste ha dicho . . . ¿qué ha dicho? No me atrevo a recordarlo. . . ¿Me amaré ella? . . . Espera, felicidad, ¡espera! . . . ¡Yo he esperado tanto tiempo! . . . Ahora, no llegues así. . . de golpe. . . porque me matas. . . (*A Beltranena*). ¿Qué has dicho, di? . . . Yo estaba aquí ensangrientado, desmayado, muerto . . . ¿qué hizo ella? . . . Ah, dilo, dilo. ¡Amigo mío, dilo . . .!

BELTRANENA.—*Os lo juro*. Ella se inclinó sobre vos y os cubrió de besos. . . (*Júpiter se deja caer en una silla y se inclina pensativo, tomándose la cabeza con las manos*).

BELTRANENA.—(*Aparte*). Celis nada sabe. ¡Y yo lo creía! Todo camina bien: vamos con tiento. .

JUPITER.—Oye, sabes que vas a morir . . . Dentro de un momento vas a morir . . . Yo lo he resuelto. Es preciso que sepas que vas a morir . . . Pues bien, si repites que lo que has dicho es cierto. . . Oye, Beltranena; si es cierto lo que has dicho. . . si no me burlas ¿no es verdad? no me burlas . . . ¡si es cierto! . . . tú que has hecho molerse mis carnes y crujir mis huesos, si es cierto que ella me ama, que ella. . . tú dices. . . ¡Oh! ¡sé libre! ¡sé libre! ¡dí! . . .! ¡dí! . . .

BELTRANENA.—Sí, es cierto: yo lo he visto; ¿no me habéis oído? Ella se desmayó allí mismo, en brazos de su criada, cuando os oyó gemir; luego, cuando os condujeron a esta sala y os desvanecisteis, os sostuvo en sus brazos; después os besó las manos, después la boca; en fin, cuando iba a dejarnos, os cubrió de lágrimas. . . vuestra Blanca. . .

JUPITER.—¡Mi Blanca! ¡mi Blanca! (*Pausa*). Y tú, vete. . . tú, mi enemigo atroz, hombre horrible . . . déjame a solas con mi felicidad . . . Quiero estar solo. . . ¡vete! . . .

BELTRANENA.—(*Aparte*). Este hombre es mío: astucia y habré

triunfado. Si quisiera salir, la multitud me prende y ello aceleraría mi muerte en vez de evitarla.

JUPITER.—¿Estás allí?... (*Impaciente*).

BELTRANENA.—Mi prisión es ésa: debo permanecer en ella mientras soy juzgado... como lo dispuso el señor de Celis... (*Júpiter no le oye*). No me oye (*Aléjase*). ¿Qué veo? (*Vuelve*). General, el señor de Celis llega. Salid de vuestro dolor: pedid a Blanca por esposa...

JUPITER.—Celis... ¡voy a echarme a sus pies!

BELTRANENA.—(*Aparte*). Quiero saber lo que aquí pase... (*Se hace al paño*).

ESCENA III.

JUPITER; CELIS

CELIS.—Júpiter...

JUPITER.—Quiero hablaros de rodillas. (*Se echa a sus pies*).

CELIS.—Le has ofrecido el saqueo al populacho; haces imposible la organización de un ejército para resistir a las otras provincias.

JUPITER.—He hecho mal y voy a castigar de muerte a quien cometa el menor extravío; y por lo que hace a la Capitanía, yo iré sobre ella!

CELIS.—No interrumpas. En pocas palabras. Vengo a pedirte, a nombre de los revolucionarios, que depongas en manos de Arce el mando que te ha dado la revuelta. (*Júpiter se pone de pie*).

JUPITER.—¡Ah! ¡de Arce! Como gustéis; pero permitid que a mi vez os hable... Acaba de estar aquí el hombre que me desgarró las carnes, Beltranena, a quien habéis salvado la vida, y a quien yo también perdono, puesto que vos lo habéis perdonado; aunque yo preferí la muerte a delataros...

CELIS.—Yo le he dado la vida, pero no la libertad: esto es derecho de la Junta. En todo te excedes... Tocante a ti he referido al pueblo tu heroísmo: he besado tus heridas ante la multitud para que viese cómo veneramos en ti al mártir de la libertad. He dicho al pueblo que te dejaba morir admirándote, sólo porque salvabas la revolución, y que la América algún día bendeciría tu nombre co-

mo el de Hidalgo. Pero es fuerza que Arce y Delgado, que son mejores que nosotros, dirijan los acontecimientos, y debes entregarles el mando y obedecerles. Además. . .

JUPITER.—Basta: será como decís, si lo queréis así después de oírme. . . Preferí la muerte a delataros. Yo era ayer un esclavo; pero en este momento sabed que está en mis manos el rayo. Todos tienen en ellas la vida o la muerte. Mirad mi frente: la ha lacerado la corona de hierro del tormento; pues bien; hasta hace un momento; hasta antes de que vinierais, yo me decía interiormente que iba a cubrir mis cicatrices con una diadema de oro.

CELIS.—¡Qué! ¿Cómo pude no apercibirme de este error espantoso? . . .

JUPITER.—Os asombráis. . . Pues bien, todos mis sufrimientos y mi ambición han tenido un solo fin: una mujer. . . (*Lentamente*). Celis, dadme la mano de Blanca. . .

CELIS.—¿Por qué me interrumpiste? Iba a decirte que Blanca acaba de hacerme esta revelación.

JUPITER.—¡Hablad! . . .

CELIS.—El esclavo, me ha dicho, se ha sacrificado por mí: ¿tiene derecho a mi corazón y a mi mano porque ha salvado la vida a mi padre?

JUPITER.—¿Y qué respondisteis?

CELIS.—Jamás, le he respondido. ¿Acaso tu insensatez merece el sacrificio de mi hija?

JUPITER.—¿Y qué os dijo ella? (*Pausa*). Celis. . . vais a herirme. . . ¿Qué os dijo ella? . . . Celis, me parece que vais a pronunciar alguna sentencia de muerte.

CELIS.—(*Con desdén*). ¿Qué me dijo ella? Ella. . . Está horrorizada.

JUPITER.—¡Ah! (*Rumores en la calle: aclamaciones a Júpiter*). Mentís. . . Sí, ¡mente; mente! . . .

CELIS.—(*Con bondad*). Ha concluido todo, ¿no es cierto? Soldado de la libertad, lucha, muere por ella. . .

JUPITER.—¡Blanca! ¡ella me ama!

CELIS.—¡Tú estás loco! Ella te compadeció porque me salvabas. . .

Pensó como hija: besó tus manos y tu frente horadada, porque estaba en ellas la vida de su padre; en fin, creía que habías muerto: hoy proclamas el saqueo y te muestras feroz y soberbio: hoy tiembla cuando cree que puedas hablarle . Conque, acabemos.

JUPITER.—(*Con un rugido*). ¡Entonces será por la fuerza! ¡Blanca va a ser mi esposa y pronto! Mas no: acabemos. Decís bien, señor, acabemos. Blanca no me verá más a su presencia. Decídselo . . . Y por lo que a vos hace, señor de Celis, sabed que siempre me causasteis horror por desleal, blasfemo y rebelde; y yo soy desleal al Rey, blasfemo y rebelde porque vos me habéis arrastrado a este abismo; y debéis comprender que si aborreciéndooos, dejé por vos quebrantar mis huesos y taladrar mis sienes, si maldiciéndooos desde el fondo de mi corazón en el mismo momento en que estaba tendido en el potro, no pronuncié vuestro nombre, que me había arrancado a la tortura; y quise morir por salvaros la vida . . . debéis comprender que si después de haberos hecho estos sacrificios, y otro, que vale más la salvación de mi alma . . . yo me encuentro con esta burla . . . con que vos me humilláis . . . y con que vuestra hija me tiene horror . . . ¡ah! entonces sólo queda en mí el inmenso odio que os profeso . . . y en las manos de Júpiter, señor de Celis, hoy armadas del rayo, es muy fácil la venganza . . . (*Celis le vuelve la espalda*).

CELIS.—Voy a decir a Delgado y a Arce que tenemos un nuevo tirano. Vergüenza para mí . . . (*A Júpiter*). Ciertamente, ¡eres un vil esclavo! (*Júpiter se cubre la cara con las manos, humillado. Vase Celis. Pausa. Beltranena, a la puerta, arroja una carcajada sarcástica*)

BELTRANENA.—Ja! ja! ja! ja!

ESCENA IV.

JUPITER; BELTRANENA

JUPITER.—¿Quién se ríe? . . . ¿Eres tú, miserable? . . . (*Próximo a lanzarse sobre Beltranena*)

BELTRANENA.—Júpiter, os contemplo próximo a lanzaros sobre mí y yo me río de vuestra simplicidad! . . . me río de ver cómo juega la hipocresía con la sinceridad. . . y de cómo se os engaña . . .

JUPITER.—¿Sí? ¿Verdad? Se necesita haber sido juguete del demonio... de un fariseo como Celis; de un relapso como Delgado... Y después de vender el alma a los diablos, ved ahora cómo se me desprecia...

BELTRANENA.—El poder, sin embargo, está en vuestras manos. .

JUPITER.—Oh! no le he olvidado... Hoy más que nunca puedo volver atrás... Deshacer lo hecho, y si usurpo el poder real puedo en cambio vengar a Dios; salvar mi alma.

BELTRANENA.—Aquí no hay más rey que vos.

JUPITER.—¡Y ella me tiene horror y su padre me llama vil esclavo!... Oh rabia! Oh venganza!

BELTRANENA.—Sobre todo, si herís, sea antes que nadie a Celis... ¿Oís en la plaza ese alboroto? (*Gritos*).

JUPITER.—Se trata del mismo Celis... El pueblo le persigue. ¿Qué puede ser?... Preso, lo han preso... Me llaman. (*Gritos: ¡Mue-
ran los nobles! Viva Júpiter! González y Jorge entran*). ¿Qué pasa?

ESCENA V.

*Dichos: JORGE. EL CARCELERO GONZALEZ,
con insignias militares*

GONZALEZ.—Celis atengaba al pueblo y os quería quitar el mando, mi General. Yo al pueblo he desengañado y entonces se ha levantado y se ha echado sobre vuestro enemigo. (*Va a la ventana*). Viva nuestro caudillo! (*Fuera: ¡Viva!*) Viva el pueblo! (*Fuera: ¡Viva!*) ¡Viva Júpiter! (*Fuera: ¡Viva! —¡Viva el Coronel González!*).

GONZALEZ.—(*Hablando hacia la plaza por la ventana*). Gracias, amigos. Traed al traidor.

JUPITER.—¿Quién es ese Coronel González a quien victorean?

GONZALEZ.—Soy yo, mi General.

JUPITER.—Su falsía lo entrega a mis manos... González, haz que traigan aquí mismo a Celis... Tengo sobre mi alma el peso enorme de mi sacrilegio y mi rebelión y me impacienta castigar en ese hombre el mal que me ha hecho y los males que yo he hecho

agitado por él, como un azote para desgracia de los hombres... Hoy que estoy desesperado comprendo cuán grande va a ser esta justicia.

ESCENA VI.

*Dichos; CELIS, preso: grupo
a la puerta*

CELIS.—¡Pobre Júpiter! ¡Pobre esclavo!

JUPITER.—Hacedle callar y llevadle a ese calabozo. (*Gritos: ¡que muera! Llevan a Celis al calabozo que ha dejado Beltranena. Todos salen. Gritos: ¡Muera! —¡Viva el pueblo! ¡Viva Júpiter! Jorge habla aparte a Beltranena.*)

BELTRANENA.—(*Aparte a Jorge*). Celis va a ocupar mi lugar. ¡En marcha a la Capitanía! (*Salen*).

ESCENA VII.

JUPITER, solo

Ah! señor de Celis, vos sabéis cuando se debe hacer justicia y herir con la propia mano. Si hubiese resultado que yo os traicionaba, a vosotros los traidores, habíais sido vos, decíais anoche, quien me hubiera dado muerte: ahora sois vos quien me traiciona a mí y vuestra traición es cierta, y el puñal que debe heriros es éste. (*Desemboza su puñal*) ¿Por qué vacilo?... ¿No se dice: “el rey lo quiere” “Dios lo quiere”!... ¡Pues yo soy el rey! (*Entra en el calabozo de Celis y cierra tras sí la puerta*).

ESCENA VIII.

VACIO. (Rápido)

CELIS.—(*Dentro*). Ah!... muero!... (*Blanca pasa por el fondo, en la galería, sin entrar*).

BLANCA.—(*Dentro*). Júpiter! Júpiter!

ESCENA IX

JUPITER; luego BLANCA. Al final,
los CONJURADOS.

*Júpiter aparece vacilante y llega hasta la mitad de la escena.
Blanca entra precipitadamente y con el cabello desordenado
por la puerta del fondo.*

BLANCA.—¿Dónde está Júpiter?

JUPITER.—Ella!!! (*Sordamente. Retrocediendo hasta el proscenio*).

BLANCA.—Oh! no lo he creído... se me dice que le habéis condenados a muerte... Oh, no me digáis nada... Os digo que no lo he creído. ¿Podía olvidar vuestro juramento?... Los soldados no me querían dejar entrar y les he dicho que vos castigaríais su insolencia, y os he llamado, y entonces me abrieron paso... ¿Por qué tembláis?... Responded... Responded. (*Júpiter calla*). Leo en vuestro semblante que sois implacable... Sí; nada me digáis: no lo necesito: ¿pedís el premio de vuestro sacrificio, soy yo, ¿no es cierto? Os juro que a falta de amor, mi gratitud puede igualarlo: ¿queréis más?... estoy atenta a vuestro menor deseo... tomad mi mano, Señor... (*Júpiter permanece aterrado*). No me habéis escuchado?... Oh! me negaréis su vida! (*Finge seguridad y alegría*). Si no lo creo, os digo... no... ¿Habéis sufrido tanto por él, no es verdad?... Oh! no os conmuevo... Sé que me amábais mucho... Si yo lo sé bien, Júpiter!... No haréis que me desespere... ¿Es posible que amándome tanto os complazcáis en verme aterrada?... ¿Qué pensáis?... Ah! yo tiemblo!... (*Llora con grandes sollozos*). Júpiter, no os ofendáis... lloro, no porque os tema, pero me hacéis sufrir: habládmelo... Mi padre os rechazó?... ¿Qué importa? Yo os acepto. Habéis oído?... Yo... ¿Habéis oído?... Ah! (*Cae de rodillas*). Vedme quiero sanar todas las heridas de vuestro amor y de vuestro orgullo... Miradme. Blanca de rodillas os ofrece su mano... Oís?... ¡Soy vuestra!... ¡vuestra!... (*Júpiter se conmueve*) (*Júpiter solloza*). Llora!... Ah, llora! (*Con un grito de alegría*). ¡Os digo que soy vuestra! (*Se levanta radiante*). Se ha salvado. Vamos, Júpiter, vamos a libertar a mi padre... vamos a libertarle, esposo mío... Yo le hablaré: no vaciléis... no temáis... Yo le hablaré por los dos...

JUPITER.—(*Con delirio*). Por los dos! Sí, vamos... (*Vacilante*).

BLANCA.—Vamos!... (*Dan varios pasos hacia el fondo*). No vaciléis... El hará lo que yo quiera... seréis su hijo... mi marido... Venid! Ilegatemos juntos... Dadme la mano... (*Júpiter sonámbulo, va a extender la mano en que tiene el puñal ensangrentado*).

JUPITER.—(*Aparte*). *Horror!* (*Esconde la mano*). Está ensangrentada

BLANCA.—Júpiter, vamos... vamos.

JUPITER.—Ah! venció el infierno!... Venid y mirad...

BLANCA.—¿Qué decís, Júpiter? Vuestra vacilación me ofende... ¿Dónde está mi padre?...

JUPITER.—Allí: es allí: mirad! (*Blanca avanza vacilante*).

BLANCA.—¿Allí?... ¿por qué tembláis?... Le diré que ya está en libertad, ¿no es cierto? que soy vuestra esposa... tembláis .

JUPITER.—Oh acabad!... mirad... (*Blanca ha llegado a la puerta del calabozo*). Me va ver... no: no sufrí que ella me vuelva a ver!..

BLANCA.—Ah!! (*Grito de horror*). *Horror!* ¡Oh, yo sueño!... Venid, yo sueño!. (*En el momento en que Blanca vuelve el semblante horrorizada, Júpiter alza el puñal*).

BLANCA.—Eh!..

JUPITER.—Yo... yo. (*Se hiere y cae*).

BLANCA.—¡Ah!!... (*Se dirije vacilando a la mesa y se apoya en ella; solloza. En este momento se agolpa en la puerta del fondo una multitud. Los Conjurados y el Padre Delgado con una bandera azul y blanco*).

VOCES.—¿Quién ha asesinado a Celis? Júpiter está muerto y en su mano el puñal ensangrentado...

DELGADO.—Una vez más el esclavo ha dado muerte al libertador, Abridme paso! (*Presenta la bandera. La multitud le abre paso*). Por dicha no es posible herir la Libertad ¡Blanca! Venid conmigo.

(*Se la lleva. Telón*).

LA TORRE DE MARFIL

POR FRANCISCO GAVIDIA

RAMONA*

CUADROS

- Cuadro I.—Muerte del soldado Marcelo.
- Cuadro II.—Inmediación del caserío.
- Cuadro III.—Ante la casa de Ramona.
- Cuadro IV.—Ramona es perseguida.
- Cuadro V.—Marciano.
- Cuadro VI.—Final

* Esta obra es la primera parte de "LA TORRE DE MARFIL", por tener la misma acción y los mismos personajes; pero ambas pueden representarse independientemente, si se desea. Las dos juntas forman una representación de diez cuadros.

MI concepto de lo que se llama *vanguardismo* en el Teatro se limita a emplear las cosas modernas en el juego escénico. Así, en "LA TORRE DE MARFIL" interviene el fonógrafo, hará "solos" o "apartes" el teléfono, desatará el *nudo* y traerá el desenlace un aeroplano también en la primera parte, que se titula "RAMONA", el cambio de decoraciones imita el del cinematógrafo; pero es claro que puede substituirse por una sola decoración fija.

FRANCISCO GAVIDIA

PERSONAJES

Sóoter.		La Urbana.
Marciano.		Un oficial.
Ramona.		Un ayudante que
Marcela.		no habla.
Marcelo, su padre.		Un mendigo.
Don Lyco.		Colonos. *

CUADRO PRIMERO

La escena representa el cruce de dos calles. En las esquinas se parapetan algunos soldados y hacen fuego hacia el Oriente. Sólo un soldado permanece en plena calle a descubierto.

ESCENA PRIMERA

Sóoter; su ayudante. Soldados. Marcelo.

Sóoter

—Id ¡recontad, amigos, los puestos de combate!
Aún nos restan trincheras y la tarde declina.
(*Sale el ayudante y dos soldados*).

ESCENA SEGUNDA

Dichos; menos los del éxit.

Sóoter

—La luz, con la derrota, como un blandón que abate
Baña en honda tristeza, cuanto la vista alcanza.
Con todo, amigos míos, ¡nos resta la esperanza!
(*Se oye fuego nutrido*).

—¡Un chorio de metralla! . . . ¡Hacéos a la esquina!
Un caballo que corre . . . y alguien le sale al paso . . .
El soldado (lo dice por Sóoter)

—Para ver ambas calles el capitán se inclina.

* El primer cuadro pasa en una capital de América Latina. El segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto en un caserío de la hacienda "Río Frío" y en sus inmediaciones.

Sóoter

--Qué es ésto? En plena calle, se halla un soldado raso.
Se alza el caballo al verle... Y sin pasar delante..

(*Aparte*)

--Algo advierto en el hombre, de valiente y de noble
Y bien se reconoce, por su grave semblante,
Y al ver su duro tazo, armonioso aunque bronco,
Que numerosas ramas como de añoso roble,
Se extienden sustentadas por este duro tronco.
Le instaré, pues le veo con afán indecible...

(*Al hombre*)

--Qué hace usted en la calle? Protéjase a la esquina...

(*Aparte*)

El soldado, rehacio, permanece impassible.

(*Al hombre*)

--Tal vez un rapazuelo, de "abuelo" te da el nombre...

(*Aparte*)

--Un netezuelo! El hombre niega con la cabeza.

(*Al hombre*)

--¡Ternos niños se enredan a tus piernas, buen hombre!...

(*Aparte*)

--El conserva, con todo, su expresión de dureza.

(*Irrítase*)

--Te muestras insensato, por ignorancia o gala?

¿Había que repetirte, con tono de entereza,
Y empleando, como jefe, la fuerza y el derecho

(*Aparte*)

--No entiende o no escucha... pero... se oye una bala
Reconocer esas cuerdas, con un largo silbido

(*Silbido*)

Ha hecho blanco en el hombre y le ha herido en el pecho

(*El soldado cae*)

Se estremece a momentos, a un tiempo arrepentido
Y mostrando en sus rasgos obstinación, despecho...

(*Sóoter se llega hasta él*)

(*Al hombre*)

--Hay que abrir esta ropa, donde la sangre brota... --

Le sacaré del fuego, temeroso que muera,
Le llevaré en mis brazos y le pondré en la acera:
Que una vital arteria, sin duda, ha sido rota.

(*Le saca del fuego*)

—No deja este hombre, empero, cierta áspera arrogancia . . .
 Si bien, ¡ay! con la sangre, que corre en abundancia,
 Se ve dejar sus miembros, la vida, que se agota.
 Mas va a hablar, se incorpora . . .

Marcelo (que es el soldado herido)

—Yo . . . yo fui el entusiasta.
 Yo el que grité, en el cuerpo lleno de asombro: —¡Abajo
 La usupación! . . . Oyóse, pasado el primer pasmo,
 Rugir dos compañías, el regimiento entero,
 Después las dos brigadas . . . Mas ¿qué es el entusiasmo?
 A decir verdad, joven, yo no sé por qué muero . . .
 Con todo ¿a qué negarlo? Mi entusiasmo fue hermoso . . .
 No lo escarnecería . . . Pero hay algo espantoso . . .
 Dejo triste en el mundo, mi madre, muy anciana . . .
 Una esposa y diez hijos . . . ¡Malo de todos modos!
 Los varones pequeños . . . ¡Cuando pienso en la Urbana!
 Un mal no viene solo, cuando viene ¿no es ésto?
 Pues Ramona, la hija, que es la mayor de todos,
 Muy pronto iba a casarse . . . Poi Mayo iba a casarse
 Con Marciano . . . No sabe, su merced, este arresto
 De seguir su partido, lo que allá va a llorarse.
 ¿Sabe por qué me ha visto, loco, mil veces loco,
 Resistir a su acento que me llamaba amigo,
 Y de un jefe querido la orden tener en poco,
 Que, en segura trinchera, me señalaba abrigo?
 Lo dié aunque decirlo y el lamentarse es vano.
 ¿Poi qué no atendí su orden? Es que ayer he perdido
 A mi yerno . . . es lo mismo, al que iba a ser marido
 De Ramona . . . ¡Y decirlo! ¡Muerto! ¡Pobre Marciano!
 Me amaba como a un padre; no obstante, no he logrado
 Que al marchar yo en las bravas fuerzas libertadoras,
 El también no marchase para estar a mi lado.
 ¡Ah! ¡cuánto la tarea de la guerra es ingrata!
 ¿Qué va a decir Ramona? ¡Marciano! . . . Pocas horas
 Después del alzamiento, moría en Casa-Mata.
 (*Marcelo se excita*)
 Pero tú . . .

Sóter

—Tiene fiebre . . . ¡Tutearme! En el instante
 Se cambia su mirada, su ademán y su tono . . .

Marcelo

—Tú ¿por qué te pusiste de las tropas delante? . .

Sóoter (aparte)

—Hoy habla roncoso, febil y delirante . . .
Sí; mas sobre el delirio y la fiebre y su encono,
Su voz acusadora se torna penetrante . . .

Marcelo

—Tú eres el más culpable, digo, después de todo . . .
Tú, quien de la discordia distribuiste las teas!
Por quien yo dejo el mundo, cual perro, de este modo . . .
¡Hogar! . . . ¡Mujer! . . . ¡Familia! . . . ¡Sóoter! ¡Maldito seas!

Sóoter

¡Con asombrio infinito te oigo ahora, buen hombre!
¿Me han llevado muy lejos mi piedad y mi celo?
En fin, estás herido . . . ¡Habla! ¿Cuál es tu nombre?
Respóndeme.

Marcelo

—Marcelo Dimas.

Sóoter

—Pues bien, Marcelo:
Esa tarde candente de furiosa batalla—
En que había ocurrido, (y el caso es nuevo o viejo)
Que un jefe proclamado por tropas y canalla,
Disolviese Gobierno, Asamblea y Consejo,
Entre gritos de beodo y lluvia de metralla—
Lo que exaltó la prensa con razones extrañas;—
Cuando ante sus balcones el bravo ex-Presidente,
Contemplaba impasible, como Arce o como Cañas,
Pasara las ciegas turbas y el motín insolente—
Yo juí la protesta. Después me he presentado
Frente al cuerpo en que estabas. Y le hablé arrebato:
Leíle la sincera y elocuente proclama: . .

Marcelo

—Es como si lo viera. Se abre el pecho y exclama:
“O la ley o la muerte”. ¡Y el cuerpo lo ha aclamado!

Sóoter

—La lucha comienza. Leales y pretorianos,
Combatieron audaces... ¡heroísmos!... ¡proezas!
¡Cómo os vuelve punzantes una lucha de hermanos!
¡Se ha combatido en calles, templos y fortalezas!
Mas ¿quién será el vencido? ¿Quiénes los vencedores?
Es la segunda tarde de dos días de horrores...
La victoria a estas horas a decidiarse empieza...
Y ya ves, ¿quiénes triunfan? ¡El traidor! ¡los traidores!...
Mas cuando hablé a tu cuerpo, la fila aterrada
Amantilló sus rifles... después he combatido,
Y pude ser herido, como tú mismo ahora;
¿Fue culpa mía, acaso, si hasta hoy no me han herido?
Yo he corrido igual suerte: la orilla del abismo
Bordeamos todos juntos, con inseguro paso...
Tú mismo, buen Marcelo, reflexiona, tú mismo...
A no haber sido teco... ¡si hubieras hecho caso!

Marcelo

—Ya he dicho. . . Al expresarme se torna fatigosa
La palabra . . . Ya he dicho, que no estuvo en mi mano
Mas no se trata de eso, ahora; es otra cosa . . .
Es lo que no se dice, pero lo siente el pecho.
¿Por qué guías los hombres a una hazaña irrisoria?
¿Por qué gritas al pueblo: ¡democracia! ¡derecho!?
¿No es llamar a las armas, ofrecer la victoria?
¡Pero algo es más odioso, más cruel e inhumano!
¿La libertad que ofraces no es mentido señuelo?
¿No sucede a un odioso tirano, otro tirano?
¿Y mentir de tal forma no es ofender al Cielo?
¡Sé maldito cien veces! Y quisiera en mi ira
Hacerme oír del mundo, con voces gigantes;
La Libertad, ¡mentira! Tú sabes que es mentira . . .
¡Sóoter, maldito seas! . . . ¡Sóoter, maldito seas!

Sóoter (dobla la cabeza agotado)

—Vano será con voces boñar ese anatema...
Todo sería inútil: con sus acentos fiecos,
Que han sonado más lúgubres, cuanto la hora es extrema,
Su voz ha hecho, en la tarde, temblar los aleros .
Gran trecho de las calles en derredor desiertas;
Pero tan rudo esfuerzo, por fin ha completado
La obra de la hemorragia y parece que ha muerto.
Su corazón no late... ¡Oh, Dios mío! ¡ha expirado!
(Grito de Sóoter)
¡Oh, cuán desesperado la existencia abandona!
¡Dios no tomará en cuenta sus iras, sus orgullos!
Yo empeñaré mi vida para salvar los suyos...
¿Cómo se llama su hija? Dijo el nombre... ¡Ramona!
(Sale)

CUADRO SEGUNDO

Inmediaciones de una hacienda. Oficial y fuerza. Mendigo, a orillas del camino, sentado en el suelo. Después, el Viajero.

Oficial (al mendigo)

—Buen hombre, puedes decirme
Cuál es, de tanta vereda,
La que lleva al caserío
Que llaman de “Los Herrera”?

Mendigo

—...La que lleva al caserío
Que llaman de “Los Herrera”!
(Canturrea)
¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Oficial

(Llega el Viajero)
—¿Quiénes son los sublevados
En la una u otra ribera

Del río. que han dado fuego
A los libros de la hacienda?

Mendigo

— . . Del río, que han dado fuego
A los libros de la hacienda . . .
¡Pobres, pobres campesinos,
(*Canturíea*)
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Viajero (aparte)

—¿Qué hacer para retardar
La carnicería horrenda?
¿Y cuándo se oirá en el Cielo
La señal? ¡Cuánta impaciencia!
(*Al Oficial*)
Es inútil que Ud. le hable,
Oficial . . . Es su manera.
(*Lo dice por el Mendigo*)
Repite la última cosa,
Como a sus oídos llega,
Y le encaja el estibillo
Del romance que ganguea.
Si quiere Ud. un informe,
Que le ayude en la ardua empresa
De entender con los colonos,
Yo le dié cuanto sepa.

Oficial

—A tiempo llega . . . ¿El motivo
Que ha causado la revuelta?

Viajero

—De antiguo se hallan de malas
Estas hermosas haciendas,
La hacienda de “Río-Frío”
Y el ingenio de “Florencia”
Esta de los Almendárez

Y la otra de los Herrera.
De siglos atrás dejaron
Sus dueños, por río y tierras,
Y por lindes y colonos,
Con sus bienes, tal herencia
El "Río-Frío" murmura,
En la agua clara que lleva,
La historia de mil enojos,
Juicios, chismes y pependencias. .
Primero fueron los indios
Que peleaban la tenencia
De tierras, suyas de antiguo,
Ya puestas en encomiendas
Después, los encomenderos
(Los Almendárez lo eran)
Por colocar sus mojones
Allende de ambas riberas.
Luego finchados hidalgos
Formaron, con sus querellas,
Voluminosos procesos,
Hastío de la Intendencia.
En fin, los días que corren
Almendárez y Herrera,
Volvieron cosa política
El asunto de sus tierras:
Por ellos las elecciones
En el pueblo son sangrientas,
Por ellos llena el periódico
Largas columnas de ofensas;
Por ellos trabajan jueces,
Delibera la Asamblea,
Ganan votos Diputados,
El Ministro se desvela,
Cambian Comandantes, Curas,
Y dicen misas. . y hay guerras. .
Que todo traen revuelto
Almendárez y Herreiras.

Mendigo

— . . . Que todo traen revuelto
Almendárez y Herreiras. . .

¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!

Viajero

—En la capital ahora,
Ha habido doble revuelta,
Y con la sublevación,
El caserío de Herrera,
Que llevan a su servicio
Los Almendárez por fuerza;
Y que en la tienda de raya,
Tiene duplicadas cuentas,
Porque el rapaz de don Lyco,
Que es tirano de la hacienda,
Mano y ojos de sus amos,
Hace endiabladas las cuentas,
Por estas y otras razones,
Háse alzado en son de guerra.

Oficial

—¿Por cuáles otras razones?
Pero he aquí... alguien que llega.

ESCENA CUARTA

Dichos: don Lyco.

Don Lyco

—¡La escolta que yo esperaba!

Oficial

—¿Las causas de la reyerta...?

Don Lyco

—¿Es usted el oficial
Enviado con la fuerza...?
(*El oficial asiente*)

—¿Las causas de tal escándalo...?

No es de las menores ésta:

(Desdobra una carta)

—Marcelo Dimas ha escrito

Esta carta y dice en ella:

“Que el partido de Almendárez

“Aunque grande, va de pérdida;

“Y que es tiempo de vengar

“Tantas y tantas ofensas

“Mías y de don Lisandio.

“Y que está de triunfo Herrera;

“Que ha dado tanto dinero

“Para el pago de la fuerza

“De la autoridad legítima,

“Que ha de ser grande su influencia.

“Que Marciano está con él;

“Que pronto estarán de vuelta”.

Mendigo

—...Que Marciano está con él,

Que pronto estarán de vuelta...

¡Pobres, pobres campesinos,

Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Los colonos sublevados

Han asaltado la hacienda

De Almendárez. No fue fácil

La hazaña. Tengo escopetas

Bastantes: mozos, peones...

Los colonos de la izquierda

Orilla de “Río-Frío”,

Oponen a los de Herrera,

Que están al lado derecho,

La esperada resistencia,

Que ha habido ya en otro tiempo

Con varia fortuna, guerras.

Los de Herrera vencedores,

Han dado fuego a las cuentas,

Han cambiado los mojones,

Han destruido las cercas;
 Y como el joven Lisandro
 Tomó parte en la refriega,
 Disparando dos revólveres,
 De mi gente a la derecha,
 La bala de un cazador,
 Que los había de buena
 Punteía, en la otra parte,
 Le hizo blanco en la cabeza.
 ¡Cómo se metió Lisandro
 A herir a diestra y siniestra!
 ¡Como siempre mis consejos
 Eran para él letra muerta!
 ¡Cómo llevar a su hermano
 La desgarradora nueva...!
 Por lo que a mí hace, señores,
 Puse a mi caballo espuelas,
 Al ver caer a Lisandro
 Y como sé bien las sendas
 Y caminos de estos montes,
 Que el real peligro fuera,
 Heme allí ante don Alfredo
 Almendárez, dando cuenta
 No exagerada, ni larga...

Viajero (aparte)

—Como las que hace en la hacienda.

Don Lyco

—Le hallé que estaba de triunfo,
 La revolución deshecha...!

Mendigo

—...Le hallé que estaba de triunfo
 La revolución deshecha...
 ¡Pobres, pobres campesinos,
 Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Le doy al punto esta carta,
Y él, airado, hace con ella
Prender herido a Marciano
Que en un hospital se encuentra;
Y en la cuerda de proscriptos,
Puesto el cazador en cuenta,
Para ser ajusticiado
Desfiló esa tarde horrenda...

Mendigo

—...Para ser ajusticiado
Desfiló esa tarde horrenda...
¡Pobres, pobres campesinos
Que es tiempo, tiempo de guerra...!

Don Lyco (señalando)

—“Los Herrera” es aquel valle;
Lo esconden a la derecha
Las alturas, y en los planos
Hay unas cercas de piedra.

Oficial

—¡Soldados, arma!... El Sargento
A batir por la derecha;
El Cabo con sus soldados
Toma esa cercas de piedra:
¡A que se crucen los fuegos
Sobre la gente insurrecta!

Mendigo

—...A que se crucen los fuegos
Sobre la gente insurrecta...!
¡Pobres, pobres campesinos,
Que es tiempo, tiempo de guerra!
(*Marchan las tropas según lo mandado por el Oficial*)

Viajero (solo)

—En vano retardar quise
 La carnicería horrenda:
 Mas ¿cuándo se oirá en el Cielo
 La señal?... ¡Cruel impaciencia!
 (*Mutis rápido*).

CUADRO TERCERO

Selva cerrada

ESCENA QUINTA

Maiciano armado de un fusil.

Maiciano

—Selva, doquiera selva..
 Mi paso es valeroso, pero incierto.
 ¿Soy el mismo Maiciano?...
 Tócome, en tanta duda, para creerlo..
 Soy Maiciano, que herido en el combate
 De Casa Mata, refugiéme al huerto,
 Que está a la mano izquierda, como viene
 A la ciudad heroica, algún viajero..
 No hallándome aquel día, al otro día,
 Dieron mis camaradas a Marcelo,
 Noticias de mi muerte. Caso grave,
 Mas frecuente en la guerra... Caí luego,
 Aunque me hallaba herido, prisionero,
 Y en la tarde del once, en la espantosa
 Requisa, el vencedor me envió a las filas
 De los ajusticiados... ¿Es un sueño?...
 Borracha soldadesca y jefes ebrios,
 Feroces con dos días de combate,
 Lanzaron a la bárbara hecatombe,
 Cuanto su odio marcó.. Pero la noche
 Caía .. Tempestad electrizada
 Dejaba el seno oscuro del Oriente,

Caminando veloz. Ebríos, feroces,
Mas urgidos y torpes, en la fosa,
Que a veces no llegó a cubrir los cuerpos,
Los hombres de aquel día, amontonaron,
En largo surco pero no profundo,
Las víctimas... Entre ellas yo... ¡Yo mismo!
¡Sí! Marciano soy yo... Lluvia benéfica
Removió todavía y tornó fango
La tierra... Uno, entre tanto ajusticiado,
Aceptó a incorporarse. Miró en torno;
Luego, su brazo izquierdo, en que una herida,
Con el dolor, le despertó a la vida
Era el mismo Marciano.
Puesto en pie, oíé un instante. La tormenta
Se alejaba, y un hombre, entre la yerba,
Dormía. Era un soldado. Así del arma,
Gané la senda y en la obscura noche,
Mi hábito me orientó de campesino...
Duéleme el brazo... Mas ¡bendita herida,
Pues su dolor me despertó a la vida!...

CUADRO CUARTO

*Inmediaciones de la hacienda de "Río Frío", como en el
Cuadro Segundo.*

ESCENA SEXTA

El Viajero con el brazo izquierdo en cabestillo.

El Viajero (iónico)

—La batida ha sido firme,
La batida ha sido buena,
Que más que guerra esta ha sido
Caza de hombres. Resistencia,
La hubo, ¿pero qué valen
Las famosas escopetas
De caza, alguna pistola
Y los corvos de tarea,

Contra las tropas de línea
 Con que al Gobierno dio vuelta
 El usurpador? Después,
 La caza de hombres, por selvas,
 Abajo de "Río-Frío",
 En las chozas y viviendas
 De valles que en la montaña
 Se abren, donde ellas humean?
 Por cierto al fin a salvar
 A la Urbana, que a la puerta
 De su casa, desafiaba
 Con sus iras, cielo y tierra,
 Una bala me hirió el brazo.
 Y a la virtud de una venda
 Debo que toda mi sangre
 Fango y césped no cubriera...
(Rumor de gente que llega)
 Pero he aquí a los vencidos,
 En lamentable cadena:
 Avanza la triste fila
 De colonos, polvorienta,
 Atadas atrás las manos,
 Heridos por las saetas
 Del sol, hambrientos, sedientos...
 Seguidos de lastimeras
 Hembras, esposas e hijas,
 Por la ardiente carretera.
 Don Lyco trae otra carta;
(Lyco trae una carta)
 Don Lyco a todos la muestra.

ESCENA SEPTIMA

Dichos; Don Lyco; Oficial; Soldados.

Don Lyco

—Es Dimas, Marcelo Dimas,
 Complicado en la revuelta
 Del diez, en la capital,
 Quien ha alzado "Los Herreras"...
 Pensaba que vencerían

Sus amos... ¡Pero a la hora esta,
Están presos!... El correo
Ha pasado por la hacienda
Y trae buenas noticias...

Viajero (aparte)

—¡Don Lyco las llama buenas!
Pues deben de ser muy malas:
Oigamos cuáles son ellas.

Don Lyco, (agitando el papel)

—Marcelo Dimas, ha muerto...

Urbana

—¡Así yo también muriera!
(*Llora*)

Mendigo

—Marcelo Dimas ha muerto...
Así yo también muriera...
¡Pobres, pobres campesinos
Que es tiempo, tiempo de guerra!
(*La Urbana solloza*)

Oficial

—Se oye en la fila un sollozo.

Viajero (aparte)

—Llorara yo... si pudiera...
Mas ¿cuándo se oirá en el Cielo
La señal?... ¡Ciel impaciencia!...

Don Lyco

—Murió Marcelo y Marciano
¿Qué dirá la mosca muerta

De Ramona, que alborota
 A los mozos de la hacienda
 Y con sus zalamerías
 Ha hecho más por la revuelta,
 Que hubiera hecho, en cien proclamas,
 El tipo de las imprentas!
 Pero es la Urbana, la esposa
 De Marcelo, la que lleva
 Toda la culpa. ¿Quién hizo
 Pasar para que leyeran
 La carta del marido? Ella.
 ¿Quién regó dinero y armas,
 Vino...?

Viajero (aparte)

—Estas ya serán cuentas
 De don Lyco, —cuentas largas
 Como las que hace en la hacienda...

Don Lyco

—Por eso ha sido mi empeño
 Que lleven la Urbana presa.
(La señala)
 Y es la que llora en silencio,
 Que no deja oír su queja.
(El oficial y gente vuélvense a mirarla)

El Mendigo

—...Y es la que llora en silencio,
 Que no deja oír su queja.
 ¡Pobres, pobres campesinos,
 Que es tiempo, tiempo de guerra!

Don Lyco

—Si es culpable la muchacha,
 Señor Jefe de la fuerza,
 ¡Que acompañe a los demás!
(El viajero se marcha)

La Urbana

—¿¡Qué va la Ramona presa!?
(*Repiten los presos en masa*).
—¿¡Qué va la Ramona presa!?

El Oficial

—¿Quién ha gritado?

Don Lyco

—La Urbana
Y los otros de la cuerda.

El Oficial

—¡Callen todos!

Los de la fila

—¡La Ramona!
¡Todos vamos pero no ella!

El Oficial

—¡Pero qué quiere don Lyco!...?

Don Lyco

—Yo me encargo de traerla.
Que en las ancas del caballo
Hay espacio para ella.
(*Tumulto en la cuerda. Vocerío*)

—¡La Ramona!
¡Todos vamos pero no ella!

(*La fuerza interviene. Se libra un combate desigual, lacerante y cruel. La tropa carga sobre los prisioneros, que retroceden luchando. Al desaparecer ambos grupos en pugna, cambia la escena*).

ESCENA OCTAVA

Ante la casa de Marcelo.

Viajero

—Un rumor de indignación
 Corre de una a la otra senda:
 Se oye pasar la noticia,
 Las gentes de cerca a cerca:
 Desde la colina al llano,
 Choza a choza, puerta a puerta,
 A lo largo del camino
 Y del río en la ribera...
(Llega a la puerta. Llama)

—Buena gente, vengo a daros
 Un aviso... Oye ¡Marcela!
 Que se esconda la Ramona,
 Que la quieren llevar presa.
 ¡Pronto, que viene Don Lyco!
(Voces dentro):
 —¡Don Lyco viene por ella...!
(Con terror).

ESCENA NOVENA

Viajero; Ramona que atraviesa las sendas y desaparece.

*Viajero**(Siguiendo a Ramona con la vista)*

—¡Gentil es, por vida mía!
 Más rosada que morena,
 Blanca la falda que flota
 Como una grande azucena;
 El paso leve y seguro,
 Al aire la cabellera,
 En que el sol de la mañana
 Revuelve hebras a hebras.
 Ligera como una coiza,
 Dejando todas las sendas,

Ya aparece por la choza
Que se halla ante una arboleda,
Como se sube el estribo
Donde se empina la sierra

Marcela

—Es la choza de la tía:
¡Qué espanto, Dios! Que no sepan
Que ella está allí: que no la hallen,
¡Virgen buena! ¡Virgen buena!
(*Se oye un galope*)

Viajero

—Lyco viene en su caballo:
Riendo viene de su empresa:
En el cinto trae espada;
Lleva en cada pistolera
Pistola, y lleva emollada,
Como serpiente, la cuerda
Con que laza toros bravos..

Marcela

—Muchos desdenes que venga;
Muchas buflas que él ha oído;
Muchas risas que le ciegan
De ira.
(*Llega Don Lyco*)

ESCENA DECIMA

Dichos; Don Lyco desmontando.

Don Lyco

—¿Está aquí la Ramona?

Marcela

—Deténgase en esa puerta.
Cuanto a la Ramona está...

Don Lyco

—¡Pronto!

Responda pronto, Marcela.

Marcela—En la ciudad. La ha llamado
La patroncita.*Don Lyco*

—¡Con esas

A mí! ¡Digo a fe de Lyco,
Que lo más hace hora y media
Que llevaron a la Uibana,
Y ya ella está donde Heirreia!
(*Examina los senderos*)—Aquí van los zapatitos. .
Que está mojada la tierra. .
No hay camino, por todo esto,
Que no guarde en tierra seca,
Los moldes. . . Dejó el camino
Y se entró en gramas y yerbas;
Aquí se perdió la traza.
Pero que está en las haciendas
No cabe duda. . . ¡A buscarla!
En la casa de la hacienda
De "Río Frío", es inútil
Buscar. ¡Subiré a la sierra!
(*Va a montar en su caballo*)*Marcela (viendo hacia el campo)*—¡Maldito su buen caballo!
Corre campos y laderas,
Más semejante a demonio,
Que a hombre. .*El Viajero (aparte)*

—¡Cruel impaciencia!

¡Ah! ¿Cuándo se oirá en el Cielo
La señal?...

CUADRO SEXTO

ESCENA UNDECIMA

Breñal y altozano que se detiene al borde del "Río Frío", que corre en el fondo de un cauce muy profundo y que no se ve. En el otro borde más abajo, un bosque verdequeante. Arriba de todo, pendiente coronada por la arboleda que hace frente a la choza donde se acogió Ramona. Don Lyco pone oído a lo que pasa dentro de la choza.

Don Lyco

—Tras de la cerca,
La choza... Con el ruido
De hojas, de la arboleda,
Se oyen apenas las voces...
¿Pero qué rumor? ¿Será ella?

(Ramona gana la puerta y huye esquivando ser vista; pero Lyco observa en torno y la descubre cuando ella ha salvado alguna distancia. La sigue. Ambos desaparecen).

ESCENA DUODECIMA

Marciano que aparece en el bosque opuesto del río.

Marciano

—¡Ah, mi agreste ribera! ¡Ah, "Río Frío"
Con su verde bosque!
En el cauce murmura entre las rocas
Y en la ribera opuesta bate obscuro
Los cimientos de piedra, en que se eleva
Tal precipicio abrupto, que la vista
Se detiene en lo grave del paisaje.
En las breñas y zarzas se oyen pasos...
Mas ¿qué veo? ¡Es Ramona!...

Huye por entre rocas y jarales. . .
 ¡Huye y deja jirones en las ramas!

*
 * *
 *

—Lejos conie un caballo. . . es que el jinete
 Se desmontó sin anudar las riendas. . .
 Que el breñal es muy áspero. . . y las botas
 Valen más entre zarzas y asperezas.
 Mas Ramona camina como una hada. . .
 No importa que al pasar, rama perversa
 Haga presa en sus brazos. . . gota a gota
 De sangre, va trazando su carrera.
(Alza su fusil para apuntar)
 Por fin, se para. Allí, cortado a pico,
 Se abre el abismo: el cauce que en la sieña
 Tajó con su caudal el “Río-Frío”,
 Que entre las rocas hierve, el valle atruena.
(Ramona alisa su falda)
 Ella está allá. . . Sus faldas ha alisado,
 Con manos breves sus cabellos peina;
 No ve al río de horror. . . que el borde horrible
 Y su despeñadero están muy cerca.
 La he visto sonreír ante el peligro
 Y al canto del abismo está serena. . .
(Aparece don Lyco)
 Habla y el viento trae sus palabras.

Ramona (dentro)

Si da un paso, don Lyco, de esa cuesta,
 ¡Me echo al río. . .!
(Don Lyco rápidamente echa mano de su lazo)

Marciano

—De pronto como sierpe,
 Que del árbol silbando traicionera,
 Se lanza, y enroscándose a su víctima,
 La derriba— un dogal ciñe la esbelta
 Cintura y blancos brazos de Ramona,

Que cual palma osciló sobre la hierba
El lazo del astuto ganadero,
Pende en el otro extremo de su diestra:

Ramona (dentro, cogida en la lazada)

-- ¡Por el cielo y sus santos, que no lleguen
A tocarme sus manos!

Marciano

—Así sea;
¡Mas en vano! El Don Lyco la contempla
Somniando... Se adelanta hacia Ramona . .
¡Muera, pues que de Dios está que muera!
*(Dispara: se oye dentro el ruido del
derrumbe de Don Lyco).*

Ramona se ve libre y a sus plantas,
como herido del rayo, el hombre rueda,
Se agita de dolor, alcanza el borde
Y rebota al caer de peña en peña
*(Por entre las rocas desaparece y re-
aparece Marciano).*

Ramona

—¡Es Marciano!

Marciano

—¡Ramona!

Ramona

—¡Mi Marciano!
(Pausa)
*(Se oye el ruido de un aeroplano y
gritos dentro).*

—Mas ¿qué veo? Que avanza por las sendas
Gente armada.

(Entran el Oficial y tropa; suspensión de Marciano y Ramona).

Sóoter (y voces dentro)

—¡Ya el lobo de Almendárez Pagó tanta maldad con su cabeza...!

(Entran el Viajero, que es Sóoter, con Euforión; la Urbana y prisioneros, libres. Marciano y Ramona descienden y se unen a los amigos que llegan).

Otras Voces

—¡Bien por el cazador!

ESCENA FINAL

Dichos: el Viajero, que es Sóoter; Euforión; el Oficial y fuerza armada. Gente.

Viajero

—¿Eres Marciano?

(Marciano asiente).

¡Pues bien, soy el Ministro de la Guerra,

(El Oficial se lleva la mano al kepís).

Según dicen, amigos, estos pliegos!

¡Cayó el tirano!, y libres los Herrera,

A(todos).

Entregaré a los brazos de Marciano

A Ramona: la boda es por mi cuenta.

(Acércanse y contéplanse felices Marciano y Ramona).

(Aparte)

Esto ofrecí a Marcelo, hace tres días,

Al sostener, ya muerto, su cabeza;

¡Lo ignoran! No osaré nublar su dicha;

¡Son tan breves sus horas en la tierra!

(TELON).

II

LA TORRE DE MARFIL

Drama en Cuatro Cuadros y Dos Actos.

PERSONAJES

Edita, contracción de Eudémona.
La Madre, de Sóoter.
Ramona, criada de Edita y esposa de Marciano.
Sóoter, jefe de partido político.
Almendárez, su contrario.
Herrera.
Marciano.
Euforión.
Belpartizán, partidarios de Sóoter.
El Fonógrafo } que hablan.
El Teléfono }
Un Ujier.
El Doctor, (un médico).

PERSONAJES DE "LA BOHEMIA"

TODOS EN CIERNES:

Periodista	<i>A. Moro.</i>
Escultor	<i>Arriaza.</i>
Literato	<i>Lavalle.</i>
Profesor de Altos Estudios	<i>Dotesio.</i>
Actor	<i>Browns.</i>
Músico	<i>Tanis.</i>
Novelista	<i>Rogel.</i>
Oradores	} <i>Zuluaga.</i>
	} <i>Pareto.</i>
Actor Dramático	<i>Vandick.</i>
Profesor de Ciencia Pura	<i>F. de Larra.</i>
Convidados de boda. Aldeanos. Pueblo.	

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

En Palacio. Partidarios Primero, Segundo y Tercero.

Belpartizán, Primer Partidario

—¡Gran noticia! El Presidente
Se marcha a Europa. Han llamado
A Sóoter. . . ¿Pero qué ruido?
(*Ruido de aeroplano a lo lejos. Pausa*).

Partidario Segundo

—¡La hélice de un aeroplano!. . .
¿Y Sóoter? ¿En dónde se halla
Sóoter?

Belpartizán

—En uno de tantos
Apostolados que vuelven
Todo cuanto el hace, extraño.
En medio de su derrota,
Cuando se daba a buscarlo
Tanta gente, tuvo aviso,—
Ved cómo esto lo ha salvado,—
De que cierto caseíó
De colonos, —el llamado
“Río Frío”, —de la hacienda
“Los Herreras”, —era el blanco
De los odios de Almendáiez;—
Y como que allí han quedado
Los hijos de un tal Marcelo,
que él toma bajo su amparo,—
Sin ver el peligro propio,
Voló al instante a salvarlos. . .
Pero hizo esto ¿en qué momento? . . .

Pues no lo hizo sino cuando,—
Por la derrota abatido,—
¡Eia un secreto!, echó mano
De un invento prodigioso
Que él, modesto como sabio,
Guardaba con gran sigilo
En el terrible santuario
Donde él cree matar sus ocios
Y hace el misterio su esclavo.
Dióle a Euforión, a las veces
Su ayudante y su mecánico,
Orden, y haciendo de torre
Sobre la montaña, un árbol,
Centelleó en medio del día
Su reflector. . . ¿Mas qué ruido?
*(Vuelve a sonar, esta vez más cerca
la hélice de un aeroplano).*

Partidario Tercero

—Se ha dicho, por estos días,
Que por la noche, y acaso
De día, se oye volar
Sobre la ciudad. . . En vano
Quise decir. . .

Partidario Primero

—Pues este amigo,
Por cierto que ha aterrizado
En la peluza del parque .

ESCENA SEGUNDA

Dichos; Sóter; Euforión.

Partidario Primero

—¡Gran noticia!

Sóoter

—Os doy los brazos;
Mas ni una palabra, amigos,
Los minutos son contados.
Luego hablaremos; dejadme
Con Euforión. . .

ESCENA TERCERA

Sóoter; Euforión.

Sóoter

—Ha llegado
El momento: sopla arriba
Un viento y temí estorbaros
La maniobra. . . Hablad amigo,
Que sangra un poco mi brazo,
Y he de cambiarme la venda,
Que allá hay malos cirujanos
En “Los Herreras”.

Euforión

—Amigo,
Pocos segundos y acabo
De explicarme. . . ¡Yo el primero
Me inquieto, por ese brazo. . .
Pero el asunto es tan breve
Como grande. . .!

Sóoter

—Algún espacio
Requiere, si es grande. . .

Euforión

—En suma,
Tan luego que hube instalado

El reflector en la torre
Del telégrafo inalámbrico
¡Oh prodigios!, a lo lejos,
Se oyeron cien cañonazos,
Fuego de ametralladoras,
Inopinados disparos,
Explotar las Santa-Bárbaras,
Y el menudo tiroteo
De cartucheras... Los fuertes
Fueron así desarmados.

Sin darse cuenta los jefes,
Oficiales y soldados,
Gritando: ¡incendio!, ¡a las bombas!
Encontraron solitarios
Los reductos, los portones,
Cuadras, portales y patios!
Luego llegan los amigos,
A llevar entre sus brazos
A algún herido... Las balas
Que dispararon sin blanco,
Sepultáronse en el suelo,
Silbaron en el espacio,
Y quedó así el enemigo,
En media hora, desarmado

No bien el nuevo Gobierno,
Os puso tantos despachos
En que os nombraba Ministro
De la Guerra... ¡se habló tanto
Del suceso!, y os llamaron, presentóse
En mi casa, Alcíd Idáison,
El agente de Alemania,
Con un cable... Era un despacho
De su Gobierno... ¡El invento
Que es desvelo de sus sabios!
¡Ofrecen cuatro millones
Dólares...! ¡Sóoter, hermano!

Sóoter

—Pues, no querido Euforión,

El cable ha vibrado en vano.
 ¡Por estas gotas de sangre
 Que mi invento ha derramado
 Llorará tanto la Ciencia
 Como yo habré de llorarla!
 Como el sol vierte su luz,
 Sobre cuanto fue criado
 Dios mandó el ciego fluido
 A darnos la vida ¿y vamos
 Los hombres, con reflectores,
 A coger en haz sus rayos,
 Para que fuego implacable,
 Cual invisible relámpago,
 Consuma el germen de vida
 Que mandara El a animales?
 Créome, buen Euforión,
 Excelente ciudadano,
 Con todo, no entregaría
 Mi invento a ninguna mano
 Que puede ser vengativa,
 Que puede ser de hombre airado,
 Que puede ser ambiciosa,
 Que puede ser de un tirano,
 Que puede hacer de mi invento
 Aquella quijada de asno
 Que enseñe a matar, no a un hombre,
 Sino . . . ¡al Gran Género Humano!
 Hoy mismo, después del triunfo,
 Esperarían en vano
 Mis amigos, que yo armase
 Mis pasiones con el rayo.

Euforión

—¡Cuatro millones de dólares!

Sóoter

—Fueran el doble de cuatro,
 No enjugarían las lágrimas
 Con que estaría llorando,

Euforión, tantas desgracias
Que el mundo habían llenado.

Euforión

—¡Adiós! Siento no saber,
¡Ay de mí!, ¡pobre mecánico!,
El secreto que asombraba
Al mundo, a estar en mis manos.
Mas tres años de labor,
A vuestras órdenes, algo
Deberían producirme..

Sóoter

—¡No más! ¡Hoy haréis pedazos
El reflector!

Euforión

—Ni un momento,
Más, he de ser empleado
Vuestro!

Sóoter

—¡Euforión!

Euforión

—¡No más digo!
¡Basta. .! (*Vase*).

Sóoter

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Hermano!

ESCENA CUARTA

Sóoter

—¡Que la ciencia,—uno de aquellos

Aunque divinos, escasos
 Haces la luz, que se cuelan
 Por las rendijas de lo alto,
 Al penetrar en el mundo,—
 Se ha de tornar en su daño,
 O centella que consume
 Cuanto se ofrece a su paso,
 O llama a las mariposas
 Que buscan sus puros rayos . . . !

ESCENA QUINTA

Dichos; Sóoter; el Ujier.

Ujier

—Señor, su señora madre
 Está en la sala de espera:
 No ha llegado hasta el despacho,
 Temerosa . .

Sóoter

—Yo iré a ella.
 (*Entran los partidarios*).

ESCENA SEXTA

Dichos; los Partidarios.

Partidario Primero

—Sóoter, hemos de ser francos . . .

Sóoter

—¡Pues hablemos con franqueza!

Partidario Primero

—¡No puede ser de otro modo!

Digo, que en la diferencia
Con Eufonión, la razón
Está de su parte.

Sóoter

—Deja
Que abrace a mi madre.

Partidario Primero

—Alcid
Idáison, hace propuesta,
Por el reflector de herzianas,
De cuatro millones. . .

Sóoter

—Esa
Es cuestión resuelta, amigo. . .

Partidario Primero

—¡No es posible!

Sóoter

—Está resuelta
Esa cuestión. . .

Partidario Primero

—Y tenemos,
Como si dijera en puerta
Los gastos eleccionarios,
Y hemos hecho algunas deudas. . .

Sóoter

—Ni una palabra. . .

Partidario Primero

—A estas horas
¿No sabéis? . . . la Presidencia. . .

Sóoter

—Amigos, soy con vosotros
 En un segundo: ¡me espera
 Mi madre...!

ESCENA SEPTIMA

Partidarios

Belpartizán, Partidario Primero (indignado)

—¡En fin!.. Mal la Patria
 Anda entre gente de letras
 Y ciencias.

Partidario Segundo

—En tanto, amigo,
 Repuestos de la primera
 Impresión, los Almendárez,
 Que saben cuál es la cueida
 Que hay que tocar al *factotum*,
 Compran todas las imprentas,
 Compran los folicularios,
 Y se arman de las promesas
 Que hizo la revolución,
 Para hacer las elecciones,
 Máscara de una revuelta:
 ¡Cómo llamaron á Sóoter
 Al despacho de la Guerra!

Partidario Primero

—En primer lugar, su invento...

Partidario Segundo

—Amigo, es como si hubieran
 Llamado a ser el Primer
 Ministro, a Nobel, en Suecia

Partidario Primero

—O a Zepelín por su globo.

Partidario Segundo

—Hay notable diferencia.
Sótese guarda su secreto:
Y al alzar la mano, en ella
Va el rayo: es el nuevo Júpiter
De las naciones modernas. . .
Que hay plan en lo que hace, dígalo
El rechazar la propuesta
De Idáison. . . cuatro millones
De dólares. . .

Primer Partidario

—Eso era
Lo necesario! El invento
Ya no hace falta: una guerra
No es probable, contra quien
Se ha armado de esa manera.
Y hoy el problema es de fondos. . .

Segundo Partidario

—Para Sótese el problema
Es otro: debe su puesto
Al bando de los Herrera:
A los Herrera preocupa
El asunto de las tierras
De "Río-Frío". Esta vez
Dan la cuestión por resuelta.

Partidario Primero

—Hay algo muy importante
Que con todo ello se mezcla
Y da a la actitud de Sótese
Algún tinte de novela
Invernizziana. Es el caso

Que él ama hace tiempo a Eudémona . .
 Hoy que el poder en sus manos,
 Puede hacer que los Herreras
 Lleven tan lejos que gusten,
 Los mojones de sus tierras,—
 Ellos traen con la madre
 De Sóoter la rubia Eudémona . . .

Partidario Segundo

—En ese amor hay historia:
 Pues siendo él de corta hacienda,
 Mucho tiempo rechazaron
 Muy adustos los Herreras
 La pretensión. Frente a frente
 De los balcones de Eudémona
 Está el antiguo zaguán
 De Almendárez, y es leyenda,
 Si no es historia verídica
 Que de tiempo atrás se cuenta,
 Que más que atentos saludos
 Cruzaron de puerta a puerta,
 Con malas razones trinos,
 Otro tiempo de ballesta
 Y arcabuces y hoy en día
 De pistolas y escopetas.
 Con todo, y esto no extraña
 A quien tiene la experiencia
 De que el dinero concilia
 Las palomas y culebras.
 Ahora Alfredo Almendárez,
 Ofrece su mano a Eudémona,
 Queriendo con esta boda
 Reunir las dos herencias,
 Que es,—puesto que ella ama a Sóoter,—
 que comienza una tragedia.

Partidario Primero

—Poco es conocer a Sóoter,
 Creer esas componendas
 De intereses y mojones

Y de bodas y de tierras.
Que ama a la niña es muy claro:
Pensar que entre en la secreta
Maquinación que tú dices,
No es cosa clara ni es cieita

Partidario Segundo

—Confusa es la situación . . .
Hoy mismo cierro mi cuenta
Con el partido “Switchista”.
Hoy abandono la mesa
De redacción de “La Torre
de Marfil”, y entro en la opuesta.
Me paso a “La Chinchintorra”.

Partidario Primero (viendo a la antesala)

—Silencio todos, que llegan
Sóoter, su señora madre,
Con ellos la rubia Eudémona . . .
Bohemios y socialistas,
Los dos hermanos Herrera,
Y además, gente menuda . . .
(*Aparte*)
—Buen cebo . . . Sí; Edita es bella!

ESCENA OCTAVA

Dichos; la Madre de Sóoter, Doña Isabel; Eudémona; Fernando Herrera; Marciano y Ramona. Los de la sociedad “La Bohemia”.

Partidario Primero

—¡Por fin, hay tiempo de daros
La gran noticia!

Sóoter

—Ya es tarde
Para vos, amigo mío,

Pues por no hacer que aguardase
 He podido recibirla
 De los labios de mi madre. . .

Partidario Primero

—A ambos felicito yo;
 Pues bien sé cuánto de grande
 De tan buena madre puede
 En política esperarse. . .

La Madre

—Hijo, ante todo, la herida
 Del brazo está por curarse. .
 Veo que de vez en cuando
 Tiñe la venda de sangre.

Partidario Primero

—Mucha es la gente que espera
 Esa palabra que hace
 Caer a un pueblo en la sima
 O hasta la gloria elevarse. . .

Herrera (a Sóoter)

—Vos nos daréis la razón:
 Dos cosas hallan cabida
 Para pedir la ocasión:
 El uno asunto de vida;
 El otro del corazón.

Sóoter

—Herrera, la de la vida
 No es la primera ocasión:
 Con mi madre habrá cabida;
 Trataré con la otra herida,
 La herida del corazón.
 Es razón que así se entienda.
 (*Al Ujier*)

Que esperen las redacciones.
No es justo que alguien se ofenda,
Pues que sangrando mi venda,
Cedo el paso a otras razones.
Entre "La Bohemia".

Herrera

—¿Qué clase
De gente .? ¿Es una academia?

La Madre de Sóoter

—¡Qué así el tiempo se nos tase!

El Ujier

—¡Si son servidos que pase
Adelante "La Bohemia"!

(El Ujier anunciando:

A. Moro, Periodista Redactor de "La
Torre de Marfil";

Arriaza, Escultor;

Lavalle, Literato;

Dotesio, Profesor;

Browns, Actor;

Tanis, Músico;

Rogel, Novelista;

Zuloaga y Pareto, Oradores Estudiantes;

Vandick, Autor Dramático;

F. de Larra, Profesor de Ciencia Pura.

(Lléganse en confusión).

Sóoter

—Venís a segar en paz,
Después de cebar cañones...

Pareto

—Y a dar felicitaciones...

Sóoter (conservando la hilación)

— . . . Cuanto hablamos en paz y haz
De los perdidos rincones
De talleres en agraz
Y mesas de redacciones.

Periodista

—Cosa de gran artificio . . .

--Mas yo os la sabré decir:
Quiso un loco construir,
Como loco, un edificio . . .
Pues se había de concluir
Sin emplear útil, ni carro,
Ni pilares, ni guijarros
Donde se prenda la hiedra,
Ni maderamen, ni piedra,
Ni cal, ni arena, ni barro . . .
Pues ¿cómo—¡ironía cruel!--
Hacer al Adán moderno,
Sin su material eterno? . . .
¿Si es forma, es decir, cincel?
¿Es vida, es decir, pincel?
¿Es verbo, y es libertad?
¿Es ciencia, y es pureza?
¿Es sonido, es decir lira?
¿Y es la divina mentira
Que es la única alma Verdad?
No basta, ¡oh Moro sutil!,
Que llene vuestra razón
La mesa de redacción
De “La Torre de Marfil”;
Yo que hollara el fango vil
Con la excomulgada grey,
Sé que cada hombre es un rey,
Y voy porque el mal se borre,
A convertir vuestra Torre,
En la Torre de la Ley.
Y así segaréis en paz
Cuanto hablamos en paz y haz
De los perdidos rincones
De talleres en agraz
Y mesas de redacciones.

Moro

—*No todas las voluntades
Siguen las mismas verdades
Y hoy publica, estrafalaria,
Que es tal reforma arbitraria,
Una de las facultades...*

Sóoter

¿*Y es...*?

Moro

—*La de veterinaria.
(Se hace al fondo "La Bohemia")*

El Ujier (consultando su lista)

—*Entre el partido Suitchista.*

Primer Partidario

—¿*Habla con tanto testigo?*

Sóoter

—*O bien me engaña la vista
O faltan muchos amigos
De los que cuento en mi lista.*

Partidario Primero

—*No cabe hacerlo misterio:
El partido anda muy mal...
Y la razón principal
Es que no hay Ministerio...*

Sóoter

—*Hay Ministro General...
En el partido es ya viejo
Y hace irrisoria tal prisa,
Que al Parlamento es anejo,
Que forme al llegar Consejo,
Con la fórmula de Suiza.*

Partidario Primero

—Pues no falta quien deslice
 Que la gente nos maldice. . .
 “La Chinchintoria” hace risa
 De nuestro programa y dice
 Que nos hallamos de Suiza
 A mil leguas, moralmente.
 Que no es para nuestra gente
 Un consejo tan extraño,
 Ni cambiar de Presidente,
 A tiempo fijo, cada año.

Sóter

—Hubo un Mago muy sutil
 Que por evitar la grima
 De lodo . . . o de gente vil,
 Se construyó en una cima
 Una Torre de Marfil.

Y al entrar en ella jura,
 Aunque de él el mundo ría,
 Para guardar su alma pura,
 Que jamás descendería
 De esa Torre y de esa altura

Túvolo otro Mago a mal,
 Y le escribió: Eres mi igual
 Y es falso tu orgullo y rango;
 Siendo yo en virtud cabal,
 Llevo los pies en el fango.

Pero el Mago no se corre
 Y escribe: Puedes ser más. . .
 Si es así, razón demás,
 De que subas tú a la Torre;
 Mas que yo baje, ¡jamás!

Moro

—Dadnos la palabra de orden. . .

Sóter

—En dos renglones estriba,

Y ha de mantenerse viva,
Sin desmayos, sin desorden,
Cual se dijo abajo, ¡arriba!
El pueblo ha de dar la norma
Y para nadie es misterio
Que el Parlamento es su forma;
Pues él hará la Reforma
Y él formará Ministerio!

Ujier

—Entren los Mayoritarios!

El Jefe de los Mayoritarios (Bolshevique)

—Este es el punto esencial;
Los Soviets son necesarios,—
Que al suprimir los salarios,
Lo den todo por igual,
No admito al rico jamás. . .

Sóoter

—Pues si se ha de despojarle,
Tendría el Poder que darle,
En cada rico, a uno más.

El Bolshevique

—¡No tal! ¡Que pida por Dios!

Sóoter

—Había que dar, amigo,
Con este nuevo mendigo,
No a un mendigo, sino a dos.

El Bolshevique

—¡Niego! ¡No habrá más esclavos!
¡Repártase la riqueza!

Sóter

—Tocáían por cabeza
 Dos puñados de centavos.

El Bolsheviqúe

—Pues déñsele a la Nación,
 Que de al grano a todo pico.

Sóter

—El gran Soviet pone al chico
 Y al grande, a media ración.

El Bolsheviqúe

—¿Qué da, pues, el soterismo?

Sóter

—¡Identities!

El Bolsheviqúe

¿Verdades?
 ¿No son eso identities?

Sóter

—Casi... algo más que lo mismo!

El Bolsheviqúe

—¡Habías de hacer que me asombie!
 ¿Cómo puedo vivir yo
 De identidad...?

Sóter

—¡Como no
 Sólo de pan vive el hombre!
 (*Apologando*)

Era un mozo de tahoma
Contra su amo el panadero;
Y él quería ser persona,
Gorro blanco por corona,
Y el delantal, y el dinero.
 Dice el amo, pieza lista,
—Tome el delantal y el gorro,
Señor mayoritarista,
Mas si le suelto el ahorro
No es la clientela provista;—
 Y el mozo se vio galán,
Con gorro,—ello es cosa cierta,—
Pero fue el amo barbián
Quien tuvo que hacer el pan;
Y el otro... llevó la espuerta.
 Por fin dijo el amo franco
—¿Me impondrás siempre el bochorno
De estar yo sin gorro blanco
Ni delantal, frente al horno,
Y tú tendido en el banco...!

Ahora ved al poeta,—
Hace el mundo cigarral,
Que es un coro general;
Y es diosa la Musa inquieta;
Pero él no gana un real.
 Da así el vino de su vid:
Mas, quien dude, no es sincero,
Que es suyo, en el mundo entero,
Desde el trono de David
Hasta el báculo de Homero.

 Y en su indolencia le abona,
contra el vulgo necio y truhán,
Que sabe,—aunque no sé entona,—
Qué solo él es quien da el pan,
Como el amo de tahoma.

Jefe de los Mayoritarios

—Entendemos.
(*Se retiran*)

Sóoter

—Id con Dios.

Partidario Primero

—Esos votos son perdidos.

Sóoter

—¿Acaso querriáis vos
Que se den, una de dos,
Por buñados o creídos?

Herrera (satisfecho)

—La fábula de la gorra
Me ha parecido muy bien...
¡Retebién...! Sí; ¡retebién...!
¡Retebién...!

(Gritan fuera un periódico)

—“¡La Chinchintorra!”
*(Sobresalto de Herrera, Belpartizán y
sus partidarios).*

Sóoter (al Ujier)

—Compradlo y haced que estén
Los diarios de la camorra
Con los amigos también...
*(El Ujier trae un ejemplar de “La
Chinchintorra” que pasa a manos de
Belpartizán).*

Partidario Primero (leyendo para sí)

—Hay cien cargos...

Sóoter

—Leed el peor;
Y omitid las frases vanas;
Lo esencial...

Partidario Primero (lee)

—“*Al inventor*

“*Del célebre reflector*
“*De las ondas hertzianas*
“¿Cómo esperó la derrota
“Para usar el referido
“Invento? . . . ¡hay quien no se asombre!
“¡Y cuando había perdido
“Trescientos, hombre por hombre,
“Su partido?
“Aquí, lectores, comento,
“Si anduvo el oio y el Moro
“De por medio? ¿Y si esto era
“El invento?
“¿Y así el invento fue el oro,
“El oio de los Herrera?”

Sóoter

—¿A tanto el mendaz se atreve?

Partidario Primero

—Y la codicia hermanados:
Pues dice aquí neto y breve:
(*Lee*)
“Los datos nos fueron dados,
“Por un práctico a quien debe
“Alguna que otra lección;
“Y ensayos de Ciencia Pura”.

Herrera

—¿Quién el tal hombre?

Belpartizán, Partidario Primero

—Euforión.

(*Sigue leyendo*)
“Y a quién pagó su adhesión
“Con la ingratitud más dura”.

Sóoter

—¡Caro cuesta dar ejemplo;
Y ya el tal se satisfizo!
Pedir a Cristo contemplo
Que deshaga y que haga el templo
En tres días... ¡Pues no lo hizo!

Herrera y Belpartizán (coincidiendo)

—¡Pero lo crucificaron!

Sóoter

—¡Pues dé usted a tantos viles
Armas que los desarmaron!
Por uno que reclamaron
Se alzaron templos a miles.
¡Tal vez ya la antigua Ciencia
Su misión habrá concluido
Y será Ciencia y Conciencia!...
Mas... la audiencia ha concluido.

El Ujier

—Ha concluido la audiencia.

(Todos salen; excepto Herrera).

ESCENA NOVENA

Sóoter; Herrera; asoma por la puerta que da al interior
la Madre de Sóoter y Eudémona.

La Madre

—¿Entramos ya?

Sóoter

—¡Madre mía!
¡Eudémona!

La Madre

—¿Es ya ocasión

De verte?

Sóoter

—¡Cruel desazón!

Dadme tiempo todavía.

La Madre

—¿Hemos de esperar otra hoia?
¿Cuál será la sin razón?

Sóoter

—La verdadera razón
De Estado, madre y señoia.

La Madre

—¡Cuánta pena!

Eudémona (conciliadora)

—Hemos oído
Lo de los Mayonitarios,
Lo de los veterinarios,
Los tráfugas del partido...

Sóoter

—¿Haréis también que me corra?

Eudémona

Vuestra herida nos apura
No impediende la lectura
Que hacéis de “La Chinchitoia”.

La Madre

—¿Se llama ya al cirujano?

Sóoter

—En una hora no se muere.

Eudémona

—¿Pero quién se nos prefiere?

Sóoter

—¡Vedlo!

Eudémona

—¡Mi señor hermano!

ESCENA DECIMA

*Sóoter; Herrera.**Herrera*—Dejo preámbulos vulgares...
Pido sin treta o malicia,
Una cosa de justicia...*Sóoter*

—¿Qué es?...

Herrera—La prisión de Almendárez—;
Que hizo fuego, sin razón,
Sobre un hombre de mi hacienda
Que era ajeno a la contienda...
Y salía del portón
De casa hacia "Río-Frío"...

Debía ir a tienda suelta
E informarme de la revuelta...
Iba en un caballo mío,
Que al ser mi hombre derribado,
Halló en la trinchera tope...

Sóoter

—Yo vi por cierto el galope
Del caballo desbocado...

Herrera

—Esto no calmó su inquina...
Que en él el odio no acaba...
Miró a un soldado que estaba
Faccionario en una esquina,
Y le tiró de balazos;
Castigando así su celo
Por mi causa... Era Marcelo...

Sóoter

—Marcelo murió en mis brazos...
¡Así el combate ensimisma!

Herrera

—No; él tiró de su ventana...

Sóoter

—¿Quién le vio?

Herrera

—Le vio mi hermana.

Sóoter

—¿Eudémona?

Herrera

—Sí, ella misma;
Detrás del biombo calado
Del balcón.

Sóter

—¡Un vergonzoso
Asesinato! ¡Es odioso!
Pero Alfredo es diputado
El Congreso: es inviolable.
La Ley...

Herrera

—¡Cómo!

Sóter

—Hay que cuidar
De que no nos haga obra
Mal, cualquiera miserable.

Herrera

—¡Hay para un juicio de Dios!

Sóter

—¡Un miserable...! por eso...
Llevad la causa al Congreso...

Herrera

—Pues si no lo apresáis vos...

Sóter

—No os entiendo.

Herrera

—¡El hombre osado

Que tiró sobre la Uibana,
Cuando escudarla os dio gana,
Y os hirió... ha sido linchado!
Y hoy esa prensa maestra
En mentir, dirá a porfía
Que ha sido venganza mía,
Es decii, venganza vuestra.
Hay más: del círculo arterio,
El voto, como su prensa,
Se esgrime, según él piensa,
Cual una hoja de acero.
 Esto es lo que os toca a vos...
Ahora, llega mi parte;
Aunque todo es de tal arte
Que no es propio a los dos...
 Las gentes de "Río-Frío",
Sin oir otras razones,
Han llevado los mojones
Hasta más allá del Río;
 Y es tiempo de ceñar la era
De pendencias y asonada...
Sóoter, con una plumada
¡Con una plumada ...!

Sóoter

—Herrera,
No tomaréis a malicia
Si hago de padre las veces...
Herrera, sabéis que hay jueces
Y una Corte de Justicia!

(Cae Herrera en un sillón, abatido)

¿Pues cómo podía sei...?
¿No he de pedir al Congreso
Reformas?... ¡Pues bien, por eso
¡Mañana dejo el poder!
 No somos hombres sutiles
Los que dan ejemplo y normas:
No se presentan reformas
Subrayadas de fusiles...

¿Pide el rayo que desgana
 Bajando del Capitolio?
 No han de hacerse desde el solio:
 Pues descenderé a la baña!

Herrera

—¡Pobre Eudémona! Lo siento
 Por mi hermana.
 (*A su vez cae abatido Sóoter en un sillón*)
 Había creído
 Su amor en bronce fundido,
 ¡Y se lo ha llevado el viento!
 ¿No veis que todo camina
 Con el vórtice que os sigue?
 ¿Pues quién queréis que se abrigue
 Bajo de un techo en ruina?
 Los que vemos intereses
 Somos pasajeros en tren,
 Y hay un vórtice también
 Que nos lleva en sus reveses.
 No asimos de los cabellos
 Razones . . . no razonamos . . .
 Nosotros no los llevamos,
 Por cierto, nos llevan ellos . . .
 Por un momento nos vimos,
 Y hallamos, ya aleccionados
 Y en las sombras alejados,
 Que apenas nos conocimos . . .
 ¡Tal es la vida y sus azares . . .!
 ¡Eudémona . . .!

Sóoter

—¿Vais a hacerla

Saber . . . ?

Herrera

—¡No estoy para verla!

Sóoter

—¿Dónde vais?

Herreia

—¡¡Donde Almendárez!!

ESCENA UNDECIMA

Sóoter y después Eudémona. Sóoter permanece abatido y en sopor.

Sóoter

Se ha ido... ¿Y ella? ¡Oh suplicio, también ella!
¡Faltaime en esta vez su simpatía!
¡Por ella la llamé mi buena estrella!
Porque cuando, en la lucha, me abatía;
Cuando la sombra de la angustia crece;
Cuando en nuestro redor todo es extraño,
Y en nuestra frente el alma se ensombrece
Y el mundo, con rencor, se muestra huraño,
Como si adivinase mis enojos,
En mi alma quebrantada e indecisa,
Se encendía la lumbre de sus ojos
Y bajaba una aurora, su somisa.
Mas entonces el alma embebecida
Iba tras algo que se ve y se alcanza.
La negra encrucijada de la vida
Se alumbraba hacia el fin, con la esperanza.
Pero ahora, ¡oh terror!, yo mismo siento
Que hay una tempestad bajo esta calma:
¿Responderá el Destino...? Este momento
Es de una oscuridad que espanta al alma.

*(Vuelve la vista y se encuentra con la de Eudémona
que está detrás de él a algunos pasos. El lanza un
grito de alegría).*

¡Ah, hoy tampoco ha dejado que taladre
Mi espíritu el dolor que así me abisma!
¡Vuelve la vida!

(*A Eudémona*)

—Eudémona, ¿y mi madre...

No está con vos?

—Es porque ha ido ella misma

Por el Doctor...

(*Pausa*)

Sóoter

—¡Hablad de nuestra boda!

Eudémona

—Sóoter ¡poi Dios! ¡Qué cándido habéis sido!
Coidura es no empeñat el alma toda.

Sóoter

—¿Habláis así? ¿Pues a qué habéis venido?

Eudémona

—¿A qué he venido? ¡Si escuché a mi hermano!
¿No soy quien os admira y os comprende?
¡Vengo a daros el alma, no la mano!

Sóoter

—¿El alma nada más?

Eudémona

—¿Eso os ofende?

Sóoter

—¡El alma!

Eudémona

—Un alma de mujer, secreto
Con que salvaros mi pasión ensaya:
Guardadle cual mirífico amuleto. . .
 Como el mar en la arena de la playa,
El océano sin fin del sentimiento
Se detiene en el pecho que suspira
Y gime dulcemente, como el viento
Que hace sonar las cuerdas de una lira.
 Mas, ¡ay de vos, si le llamáis a solas;
Si llamáis hacia vos el mar abierto,
Rompiendo el dique a que entien altas olas!
¡Ay de vos y la nave! ¡Y ay del puerto!
 Hay un límite obscuro en esa oscura
Playa en que la marea se detiene.
No ha de romperse el dique y es cordura
No empeñar tanto el alma. . . y más quien tiene
Una misión, cual vos, en quien emula
Lo prudente y sereno a lo amoroso. . .
Recordad las palabras de la Tula
De Avellaneda, al que iba a ser su esposo. . .
Pues bien, no soy tampoco un ser divino. . .
¡Qué impiedad!: ¡adorarme! ¡idolatrarme!
 También libro el combate del Destino.

(Sóoter se ensombrece)

—¡Pero no es tanto! ¡No vayáis a odiarme!
También sufio y soy blanco del encono.
Conozco el sacrificio y el tormento,
Hago algún bien al hijo de un colono,
Y estoy a vuestro lado, este momento. . .
 ¡Pero amor. . .!

Sóoter

—¡Ah! ¿queréis que sacrifique
El amor? ¡Que lo tenga como incierto?
¡Vano dudar! Ha tiempo rompí el dique. . .
Hoy salta el mar y se sumerge el puerto!

Y hemos de ser, la culpa bien medida,
Ambos culpables. . .

Eudémona

—¿De qué amor nos lleva?

¿Qué prueba? . . .

Sóoter

—Si el amor me da la vida

¿Será que esto es amor?

Eudémona

—¡Pues a la prueba!

(Rasga él sus vendas y corre sangre de su herida)

¿Qué hacéis? ¿Rasgáis las vendas rencoroso?

Sóoter

—¡No empañaré mis ojos con el llanto!
¡No apagaré mi voz con el sollozo!
¡Mas el dique se abrió! ¡No puedo tanto!
¡Mas si tanto pueden, engaño y olvido,
Y el pecho, a quien rinde, tan grande dolor,
Séneca es entonces de un Nerón Cupido,
Petronio es entonces de un tirano amor.
Si amor con sus manos no me da la vida,
Amor que del alma tan pronto se borra,
Si el amor no quiere restañar la herida,
Entonces, mi sangre, que corra, que corra! . . .

Eudémona

—Pues bien, sí; esto es amor, si os satisface;
Culpable soy, la culpa bien medida,
Y si por el amor el alma se ase

A las ramas del árbol de la vida . .
Mas, ¡soco111o! ¡Oh a11ebatos inhumanos!
(*Se oye fuera llegar un auto*)
Llega un auto . . . El Doctor.

Sóoter

—Pues esperémosle.

Eudémona (trata de contener la sangre)

—¡Cuánta sangre! ¡Qué torpes son mis manos!

Sóoter

—Tenemos un secreto: ¡pues guardémosle!
(*Llegan la Madre y el Doctor*).

(TELON LENTO).

ACTO SEGUNDO

*Sala en casa de los Herrera. Música lejana en un kiosko del jardín.
Fiesta de boda. Bullicio que se oye en los interiores y no impide
el diálogo.*

ESCENA PRIMERA

Convidados.

Convidado Primero

—¡Hoy día las cosas caminan
Al vapor!

Convidado Segundo

—Alfredo casa

Con Eudémona

Convidado Primero

—Eso pasa,
Y así los odios terminan.
Hay más: su fortuna toda
Es de Edita, en los altares
De Amor. ¡Hombre es Almendárez
Que aquí celebra su boda
Y en el Parlamento atiza
Tal intriga, en tales formas,
Que hoy cae con sus reformas,
El partido de la Suiza!
Datos me dio Herrera a mí
Que a larga fama se preste.

Convidado Segundo

—Contadnos algo...

Convidado Primero

—Como éste;
Que Almendárez dijo así:
—Lo que no pudieron leyes
Las bodas lo terminaron:
¡Cuántas guerras se acabaron
Por enlaces de los reyes!

Convidado Tercero

—¿Y el leader de los switchistas?

Convidado Primero

—Esos son otros cantares.
Piensa vencer a Almendárez
Con academias de artistas.
Mas ¡chist! La boda iba a ser
De Edita y Sóoter. Ello era
Que accedían los Herrera...
Pero él renunció al poder,
Y Herrera, hombre de intereses,
Y Eudémona, al fin mujer,
Perdiendo toda paciencia,
Han dejado al reformista
Del gran partido switchista
A la luna de Valencia.

Los Tres

—¡Claro!
(*Calla la Orquesta*).

Convidado Tercero

—Todo está muy bien
Pero la orquesta se calla.

Convidado Segundo

—En cambio a la mano se halla

El fonógrafo y también
Un guarda-discos no escaso.

Convidado Tercero

—Pues alegremos la fiesta
Mientras se calla la orquesta.

Convidado Segundo

—Escoged.

Convidado Tercero

—Tomo al acaso.
(*Arregla el aparato y vanse*).

ESCENA SEGUNDA

El Fonógrafo (canta)

—Dicen que la boda fue
Casualidad . .
Casualidad . . .
Y que la novia quería
A otro galán,
A otro galán . . .
(*Entra Eudémona espléndidamente vestida de novia*).

ESCENA TERCERA

Eudémona y el Fonógrafo

El Fonógrafo

—Dicen que la boda fue,
Casualidad . . .
Casualidad . . .
Y que la novia quería
A otro galán,
A otro galán . . .

Eudémona

—¿Lo haré callar . . ? Es de suerte
(*Calla al aparato*)
Que estoy loca . . . Mas parece
Que a veces, nos escatnece
La misma materia inerte.
O más bien, acomodamos
Nosotros su rum, rum, rum,
Y lo entendemos, según
Lo bien o lo mal que obramos . .
Mas ¿qué haré, corazón mío?
¿Seré un fantasma, una ruina?
Tomaré mucha morfina,
Y salvaré a “Río-Frío” . . .
Tiene su ley la belleza,
Cual tiene leyes el bien . . .
¡Tiénela el mal . . ! ¡El también!
¡Y las tiene la riqueza!
La tierra, siendo materia,
Arrastra nuestro destino;
Y sigue así, lo divino,
Tanto dolor y miseria . . .
Pues así, hay algo inhumano
Que arrastra a mi corazón . . .
Mucho que tuvo razón
En lo que dijo mi hermano:
—Los que vemos intereses
Somos pasajero en tren,
Y hay un vórtice también
Que nos lleva en sus reveses.
Nos asimos de los cabellos
Razones . . . no razonamos;
Nosotros no los llevamos;
Por cierto, nos llevan ellos . . .
¿Y él? ¡Tengo ideas muy vanas
En caso como este, extremo . . .
Cómo le admiro y le temo
Por sus ondas hertzianas . . .
Pero mi ignorancia es mucha
Para darme así a pensar . . .
Tal vez él hizo sonar

El fonógrafo... ¡Y me escucha!
 Esa Casandra del drama
 De unos amores impuros
 Que ve, a través de los muros,
 La muerte que da una dama
 A su esposo... El, en razón,
 La explicaría muy bien...
 Si yo escuchase también
Palpitar su corazón

(Suena duramente el timbre del teléfono. Eudémona aplica el tímpano a su oído).

El Teléfono

(Habla en el género de tono y efecto del monólogo, aparte).

—¡Doctor!
 —Le hizo usted saber...
 —Ha poco la verdad toda.
 Que hoy mismo iba a ser la boda,
 Y que esta noche iba a ser...
(Asombro de Eudémona)

Hícelo así porque entienda
 Qué ha de hacer.

—Cosa acertada.

¿Y qué dijo Sóoter?

—Nada.

Eudémona

—¡Nada!

Teléfono

—¡Se rasgó la venda!

Y me miró duramente;
 Cuando a su herida me arrojó,
 Corría un río tan rojo
 De sangre... ¡Tan persistente!
 ¡Temí que iba a rechazarme!
 ¡No lo sufriera jamás...!

¡Venga Ud.! ¡Yo no hago más
Que orar a Dios y postarme!
—Voy, pero hágale estancia . .
—Las madres que no podemos
Más, mi Doctor, esto hacemos
En tales casos . . . ¡Orar!—
(*Suena el timbre*).

Eudémona

—No debieran ser así
Los grandes hombres . . . ¡Crear
Que lo es todo una mujer
Ni desangriarse por mí!
Así sólo él no entendió
Que era, al mostrarle desvíos,
De los suyos y los míos,
La única víctima yo . . .
El no debía saber . . .
Sea fuerza o sea estigma . . .
Ni penetrar este enigma,
El enigma de mujer . . .
Que brillando en la victoria
O la derrota . . . en el duelo
De mi amor, fuese consuelo
De su grandeza, su gloria . . .!
¡Me quitaré esta corona!
¡Y que haga de abrigo el velo!
¿Lo salvaré? . . . ¿qué haré, cielo?
¡Pronto! ¡Ramona! ¡Ramona!

ESCENA CUARTA

Eudémona; Ramona.

Ramona

—¡Mande!

Eudémona

—Di al chofer que se halle

Ante la puerta que da
Al salón, mi auto. . .

Ramona

—¡Si está
Ahí cerca! ¿Vais a la calle?
¡Estáis demudada toda!

Eudémona

—¡Calla! No sé ya quién soy

Ramona

—¿Dónde vais?

Eudémona

—¿Que dónde voy?

Ramona

—Pero, ¿y la boda?

Eudémona

—¡Ah, la boda! . . .

Ramona

—¿Qué no teméis que se ofenda
Vuestro hermano?

Eudémona

—¡Ah, sí, mi hermano . . .!

Ramona

—¿Dónde vais?
(*Asela de la mano*)

Eudémona

—¡Suelta mi mano!
¡Voy a poner una venda!
(*Sale toda de blanco Eudémona. Se oye la sirena
y rodar del carro*).

ESCENA QUINTA

Ramona.

Ramona

—¿Ha perdido acaso el seso?
¡Cómo demudada está!
¡Quiero saber dónde va!
(*Sale presto*).

ESCENA SEXTA

Herreia.

Herreia

(*Llama al teléfono*)

—¡Almendárez! ¡Al Congreso!
(*Se dispone a hablar Cambia la decoración*)

ESCENA SEPTIMA

Sala en casa de Sóte1. La Madre arrodillada y en oración.

Entra Eudémona.

Eudémona

—La madre está en oración.
(*Vuélvese la madre y ve a Eudémona vestida
de blanco*)

La Madre

—¡Eudémona . . ! Esto no es bueno . . .
Vuestro amor es un veneno . . .

Eudémona

—Os dié en otra ocasión . . .
Mas ¿dónde está? ¡He de saberlo!
¿No veis que aturdida toda,
Con el vestido de boda,
Vengo a verlo? ¡Quiero verlo!

La Madre

—¡Si no está!

Eudémona

—¡Cómo!

La Madre

—Ha partido.

Eudémona

—¡Ha partido y moribundo!

La Madre

—Edita, le hice saber
Ha poco, la verdad toda.
Que hoy mismo iba a ser la boda;
Que hoy por la noche iba ser
Hícelo así por que entienda
Lo que ha de hacer . . .

Eudémona

—¡Ay cuitada!

¿Y qué dijo Sóoter?

La Madre

—¡Nada!

Eudémona

—¿Nada?

La Madre

—Se rasgó la venda.
¡Y me miró duramente!
Cuando a su herida me ayojo
¡Corría un hilo tan rojo
De sangre . . . tan persistente!

Eudémona

—¡Sí, ya sé . . . ! ¿Y él?

La Madre

—Ha partido;
Pues al punto llegó un hombre:
No conozco ni su nombre;
Y habló un instante a su oído.
Y sin demostrar desmayo
Ni usar excusa ni ardid,
Dijo a aquel hombre:—Venid
Pronto,—y partió como un rayo.
Pero ¡Eudémona! Ud. llora.

Eudémona

—¿Cómo ha podido esto ser?
¿Qué haremos para saber
En donde se halla, Señora . . . ?
Que está demás el llorar.

La Madre

—Las madres que no podemos

Más, Eudémona, esto hacemos
En tales casos. οίαι!

ESCENA OCTAVA

Dichos: El Doctor.

El Doctor

—¿Qué es del enfermo?

La Madre

—Ha partido,
Que hace poco llegó un hombre
(No conozco ni su nombre
Y habló un instante a su oído.
—Todo se explica. . . Al cruzar
La esquina del Parlamento,
Oigo un tío, y al momento
Pairo mi auto, a preguntar
Qué pasa. . . y alguien me informa
Que hay quien la discordia atiza;
Que el partido de la Suiza
Presentaba hoy su reforma.
La ignorancia manifiesta,
La intriga y el odio insano
La rechazaron de plano .
Y en medio de la protesta,
Se alzó un grito que desgarró,—
Que alguien sacó su pistola,
Se escudó en la batahola
Y tiró sobre la barra. . .

Eudémona

—Pero ese hombre, ¿a qué ha venido?
¿No hay contra Sóoter malicia?

El Doctor

—Es claro, a darle noticia
Que ametrallan su partido.

Eudémona (aparte, impaciente)

—¡Más aprisa va el amor!

(Se lleva el pañuelo a los ojos).

La Madre

—Pero Eudémona, usted llora

Eudémona

—Vamos, Madre, sin demora;
Venga Usted pronto, Doctor.

El Doctor

—Es de un segundo la espera.

Eudémona

—Venid, venid sin tardar!

La Madre

—Qué hacéis?

El Doctor

—Telefonea.

*(Habla por teléfono. Salen apresuradamente
Eudémona y la Madre. Se oye la sirena y
rodar el auto).*

—Bueno es que sepa esto Helena.

(Llega Ramona)

ESCENA NOVENA

El Doctor: Ramona.

Ramona (entrando con precipitación)

—¿Está aquí la Señorita?

El Doctor

—En el Palacio. A ese lado.

Ramona

—¡Voy!

*(Sale Ramona).**(El Doctor contesta de nuevo el teléfono)*

—¿Estoy comunicado

Con Herrera? Bueno. Edita . . .

(Mutación rápida)

En la calle. En el lado izquierdo, al fondo, balcón del Palacio. Portón de entrada bajo el mismo balcón. Barricada, esquina distante, primer término, del lado opuesto. Los Partidarios; “La Bohemia”; Gente.

ESCENA DECIMA

Sóter; Partidarios.

Partidario Primero

—El poder le da la mano
A Almendárez.

Partidario Segundo

—Y refuerza

Su gente con nueva fuerza . . .
¿Quién es el Jefe?

Partidario Primero

—Marciano.

(Entra el pelotón que manda Marciano y se dirige al portón del Palacio).

ESCENA UNDECIMA

Dichos; Almendárez, en el balcón. Tiene un antejo en la mano. Luego Marciano y fuerza armada que aparecen en el mismo balcón.

Almendárez

—Negra noche; mas no es nada . . .
Mi antejo hace largos viajes . . .
(Observa con el antejo)
Con un auto y dos carruajes
Han hecho una barricada; . . .
(Entran Marciano y su gente)
¿Censurarán que ametralle
A quien es mil por su nombre?

(Da orden a Marciano que se ha llegado a él saludando militarmente y seguido del pelotón de fuerza armada).
Disparad sobre aquel hombre
Que da órdenes en la calle.

Marciano

—¡Un sólo! ¡A campo raso!
¡Lástima, es todo un valiente!

Almendárez

—Ordenad a vuestra gente;
Lo valiente no hace al caso.

(Dentro en las calles vecinas).

Voces de mando

—¡A retirar!
 ¡A retirar!
 ¡A retirar! (*Simultáneamente*).

Almendárez (aparte)

—Los azares
 Del conflicto me dan sólo
 A mi enemigo . . . ¿Esto es dolo
 O gueira?

Marciano (aparte)

—¡Este es Almendárez,
 Que hoy es mi jefe! ¡Qué inquina
 Le tengo!

Almendárez

—Vos, cubrir luego
 La ventana y que hagan fuego
 Sobre el hombre de la esquina.

Marciano (aparte)

—¿Quién ordena? ¡Mi enemigo!
 ¿A quién castigo? No sé.
 ¿Y por qué? ¡No sé por qué!
 ¡Y es sólo muerte el castigo!

*(Marciano sitúa la gente en el balcón;
 él, dos pasos atrás, en la sombra de
 la ventana al lado de Almendárez va
 a dar órdenes).*

(En la barricada)

Sóoter

—En medio de tanto duelo,
 Pienso que quizás podría

Hacer hoy en salud mía,
Lo que hizo por él Marcelo.

ESCENA DUODECIMA

Entran Eudémona y la Madre. (Se dirigen precipitadamente a Sóoter).

Eudémona

—Madre, ¡venid! Aquí se halla.

Sóoter

—¡Mi madre! ¡Qué desvarío!
(*A Eudémona*)
¿No se os advierte, ángel mío,
Que esto es casi una batalla?

(*En el balcón*)

Almendárez

—Es orden imperativa...

Marciano

—¡Téngolo por cosa indigna!

Almendárez (amartilla su revólver)

—¡Disparad! Es la consigna
De la obediencia pasiva.

(*Marciano arregla la puntería de los
fusiles y se echa atrás*).

(*En la barricada*)

Sóoter (a Eudémona)

—Sois a la verdad, Eedita,
La del cuello de cisne.

Eudémona

—Eia

Cosa fatal que viniéra.

Eudémona y la Madre

—¡Venid pronto!

*(Asiéndole de la ropa)**(Entra Ramona y al instar a Eudémona para llevarse la cubre con su cuerpo como Eudémona a Sóoter).**Ramona*

—¡Señorita!

*(En el balcón)**Marciano*

—Soldados son una grey
 A quien sólo fueron dados
 Deberes... ¡Tirad, soldados,
 Si tanto manda la ley!

*(Hacen fuego del balcón sobre la barricada y Ramona cae herida).**(En la barricada)**Ramona*

—¡Me han herido...! ¡Estoy herida!
 ¡Adiós...! ¡La voz me abandona!
(Acuden a ella)

(En el balcón)

Marciano

—¡Qué oigo! ¡La voz de Ramona!
¡He de ir allá, por mi vida!

(En la barricada)

(Sótese, Ramona; voces dentro)

Voces

—¡Ramona! ¡Pobre Ramona!

*(De la calle contestan con disparos la
descarga de la balconada)*

(Un grito resuena por todas partes:)

—¡Que ametrallan las mujeres!

(En el balcón)

Marciano

—¿Qué grito y nombre he oído?
Se me ha engañado el oído;
Esta locura me abona,
Y por ver si me ha engañado
El oído, hablé de ir luego
Sobre el círculo de fuego,
Hasta ver quién ha gritado
(Baja Luego aparece en el portón)

(Almendárez en la balconada. Aparte)

—No se advierte mi malicia.

(Un soldado a los otros soldados)

—¡Oíd, amigos! Se me alcanza,
Que esta ha sido una venganza,
Y que aquí falta justicia

ESCENA DECIMOTERCERA

Dichos; Gente.

Voces

—¡Sobre ellos! ¡Son unos viles!

Voces

—¡Con las mujeres fusiles!

Voces

—¡Cómo tales procederes!

*(Se forman grupos hostiles que se arman).**(En la barricada)**Sóoter*

—¿Es Marciano?

Marciano (llegando)

—A ver me arrojó.

Sóoter

—¡Avanzad!

Marciano

—¡Son los señores!
 Sirvió Alfredo sus rencores . . .
 Hizo uso vil de su antejo . . .
(Cae su vista sobre Ramona)
 ¡Cómo estás sin vida, esposa!
 ¡Cómo echar tan cruel desgracia
 A quién sólo daba gracia,
 Dulce lirio, fresca rosa!
 ¡He de vengarme cruelmente!

Eudémona

—¡Poi milagro nos hallamos!

Sóoter

—A la distancia en que estamos,
Se mió distintamente.
Aunque está obscuro el espacio,
Que la descarga cerrada
Salió de la balconada,
Sobre el portón del palacio . . .
(*Los grupos empiezan el asalto*).
¡Horrendo, inmenso delito!

Marciano

--Voy a salvar mis soldados
Y a dejar también vengados
A mis parientes . . . Repito
Que he de vengarme cruelmente,
Si es la voluntad del Cielo,
Del matador de Marcelo
Y su pobre hija inocente

Sóoter

—¡Amigos, yo os llevaré
Donde veáis qué es justicia!
(*Marchan al palacio*).

Marciano

—¡No, yo mismo vengaré
A la hija de Dimas!

Voces

—¡Guerra!

¡Guerra!
(*Asalto furioso*).
(*Marciano, dentro del palacio*)

Marciano

—¡Apresad al artero
 Alevoz!
*(Almendárez huyendo se acoge al extremo
 de la balconada)*

Voces

—¡Daos prisionero!

Almendárez (aparte)

—¡Mi propio crimen me aterra!
(A Marciano)
 —¡Yo mando!

Marciano

—Pero esta vez
 No soy la fuerza pasiva:
 Soy, no escrita sino viva,
 La Ley. ¡Soy el hombre-juez!
 Y como culpable os hallo.
 Aquí represento al Cielo
 ¡Vos disteis muerte a Marcelo
 Y al campista del caballo...
 Y hoy me hacéis matar mi esposa!
 Y habéis obrado de suerte
 Que aquí no hay legisladores,
 Y soy, de tales horrores,
 Juez... ¡Sed penado de muerte!

Apuntad... Deje el horror
 La justicia satisfecha...
 ¡Fuego! *(Disparan)*
(Cae Almendárez)

¡La justicia es hecha!

*(Señalando a Almendárez ante los grupos
 de la calle).*

¡Y este ha sido el matador!

(En la barricada)

Eudémona

—Nunca pensara, ¡por Dios!
Ver el castigo de Alfredo. . .
¡Tal hombre me daba miedo!

La Madre (a Sóoter)

—Ahora pensad en vos
*(Los soldados retiran el cadáver de Almendárez.
Sale gente armada del palacio. Unas se dispersan.
Los partidarios se reúnen a Sóoter que vuelve al
lado de su madre y Eudémona).*

(Marciano y tres soldados con una angarrilla).

Marciano

—Vengo aquí a llevarte, esposa. . .
¡Cómo llegó tal desgracia
A quien solo daba gracia,
Dulce lirio, fresca rosa!
(Llevan el cuerpo de Ramona).

Eudémona (a Sóoter)

—Algo hay en vos de sutil,
Que al rancar, de tal manera,
La venda, os ha puesto fuera
De “La Torre de Marfil”.

Sóoter

—¡Es bienvenido el dolor
Y se apura hasta las heces
La amargura; pero a veces,
Se muere, en ella de amor!

La Madre

—¡Piedad!

Sóoter (por Eudémona)

—Lo hago por que entienda
Cuánto tienen de inhumanos
Sus ojos.

Eudémona

—Sean pues, mis manos
Las que pongan esta venda,—
Como hermana, a lo que siento,—
De una caridad de amor.
(*Llega el Doctor*).

ESCENA DECIMOCUARTA

Dichos; el Doctor.

Eudémona

--Venid a asistir Doctor,
Este doble salvamento
(*Vendan a Sóoter*).

ESCENA DECIMOQUINTA

Dichos; entra Herrera.

Herrera (indignado)

—Gracias, Doctor, por Eudé...
¡Vergüenza al nombre de Herrera...
¡Si nuestra madre viviera,
Te llamaría hija maldita !
(*A Eudémona*)
En dos palabras... Sabéis

Que Alfredo testó por vos;
Y que Sóoter...

Sóoter

—¡Sí, por Dios!

Hacéis bien, si lo creéis:
No mancharía mis manos...

Herrera

—Y a faltar, por causa alguna
Eudémona, esa fortuna
Pasaría a sus hermanos...
Sabéis quiénes son Herrera...

Eudémona

Aún sin el fin horroroso
De Alfredo, sería mi esposo
Aunque todo se perdiera,
Sóoter, mil veces y mil.

Herrera

—Pero, en fin...

Eudémona

—En fin, cruel...

Herrera

—¿A quién os quedáis?

Eudémona

—Con él...

En "La Torre de Marfil".

ESCENA FINAL

Dichos; el Ujier.

Ujier (a Sóoter)

—Os traigo un despacho urgente

Sóoter

—Esto es destierro... Por Dios...
Me duele, Edita, por vos...
Leedlo (*Falto de ánimo*)

Eudémona (leyendo el despacho)

—Es del Presidente,

“Hoy cumplo nuevo deber,
“Acepté el poder por forma,
“Porque hiciéses la reforma,
“Y hoy mismo os dejo el Poder”.

Partidarios (ocasión indescriptible)

—¡Seréis un Mitre!

Voces

—¡Un Sarmiento!

Partidario

—Iré el mundo, aunque sin vida,
Como en un éter de vida,
En un sólo pensamiento.
Y ajeno a todo sutil
Desviamiento, estaré fiel,
Como Eudémona

Todos

—Con él,
En “La Torre de Marfil”

(TELON)



Gavidia, en su Lecho de Muerte (Valero Lecha).

